

Ájax y Aurora

Un romance en guerra



Tenoch Bastar Ocampo





Tenoch Bastar Ocampo nació el 9 de diciembre de 1972 en Villahermosa, Tabasco. Desde joven mostró un profundo interés por la justicia y el derecho, un camino que lo llevó a estudiar la licenciatura en Derecho en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, donde también cursó la Maestría en Derecho Penal. Su búsqueda de conocimiento y compromiso con la justicia lo impulsaron a continuar su formación con una Maestría en Procuración de Justicia y Sistema Penal Acusatorio por la Universidad Olmeca, y un Doctorado en Derecho en el Sistema Penal Acusatorio por la Universidad Alfa y Omega.

A lo largo de su carrera, Tenoch ha logrado conjugar la práctica profesional con la docencia y la investigación. Su artículo científico, *Acuerdos Reparatorios*.

La importancia de realizarlos en el área especializada en la materia, publicado en la revista *Perfiles de las Ciencias Sociales* (2023), refleja su enfoque constante en la mejora del sistema de justicia y su interés por generar soluciones efectivas para las controversias penales.

Actualmente se desempeña como Director de Amparos y Resolución de Consultas en la Fiscalía General del Estado de Tabasco, donde ha contribuido a fortalecer la implementación del sistema penal acusatorio. Su trayectoria incluye roles esenciales como Agente del Ministerio Público, Director de Mecanismos Alternativos de Solución de Controversias en Materia Penal y asesor jurídico de víctimas del delito, siempre guiado por la convicción de que la justicia debe ser eficiente, humana y cercana a quienes más lo necesitan.

Como docente, Tenoch ha dejado una huella significativa en estudiantes y profesionales, compartiendo su experiencia en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, el Instituto Nacional de Estudios Sindicales y de Administración Pública de la F.S.T.S.E., la Universidad Autónoma de Guadalajara y la Universidad Alfa y Omega. Su labor educativa no solo transmite conocimientos, sino también valores, disciplina y pasión por la justicia.

Áyax y Aurora

Un romance en guerra



C O L E C C I Ó N

JOSEFINA VICENS

Novela

Guillermo Narváez Osorio
Rector

Áyax y Aurora

Un romance en guerra



Tenoch Bastar Ocampo



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO

Primera edición, 2025

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Diagramación: Fernando Ramos Bedoy
Portada: Fredys Pérez Ruiz

ISBN Obra digital: 978-607-606-732-1

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

ÍNDICE

ÁYAX

I.	7
II.	13
III.	19
IV.	29
V.	41
VI.	45
VII.	49
VIII.	55

AURORA

I.	65
II.	67
III.	73
IV.	79
V.	83

VI.	89
VII.	95
VIII.	101

ROMANCE Y GUERRA

I.	113
II.	121
III.	127
IV.	135
V.	141
VI.	153
VII.	163
VIII.	169
IX.	177
X.	191
XI.	199

ÁYAX

I

Septiembre de 1860

—¡Son años muy difíciles para el país! Con la lucha interminable entre liberales y conservadores, nuestra patria no puede avanzar.

Eso decía el profesor Áyax Beltrán a sus alumnos de la escuela católica de la villa. Con estudios de jurisprudencia, lo contrataron para dar la cátedra sobre nociones básicas de derecho; sin embargo, siempre reflexionaba sobre lo que acontecía en esos momentos en México. Su apego a las ideas liberales no era bien visto por las autoridades escolares y le había acarreado diversos problemas; empero, continuaba transmitiendo a sus alumnos las ventajas de sus ideas. Los alumnos lo escuchaban con atención y él, con seriedad, proseguía:

—¿No creen ustedes que es inmoral, ilegal, y a todas luces deleznable que un espurio, apoyado por una caterva de conservadores, sea designado presidente de la República y usurpe ese cargo? Por ministerio de ley, es al licenciado Benito Pablo Juárez García, ministro de la Suprema Corte de Justicia, a quien le corresponde legítimamente. ¿Creen aceptable que generales conservadores y el clero apoyen a Miguel Miramón en contra del mandato constitucional? Sé que al analizar las circunstancias me darán la razón, puesto que no existe justificación alguna para esta ignominia. Hace apenas un año, nuestro presidente constitucional, legítimo, Benito Juárez, desde Veracruz anunció la promulgación de las leyes de Reforma: la importantísima separación del Estado respecto a la Iglesia, la nacionalización de los bienes eclesiásticos, la ley de panteones y la ley del registro civil.

Hizo una pausa para ordenar sus ideas.

—Jóvenes, el clero católico era dueño de más de la mitad del territorio nacional, pues sus integrantes fungían como banqueros, usureros y agiotistas. La gente que no pudo pagar esos préstamos leoninos perdió sus ranchos, sus casas, sus bienes, que pasaron a ser propiedad de la Iglesia, y son tantos los bienes que tampoco tienen la capacidad de administrarlos. Además, controlaban el registro de los nacimientos, las defunciones y los matrimonios, todo cobrado, por supuesto, de ahí la importancia de la ley del registro civil. Que no los confundan diciéndoles que los liberales atacan la fe católica, no hay nada más falso que eso, lo que les duele a los mochos es que les están afectando la cartera, el negocio que tenían con todos esos trámites. Con el apoyo de los generales conservadores y la clerecía intolerante, clasista y racista, que no acepta ver a un indio como presidente, nombraron indebidamente a un espurio como mandatario. Lejos de sentir vergüenza por la extracción social de nuestro presidente legítimo, tal circunstancia nos debería enorgullecer. ¡Un indígena presidente! Un hombre que a base de esfuerzo y dedicación logró escalar la tan empinada cuesta de la política; un hombre que a base de estudios y sacrificios consiguió colocarse como primer mandatario y, dadas las condiciones que se viven en nuestro país, inscribió su nombre en la historia. Discúlpenme, jóvenes, pero a veces me dejo llevar por la pasión.

*

En efecto, Áyax Beltrán era un tipo idealista, liberal y bohemio, pero tenía como defecto un escaso control sobre sus pasiones. Los caballos, las armas, y sobre todo las mujeres, obnubilaban su razón y en varias ocasiones se vio inmiscuido en escandalosos líos de faldas.

Nació el 19 de diciembre de 1835, en Tecomajaca, una villa del municipio de Teapa, Tabasco. De clase media, pasó su infancia en la casa de los abuelos paternos, junto con sus primos los Beltrán y los hermanos Bastar Zozaya, quienes vivían en el rancho vecino; corrían y jugaban por los verdes parajes y los ríos de cristal de la Sultana de la Sierra. En la casa se respiraba cultura, con una familia dada a la lectura, a la ciencia, laica luz en noche de herejía, pero particularmente enemiga de las supersticiones, inculcando en él las tendencias liberales.

Áyax creció con el aire puro del campo tabasqueño, las constantes y torrenciales lluvias con tormentas eléctricas y semanas de no salir el sol, además del

infernado calor en mayo y en el canicular, los mosquitos, los jaguares y las panteras, los lagartos, las nauyacac y las coralillos. También creció rodeado de la violencia característica de los teapanecos en aquella época, cuando imperaba el orgullo machista. Era común en las familias creer que, al llegar a los trece años, el varón ya era suficiente para portar las llaves de la casa y una pistola. Cuando se les entregaban ambas cosas, se les daba esta lección: «El honor, ante todo. No permitas ni una mala mirada. Si te mal hablan, grita e insulta; si te gritan o insultan, pega, y si te pegan, ¡mata!».

*

El ambiente bélico que prevalecía en el Tabasco de aquellos años, aunado al clima inhóspito, forjaron el carácter de Áyax, y surgió en su espíritu inquieto una creciente afición por los caballos, las armas y las mujeres, al grado de que a los seis años una tía lo descubrió en la casa de los abuelos cuando sostenía juegos sexuales con Esmeralda, una adolescente empleada doméstica.

En algunos ranchos o haciendas existía aún la esclavitud, pero el de los abuelos de Áyax se distinguía por el buen trato, digno y humano, que se le brindaba a la servidumbre, sin que de esto se exceptuara a la joven Esmeralda.

Resulta que los padres de Áyax se ausentaron de la villa por un viaje al extranjero, y el joven quedó al cuidado de la abuela, una mujer dulce, bellísima y amorosa, dedicada al hogar y a la atención del marido, los hijos y los nietos; debido a las ocupaciones de su abuela, el niño pasaba largos ratos con Esmeralda, quien a sus escasos trece años, tal vez por la precocidad del trópico, comenzaba a sentir ciertos cambios en su organismo, sensaciones de cosquilleo y calor en las entrañas, una ingente necesidad de satisfacer su libido. Comenzó por restregarse en las paredes, en las mesas, las sillas y las puertas de la residencia. Su necesidad crecía más y más; por las noches, se consumía en los ardores de su vientre, soñando con los caballerangos y los primos mayores de Áyax, quienes, como buenos chinacos, recorrían la ribera jineteando sus bestias y arrancado suspiros a las jóvenes del lugar.

Esmeralda, en tanto obtenía la atención de los jovencitos, se distraía cuidando al niño Áyax; y cierto día, jugando con él, único varón a su alcance, decidió saciar su sed sexual con el infante y después de varios encuentros íntimos terminó por enseñarle las cuestiones del amor. En uno de esos encuentros, una de sus tías lo descubrió y lo acusó con los abuelos. El abuelo, máxima



autoridad de la casa, suspendió su lectura cotidiana y mandó llamar al rapazuelo lujurioso; al tenerlo de frente lo cuestionó: «¿Qué estabas haciendo?». Áyax, con firmeza y mirándolo a los ojos, respondió: «Jugaba con Esmeralda». Viendo la temprana valentía del niño, el abuelo esbozó una sonrisa pícara y continuó con su lectura.

Después de esas primeras lecciones amatorias, el niño abandonó precozmente la infancia e inició una vida voluptuosa con la mayoría de las jóvenes del servicio doméstico, sin llegar a la relación sexual plena, pero a los ocho años ya tenía la habilidad de localizar las partes sensibles de una mujer. Una de sus diversiones infantiles era meterse a las habitaciones de la servidumbre y pasar los candentes atardeceres tropicales gozando de los virginales y exuberantes cuerpos de las criollas teapanecas.

*

Una mañana de mayo de 1846, don Arquímedes Beltrán Bastar, padre de Áyax, lo llevó al potrero y le enseñó a amansar caballos cerreros, a base de duras lecciones en las que el joven probó su carácter y valentía, tornándose en un incipiente chinaco con apenas once años de edad. En una de esas lecciones, un potro indómito lo lanzó al piso; su padre se encaminó hacia él con surcos fieros en el rostro y con un fuste en la diestra; previendo una fuetiza, alzó los brazos para cubrirse el rostro en señal de defensa.

—¡Me agarró descuidado!

—Tome el fuste y ¡amánselo! —replicó el padre.

Áyax montó nuevamente el jamelgo y a pesar de que seguía corcoveando, le hizo sentir el mando y con viril arresto logró amansarlo. Era aquella bestia un zaino, tres cuartos de sangre andaluza, precioso animal al que bautizó como Madrino, porque fue parido a la sombra de la «madre» en una plantación de cacao. Con ese cuaco vivió grandes aventuras, jineteando en los profusos campos de su heredad y flirteando con las chocas de la sierra, dando rienda suelta a sus desenfrenos con las vírgenes criollas, de carne firme y voluptuosa.

También por esas fechas, su padre le enseñó el manejo de las armas y, sin pertenecer a la milicia, el joven se volvió un experto tirador. Don Arquímedes los llevaba a él y a su primo Roberto al patio trasero de la casa y sobre una lienza colocaba un limón; a más de veinte metros situaba a los jóvenes, a quienes les instruía disparar sobre el fruto. En las primeras clases, Roberto lo superaba



en puntería, dado que atinaba a los limones en repetidas ocasiones, situación que al púber Áyax motivaba a esforzarse para conseguir un mejor desempeño, hasta que logró una gran destreza en el manejo de las armas, y llegó a competir en reñidas justas de tiro al blanco con sus primos del rancho vecino, los hermanos Bastar Zozaya. Nunca imaginó que las enseñanzas de su amoroso padre le servirían de mucho en un futuro no muy lejano.



II

Año de 1848

Al cumplir trece años, siguiendo la tradición, Áyax recibió de su padre las llaves de la casa y una pistola adquirida en Estados Unidos. Además, fue aleccionado con el apotegma: «El honor, ante todo. No permitas ni una mala mirada. Si te mal hablan, grita e insulta; si te gritan o insultan, pega, y si te pegan, ¡mata!».

Para festejar su cumpleaños, Áyax se vistió con un nuevo traje de charro, se fajó la pistola en el ceñidor y se reunió con sus primos Fernando y Roberto Beltrán, así como Alejandro Bastar, cuyas edades fluctuaban entre los trece y los dieciséis años, siendo Fernando el mayor. Montaron en excelentes caballos y se dirigieron a la ciudad de San Juan Bautista para correr una alegre parranda.

Cabalgaban por estrecha brecha, cuando un presentimiento invadió a Fernando, quien iba atrás del grupo.

—¡Epa, deténganse! —gritó para alertar a sus compañeros. Todos pararon el paso y voltearon a verlo.

—¿Qué pasa, Nando? —preguntó Alejandro.

—No sé, sentí un fuerte olor a animal y presiento algo. No nos vaya a salir un tigre; debemos estar preparados.

En eso estaban cuando Roberto advirtió en la copa de un árbol a un enorme y precioso jaguar, al que los tabasqueños llaman tigre. En silencio les informó a sus compañeros y con mucho cuidado sacó un fusil británico Brown Bess modelo 1802, de chispa y sin bayoneta, que llevaba en la funda de su montura. Mientras preparaba el fusil, los instruyó para que desenfundaran sus armas y apuntaran al jaguar, para que a la cuenta de tres abrieran fuego sobre la fiera, a fin de no darle oportunidad de ataque. El animal parecía descansar, pero al escucharlos se puso alerta y enarboló la cola, en una postura defensiva. Fueron momentos de mucha tensión para los jovenzuelos inexpertos; sin



embargo, sabían que debían mantenerse lejos, a una distancia prudente en la que no fallaran el tiro, pero que tampoco pudieran ser alcanzados por el jaguar. Cuando estuvieron preparados, Roberto contó: «Una, dos, ¡fuego!». Dispararon al mismo tiempo y acertaron en el cuerpo del animal que, herido de muerte, se desplomó del árbol tirando zarpazos.

El jaguar estaba inmóvil en el piso. A pesar de sus cortas edades y con la poca experiencia de Roberto en la caza de tigres, por las pláticas de los mayores tuvieron la precaución de volver a disparar sobre la fiera.

—Voy a quitarle la piel y me la llevaré secando en ancas —anunció Alejandro.

—Yo te ayudo —ofreció Fernando.

Desenfundaron sendos puñales y se dieron a la tarea de pelar aquel precioso animal, mientras los demás miraban con desesperación por el ansia de llegar y también por el temor de que apareciera otro animal. Ya con la piel del jaguar en ancas, continuaron su camino hacia la ciudad.

*

Era una larga jornada llegar hasta San Juan Bautista. Los jóvenes llevaban un recado, en sobre cerrado, al hermano mayor de Alejandro, José Aquilino Bastar Zozaya, dueño del rancho El Chilar, perteneciente al municipio de Centro, más o menos a siete leguas de la cabecera municipal, por lo que se desviaron del camino real, tomaron hacia la izquierda, porque el rancho se encontraba en la ribera del río Pichucalco y decidieron pernoctar ahí. Al llegar, fueron recibidos por don José Aquilino, un tipo risueño y bromista, alto, robusto, de tez blanca y con profuso y canoso bigote manchado por la nicotina, quien ordenó que prepararan una exquisita cena para los jóvenes: pochitoques en verde, pejelagarto asado y camarón de río, entre otras delicias.

Durante el espléndido convivio, entregaron el recado y le comentaron lo sucedido en el trayecto y cómo mataron al tigre, mostrándole la piel que llevaba Alejandro. Le platicaron también que la intención era correr una parranda en San Juan Bautista con el pretexto del cumpleaños de Áyax. El hombre, con una sonrisa traviesa, les recomendó que fueran a la casa de la Tirora, reconocida *madame* de aquellos años, y que le comentaran que él le enviaba saludos, que le dijeran que eran sus primos, para que fueran bien atendidos. Entre risas y anécdotas de la caza del tigre y de la casa de la Tirora, los jóvenes pasaron una agradable velada.



A la mañana siguiente, los muchachos se bañaron y tomaron un abundante desayuno compuesto de huevos, frijoles refritos, queso fresco y exquisito tasajo, acompañado de chocolate caliente. Ensillaron sus bestias y se despidieron con abrazos afectuosos de sus anfitriones, don José Aquilino y su esposa, Francisca Beltrán Gurriá.

Tomaron el portante con rumbo a la ciudad y como a las seis de la tarde arribaron a San Juan Bautista. Buscaron dónde hospedarse y dar descanso y alimento a sus caballos. Encontraron un pequeño hostel con vista al río Tabzcoob, allí desensillaron sus cuacos y descansaron un rato. Le preguntaron al administrador por la casa de la Tirora, que si estaba lejos de ahí, si era factible llegar caminando. El administrador les dijo que años atrás, la casa de la Tirora estaba ubicada en las afueras de la ciudad, pero que ahora se encontraba en lo que fue la hacienda de don Enrique Culebro, un potentado ganadero de origen chiapaneco, que con la invasión norteamericana había abandonado el estado y le dejó la casa grande, de dos pisos y muy lujosa, a la *madame*; sin embargo, no podían llegar caminando porque la hacienda se encontraba en el pueblo de Tamulté de las Barrancas, y solamente a caballo podían llegar, que si querían, les podía prestar unos caballos a cuenta del hospedaje; aceptaron la propuesta y les dieron cuatro cuacos matalotes.

Al cabalgar por San Juan Bautista, advirtieron los rastros del bombardeo inmisericorde de los invasores gringos. Aún se apreciaban las huellas de la destrucción que por dos años consecutivos habían ocasionado los norteamericanos.

—¿Alguien sabe por qué se aprecia tanta destrucción en la ciudad? —preguntó Áyax, quien desconocía todo lo sucedido.

Fue Alejandro Bastar, el más informado, quien respondió.

—Hace dos años, el 21 de octubre de 1846, en la boca del río Tabzcoob, mal llamado por los malinchistas río Grijalva, apareció una escuadrilla, que un práctico de Frontera creyó que eran mercantes y fue a guiarlos, pero descubrió que eran de guerra. Ellos vieron que el puerto carecía de guarnición, desembarcaron y lo tomaron. Enterados en San Juan Bautista de la invasión, el gobernador y jefe militar de la plaza, el ilustre coronel don Juan Bautista Tracónis Rodríguez, ayudado por el tabasqueño nacido en Colombia, don Miguel Bruno, tomaron todas las medidas a su alcance para defender la ciudad. En la mañana del 25 de octubre de 1846 arribó la escuadrilla de guerra norteamericana frente a la ciudad, e impusieron un ultimátum para que se rindiera



la plaza. El coronel Traconis respondió que San Juan Bautista no se rendía y que sería defendida hasta con la misma vida por sus habitantes. Durante los días 25 y 26 esta ciudad fue bárbaramente bombardeada e incendiada por la escuadra gringa, al mando del comodoro Matthew C. Perry, quien, con todo y su destacamento de 2250 hombres, no pudo tomar nuestra capital, y desatendió las gestiones de los cónsules de España, Inglaterra y Alemania, quienes entonces residían aquí y trataron de evitar la destrucción, incendio y saqueo de la ciudad. Nuestra capital fue defendida con gran bizarría, incluso existe la anécdota de que una de las balas de los cañones gringos tiró el asta bandera y ellos pensaron que la plaza se había rendido, por lo que mandaron un emisario. El coronel Traconis le respondió: «No, señor, la plaza no se ha rendido. Por azares del destino una bala derribó la bandera. Dígale a su comandante que dirija su ataque al asta bandera, porque yo personalmente iré a colocarla de nuevo». En esta primera batalla murió un cadete, hijo de Perry, quien tuvo que retirarse con el cadáver de su primogénito a cuestas.

Los jóvenes, mientras cabalgaban por las callejas de la destruida ciudad, escucharon con atención a Alejandro, quien prosiguió su relato.

—El 16 de junio de 1847, hace un año, se presentó nuevamente una escuadra norteamericana frente a la ciudad, ahora con más armamento y más barcos, y una nueva estrategia: desembarcaron tropas en la ranchería cercana llamada Acachapan. Atacaron por tierra y agua, y nuevamente bombardearon, incendiaron y saquearon la ciudad, que ahora sí fue tomada y los poderes se trasladaron a Tacotalpa. Los invasores permanecieron en la capital más de treinta días, hasta el 22 de julio de 1847, y se autonombró gobernador intervencionista Gershom J. Van Brunt, hasta que no pudieron resistir la guerra de guerrilla que comandaba el coronel don Miguel Bruno. Por segunda ocasión, derrotados, tocaron retirada. Durante esos días, diariamente moría algún invasor y, en represalia, cada día incendiaban diez casas de nuestra capital. La suma de todos estos eventos ocasionó el daño que observamos y por el que preguntaba Áyax.

Los jóvenes habían escuchado con suma atención al primo ilustrado, mostraron un rictus de amargura y rencor hacia los invasores ultrajantes de la patria. Alejandro se percató de la molestia y concluyó su narración.

—Tenemos que exaltar que mientras en el centro del país el ejército nacional sufría derrota tras derrota, las armas tabasqueñas, por segunda ocasión, se cubrían de gloria. Fue tomada la ciudad de México y se consumó el despojo



que sufrió nuestro país, pero Tabasco permaneció libre y sin ser ocupado, gracias a la hidalguía de los habitantes de esta ciudad.

—¡A la madre, primo, cómo sabes! —exclamó Fernando.

Áyax, emocionado, con las pestañas húmedas y un nudo en la garganta, gritó:

—¡Viva Tabasco, jijueputas!

—¡Viva! —secundaron los otros.

Echaron a reír, espuelearon a sus caballos y apuraron el paso para arribar al encuentro con las chicas de la Tirora.

*

Al llegar a la hacienda, advirtieron la enorme casa de dos pisos, con señoriales balcones de herrería ornamental vistiendo las grandes ventanas, un par de lámparas de petróleo alumbraba el portal de estilo barroco. Asombrados por la pompa del lugar, desmontaron y ataron los caballos en el pórtico. Áyax estaba nervioso, con miedo, pues aquello era novedoso y desconocido para él. Al llamar a la puerta los atendió una hermosa pelirroja de ojos verdes, nariz recta ligeramente jaspeada por las pecas, de esbelto talle y níveo cuello, ataviada con un suntuoso vestido de seda color vino.

—¿Qué se les ofrece?

—Buscamos a la Tirora, le traemos un recado de don José Aquilino Bastar Zozaya —respondió Fernando.

—Pásenle, jovencitos, están en su casa —dijo la mujer con una sonrisa pícar.

Ya dentro del inmueble, Áyax se admiró todavía más, era tal el lujo que no daba crédito a lo que veía. Había un número exagerado de lámparas de petróleo colocadas estratégicamente para alumbrar el lugar, una sala con muebles estilo Provençal, finamente tapizados de terciopelo rojo, y un tapete persa en medio de ella. Al costado derecho estaba un enorme espejo con marco dorado, al fondo un pianista delgado y trajeado tocaba la pianola; al costado izquierdo se hallaba la «escalera al cielo» con fatuo barandal alabastrino. Por todo el lugar había mujeres vestidas con mucha elegancia, algunas en la sala, otras en la escalera y otras junto a la pianola. Áyax estaba impactado.

Los jóvenes se acomodaron en la sala.

—Díganme, ¿cuál es el recado de Quillito? —preguntó la pelirroja.



Se voltearon a ver sin saber qué responder, hasta que Roberto, tartamudeando, preguntó:

—Entonces... ¿usted es la Tirora?

—Es de mala educación responder con una pregunta, jovencito; pero sí, yo soy la Tirora.

—Mi primo, José Aquilino, le manda saludos —explicó Roberto.

—¡Ah! ¿Son primitos de Quillito?

Fernando contestó:

—Sí, señora. Áyax, Roberto y yo somos sus primos; Alejandro es uno de sus hermanos menores. Llegamos de Teapa y pasamos la noche en el rancho de José Aquilino, quien nos pidió que le diéramos sus saludos, pues le comentamos que Áyax acaba de cumplir trece años y queríamos festejarlo.

—¡Bien! —dijo la Tirora— ¡No se diga más! ¿Qué quieren tomar, niños? El aguardiente es cortesía, las chicas tienen un costo. ¿Traen dinero para pagar?

—Sí traemos dinero. Ordene que nos traigan una botella de aguardiente pa agarrar calor —respondió Fernando.

Así comenzó la iniciación del cumpleaños. Empezaron a ingerir aguardiente y, cuando este hizo efecto, cada uno escogió a su dama de compañía para subir por la escalera al cielo. Esa noche, Áyax completó las lecciones amorosas de Esmeralda.



III

Año de 1855

Teapa, Tabasco. En junio, una tarde nublada de domingo, en el terreno conocido como el Tamarindo, por un árbol que reinaba en las inmediaciones del lugar, el viento soplaba amenazando tormenta. En el sitio se encontraban dos caballeros enemistados y desafiados para enfrentarse en duelo, en compañía de sus padrinos. Los contrincantes eran Áyax Beltrán y Carlos Cárdenas; el padrino de Carlos era don Ramón Pérez y el de Áyax, su primo Alejandro Bastar. Los padrinos revisaron y prepararon las armas de un solo tiro; las retacaron de pólvora y añadieron un proyectil de plomo en cada una. Se fijaron las reglas del duelo: los contrincantes debían colocarse espalda con espalda y contar diez pasos hacia delante, en el décimo girarían para contender a balazos frente a frente.

Cuando los colocaron espalda con espalda, con las armas dispuestas, Áyax se arrepintió por lo que hacía; se preguntó si valía la pena arriesgar la vida o matar a alguien por la afrenta que había recibido; sin embargo, recordó la ofensa y la sangre le hirvió impulsándolo a lavar su honor.

Los padrinos empezaron a contar. Áyax escuchaba el conteo en tono hueco, como si fuera un sueño.

—¡Uno!, ¡dos!, ¡tres!

Las preguntas pasaban por la mente de Áyax, quien para esas fechas ya tenía diecinueve años: ¿en verdad estaba haciendo bien?, ¿era un exceso haber retado a duelo a Carlos?, ¿Carlos merecía morir por la ofensa proferida?, ¿la ofensa era tal que mereciera arriesgar la vida por limpiarla y dejar su honor en alto? Y el conteo seguía.

—¡Cuatro!, ¡cinco!, ¡seis!

De pronto, volvió a representar en su mente el momento de la ofensa y lo invadió la ira. Deseó que el conteo acabara de una vez para segar la vida de su oponente.



—¡Siete!, ¡ocho!, ¡nueve!

*

El día anterior, una mañana fresca con cielo despejado y radiante sol, Áyax pasó por su novia, Teresa Conde. Iba a lomos de un caballo tordillo; al llegar a su portal se apeó y ató el penco en el horcón, se retiró el sombrero de ala ancha, llamó a la puerta y enseguida salió Teresa, una joven teapaneca de tez apiñonada, cabello negro, peinado en una sola trenza y algunas guedejas sobre la frente, pestañas tupidas, cejas pobladas, mirada vivaz y elocuente, nariz respingada, boca pequeña de labios carnosos y hermosa sonrisa. Teté, como Áyax le decía, tenía una mezcla de dulzura y picardía, con cierta coquetería natural, sin llegar a la vulgaridad de una ofrecida y en total contrasentido con el candor de su temprana edad, lo que lo volvía loco; pero no solo a él, un corro de charros la asediaba por su belleza contrastante; sin embargo, ella decía estar enamorada y amar solo a Áyax, su primer y único amor.

Teté salió ataviada con un vestido de percal hasta el tobillo, manga larga y cuello alto, color fucsia, con encajes blancos. Lo invitó a pasar, pero Áyax tenía otro plan.

—Vamos a Puyacatengo, quiero platicar a solas contigo.

—Déjame decirle a mi madre que iré a casa de mi tía Concha, para que no me esté buscando.

Instantes después, Teresa salió con un sombrero de seda, también fucsia, de ala hacia arriba, tipo Eugenia y trepó en ancas al tordillo, mas no a horcajadas, sino sentada de lado, como toda dama decente. A paso lento subieron a la cima del lomerío para después descender a la vega del Puyacatengo; se apeó primero el charro, ayudó a su amada a descender y comenzaron a caminar por la empedrada margen.

Después de unos minutos caminando y hablando de amores, se sentaron sobre el mullido pasto a la sombra de un árbol de mango. Áyax apartó las guedejas del rostro de Teté y le colocó un primer beso en los carnosos labios. Ella enmudeció, pálida, ante el atrevimiento, pero lejos de poner un alto, consintió la osada acción y respondió con una caricia en el cabello del hombre. Vino un segundo beso y luego muchos más; se recostaron y las caricias aumentaron. Áyax bajó la mano derecha hacia la cintura de Teté y después la bajó más; poco a poco alzó la falda de percal y deslizó su mano por las medias de algodón.



—Detente —dijo Teresa.

—Confía en mí —pidió Áyax, y siguió besándola y acariciando su blondo cabello.

Las caricias continuaron con mayor intensidad. Cuando sintió entre sus manos la voluptuosa y firme carne de Teté, Áyax no pudo parar hasta que alcanzó la gloria del amor de Teresa. La fue despojando de las medias; una vez que sintió su piel desnuda, tembloroso se quitó las botas, el ceñidor y el pantalón. Se acercó lentamente y después de varios intentos, eclosionó el amor.

Consumado el acto, se quedaron recostados y abrazados; eran los seres más felices que pudiera imaginarse. Estaban extasiados de amor cuando escucharon los cascos de unos caballos que se acercaban. Los tres charros que venían ingiriendo aguardiente eran Hernán Jiménez y José Contreras, de Pichucalco, acompañados de Carlos Cárdenas, de Teapa.

Hernán comenzó a proferir ofensas:

—¡Ya la desfloraste, canalla!

—¡Ahora préstala, total, ya le rompiste el sello —lo secundó Carlos.

Áyax se levantó como un resorte, como de rayo se puso en pie, alcanzó su puñal con empuñadura de hueso y se abalanzó sobre los agresores, quienes, al verlo enfurecido y sin pantalones, soltaron grandes carcajadas y espuelearon a sus caballos para huir a todo galope.

El caballo de Áyax estaba lejos y no pudo alcanzarlos; envuelto en ira, se prometió encontrarlos para sacarse la espina. Trató de controlarse y le dijo a Teresa que mejor se retiraran del lugar; se vistieron, la ayudó a subir al tordillo y, a paso lento, la llevó hasta su casa. Ya en el portal, ayudó a su amada a bajar, la abrazó efusivamente, la besó en los labios y se despidió de ella.

Áyax montó en su caballo y se dirigió a la casa de Carlos Cárdenas, quien vivía en la quinta de sus padres, a las afueras de la ciudad, rumbo a Pichucalco. Allí encontró a los tres malnacidos que seguían ingiriendo aguardiente, sentados sobre troncos de un cedro que recién habían aserrado. Siguiendo un impulso iracundo, de un salto descendió de su caballo y alcanzó primero a Hernán, a quien derribó de un puñetazo en el rostro, y en el suelo le propinó una severa patiza que lo dejó bañado en sangre y ya no se pudo levantar. Se acercó a José Contreras, quien alertó a Áyax gritando:

—¡Yo no te ofendí, ni a ti ni a tu novia!

Áyax era un tipo violento, pero con una nobleza enorme y su concepto de hombría le impedía actuar con ventaja y patanería. Se dirigió hacia Carlos



Cárdenas, quien ya sostenía un machete en la mano derecha; desenfundó su pistola y a nada de disparar contra su oponente, José Contreras volvió a gritar:

—¡Áyax, tú traes pistola, Carlos solo un machete! Deja que vaya por su pistola para que estén parejos.

Áyax asintió y le dijo a Carlos:

—Ve por tu pistola, que aquí te espero para matarte.

Cuando Carlos se metió a la casa, se escuchó la voz de don Ramón Pérez, quien vivía en la quinta vecina y había observado la reyerta.

—Momento, jóvenes, Carlos está tomado y no sería justo; detengan el conflicto, no vale la pena seguir peleando.

Se acercó y se colocó enfrente de Áyax, quien bajó la pistola.

—Hágase a un lado, don Ramón, no es asunto suyo.

—Pero, hijo, no vale la pena, no hay buen pleito —replicó don Ramón.

—Don Ramón, estos tipos nos ofendieron a mí y a mi novia. No me iré de aquí hasta limpiar mi honor.

—¿Y si mejor se retan a un duelo? —sugirió José Contreras.

En esos momentos Carlos salía con su pistola y al escuchar la sugerencia de José, arguyó:

—Sí, es mejor que nos matemos en un duelo.

—Pues a como quieras: de frente, a caballo, a la muerde pañuelo, agarrados de la mano, a como quieras, ¡pero nos matamos! —replicó Áyax.

Carlos Cárdenas contestó:

—De frente. Don Ramón, sea usted mi padrino.

El hombre, visiblemente molesto, movió la cabeza de un lado a otro, renegando.

—No me parece tal barbaridad, pero si así lo desean, no me queda más remedio que aceptar tu petición, muchacho.

—Nos vemos en el Tamarindo mañana a las cinco de la tarde —dijo Áyax.

—Nos vemos en el Tamarindo —confirmó Carlos.

*

El viento húmedo sopló casi como un huracán, y la voz en tono hueco, como proveniente de un sueño, gritó:

—¡Diez!

Los oponentes voltearon y se escuchó una detonación seguida de otra por milésimas de segundo. Un cuerpo cayó al suelo. Los padrinos se acercaron



para observar el cadáver de Carlos Cárdenas con un impacto en la frente. Áyax tenía una herida en el brazo izquierdo, consistente en fractura del húmero.

En ese momento llegó la madre de Carlos, quien se arrodilló ante el cadáver, lo abrazó y lo besó.

—¡Lo mataste! ¡Asesino! —le gritó a Áyax, ahogada en llanto.

Alejandro Bastar se acercó a Áyax, lo ayudó a subir a su caballo y lo llevó con su tío Pedro Luque, quien tenía estudios en medicina, para que le atendiera la herida. Alejandro se percató de que Áyax iba callado, triste, arrepentido de lo que había hecho, y comenzó a brindarle algunas palabras:

—Primo, no debes sentirte mal, es natural que la madre de Carlos se haya referido a ti de esa forma. Dicen que el dolor de perder a un hijo no tiene nombre; recuerda, si se mueren tus padres eres huérfano, si se muere tu esposa eres viudo, pero si se te muere un hijo, ¡no tiene nombre! Recuerda que no lo mataste a la mala, que ambos tuvieron la misma oportunidad; él también pudo matarte, pero no tuvo suerte o quizá era mal tirador. Que te quede claro que tú no eres un asesino y que actuaste como todo un hombre.

—Sí, primo, pero se siente horrible. Sus palabras retumban en mi mente, se me anuda la garganta y me duele el corazón. Jamás pensé que me sentiría así, debí solo pegarle unos golpes y ya.

—Tú fuiste solo a pegarles, pero Carlos tomó un machete; no tuviste opción, no sientas culpa.

Ya con el doctor Pedro Luque, Áyax apuró dos vasos de aguardiente para paliar el dolor y aguantar la curación y el entablillado rústico que le hizo su tío. En eso estaban cuando, procedente de Pichucalco, llegó Fernando Beltrán.

—Fuimos Roberto, José María, Eduardo Rosario y yo a la quinta de Hernán Jiménez, está irreconocible, parece un monstruo, con el rostro hinchado y desfigurado de tantas patadas. Su mamá, doña Petra, al vernos llegar salió al corredor y se arrodilló suplicando que no le hiciéramos nada a su hijo, nos prometió que no intentarían nada en tu contra. Eduardo Rosario le dijo que cuidara a su hijo si lo quería con vida, porque si lo veía por Teapa no iba a regresar a Pichucalco.

—¡Pero si Eduardo Rosario apenas tiene trece años! —lo interrumpió Áyax.

—Sí, lo sé, pero él quiso ir, pa que veas los arrestos que tiene el muchachito —respondió Fernando. Todos rieron y él concluyó:

—El caso es que ya no hubo necesidad ni de apearnos. Por Hernán no te preocupes, primo, los que me acompañaron ya andan en Tecomajiaca.



Áyax se quedó pensativo y después de unos minutos le preguntó a Fernando:

—¿Qué te dijo mi papá?

—Nada, está molesto porque no le dijiste nada, pero ya sabe que estás vivo, eso amainó su molestia. La que sí estaba angustiada era mi tía, se tranquilizó cuando le dije que estás vivo, ahora está preocupada por una posible venganza. Le dije que todos los primos haríamos una incursión con esas familias para terminar de una vez el asunto; creo que lo eché a perder, porque la vi más preocupada aún.

—Gracias —murmuró Áyax.

Al salir de la casa del doctor, saludaron a don Ariosto Arango, prominente cacaotero, quien les pidió que saludaran a don Arquímedes Beltrán Bastar y a don Gerónimo Bastar Costa.

Ya en Tecomajiaca, con el brazo izquierdo entablillado y con la moral por los suelos por el remordimiento de conciencia, Áyax escuchó las palabras de su padre:

—Te irás a Mérida a estudiar.

—Sí, papá, lo que usted diga.

✱

En su trayecto a Mérida, Áyax viajó por la vega del Tabzcoob con el sonido acompasado, cadencioso y adormecedor del agua golpeando el barco. Con la mirada perdida en la selva tabasqueña, recordó su idilio con Teresa. Llegaron a su mente los momentos que vivió meses atrás, cuando la conoció en una pequeña goleta que abordó en el río Pichucalco con destino a San Juan Bautista. Él estaba en la cubierta observando distraídamente la vegetación, cuando ella se paró a su derecha y con dulce voz inició la plática:

—Aquella ceiba solitaria se ve majestuosa, ¿verdad?

Áyax volteó a verla y quedó impactado por su belleza. Nervioso y tartamudeando respondió:

—Sí, sí, se ve, se ve majestuosa.

—Tú eres Áyax Beltrán, ¿verdad?

—Sí, pero ¿cómo sabes mi nombre?

—Siempre te veo pasar por mi casa, como buen charro, a lomos de un precioso caballo, y le pregunté a mi nana si sabía quién eras. Ella me dio todos tus generales —contestó Teresa, sonriendo.



—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo te llamas y cómo se llama tu nana, que tanto me conoce?

—Yo me llamo Teresa Conde y mi nana se llama Rosita Juárez.

Áyax recordó que conoció a Rosita en una fiesta en honor a san Isidro, en el rancho El Limón, propiedad de la familia Peña. Mientras todos gozaban de la buena comida, la música y el baile, Áyax advirtió que entre el caserío de los peones del rancho caminaba solitaria una mujer, por lo que abandonó la fiesta y la alcanzó.

—¿Qué andas haciendo acá tan sola, lejos de la fiesta?

—Estoy cuidando a mi hermanita, que apenas tiene seis meses.

—¿Y dónde está?

—Acá, en el cuarto —contestó Rosita. Entraron a la habitación, donde él aprovechó para iniciar un fugaz romance con Rosita, mientras la bebé dormía.

*

Después de recordar lo ocurrido en El Limón, Áyax sonrió y le preguntó a Teresa:

—¿Y qué te ha dicho tu nana de mí?

—Que eres un sinvergüenza, un mujeriego, que has tenido muchas mujeres y que solo te burlas de ellas. Me contó de varias que han llorado por ti y hasta me dijo sus nombres —respondió Teresa, ruborizada.

—No creas todo lo que dicen de la gente, existen personas chismosas que solo inventan cuentos y cuelgan milagritos sin que sea realidad. Lo que me dices me recuerda una obra de reciente publicación que acabo de leer, se llama *Don Juan Tenorio*, su autor es José Zorrilla, se publicó hace diez años y mi primo, Alejandro Bastar, recién la consiguió y me la prestó. Se trata de un par de tipos que hacen una apuesta para ver cuántas mujeres conquistan y a cuántos hombres matan, en fin, que hay unos versos de los que me acordé al escuchar tu relato de lo que dijo tu nana de mí, los versos dicen así: «Desde una princesa real a la hija de un pescador, ha recorrido mi amor toda la escala social».

A Teresa se le dilataron las pupilas al escucharlo. Sintió tal embeleso que hasta la boca abrió y mantuvo los ojos fijos en su rostro mientras hablaba. Áyax se dio cuenta de todo y no dudó en hablarle de amor, pero antes le preguntó:

—Bueno, y si tenías esa mala referencia sobre mí, ¿por qué te acercaste a hablarme?



—¡Ay, Dios!, creo que me mató la curiosidad, o quizá una especie de reto interno, de saber si me atrevería a conversar con un tipo con fama de mujeriego. No sé, fue un impulso al verte aquí solito —contestó turbada, con dificultad para articular las palabras.

—¡Pues en buena hora! Venía preocupado por todo lo que me mandó a comprar mi padre a San Juan Bautista y conocerte me alegró el día, me hizo ameno el viaje. ¿Y por dónde vives?, con eso que dices que me ves pasar por tu casa.

—Cerca del Mure.

—Pues te iré a visitar, eres una mujer bella, tienes una mirada encantadora, vivaz, tus labios carnosos invitan al beso, pero a su vez te muestras candorosa y tierna, tienes una belleza contrastante.

—Gracias —contestó ella bajando la mirada al piso, sonrojada, con ganas de salir huyendo.

Áyax, mañosamente, sentenció:

—Lástima que estés tan chaparra, pasada de peso y con el vestido sucio. Por lo demás, eres bella.

Con sentimientos encontrados de dicha y coraje por los halagos y las críticas, la joven se retiró del lugar sin decir palabra.

*

Áyax volvió a la realidad cuando anunciaron la llegada al puerto de Frontera. Durante la travesía a Mérida se inclinó por la poesía y escribió sus primeros versos recordando a Teresa, añorando a sus padres, su hermana y sus primos, su casa, su rancho, sus amigos, así como sus andanzas con las sensuales adolescentes. En una libreta anotaba los incipientes poemas.

El motivo de mi tristeza

Por la sangre de un abyecto,
de mi terruño me retiro.
Mas sé que hice lo correcto,
al poner en su frente un tiro.
En el horizonte se adivina
el azul del mar imponente.



Mientras sufriendo voy la ruina,
lejos de mi casa y mi gente.
Añorando a mi Teresa,
sus bellos ojos, sus labios rojos,
el motivo de mi tristeza,
de una vida llena de abrojos.



IV

Año de 1855

En Mérida, el 13 de diciembre se celebró una verbena en honor a santa Lucía, en el parque de los Héroe, que otrora fuera un cementerio clausurado en 1821. Áyax disfrutaba de la fiesta acompañado de una guapa mujer, Raquel, cuando se percató de que lo observaba una joven que iba acompañada de su madre y otras personas, entre las que se encontraba un pariente suyo, quien tenía años de no ver. Ese era un buen pretexto para ir a saludar y mirar de cerca a quien lo observaba.

Al llegar con su familiar, advirtió que la joven era más bella de lo que creía, y no pudo contener el impulso de decirle lo guapa que estaba.

—Áyax, ella es la mamá —dijo su pariente, apenado.

—Señora, con todo respeto, ¡qué guapa está su hija! —continuó Áyax, ya entrado en gastos.

—Gracias —asintió la mujer, con mucha elegancia.

Áyax volvió a su mesa y no dejó de pensar en aquella joven. Al día siguiente, caminando por la plaza Mayor de Mérida se topó con su consanguíneo y se pusieron a platicar. Su primo se llamaba Cuauhtémoc, a quien el padre, en un arrebato nacionalista, le colocó ese nombre en contrasentido con su fisonomía, porque era un tipo alto, robusto, con escaso cabello rubio en la cabeza, pero abundante en el rostro, con una barba dorada cerrada.

Áyax comentó que era deplorable que el pueblo de Yucatán permitiese el ultraje que representaba la fachada de la casa de Montejo, pues se apreciaba a un par de españoles parados sobre las cabezas de indígenas mayas, y le confió que con otros dos tabasqueños y un yucateco liberal se estaban poniendo de acuerdo para ir con cincel y martillo a destruir tan agravante monumento. Su pariente sonrió, le dio la razón, y comentó que la joven de la noche anterior no dejaba de preguntar por él.



—Primo, Nicole quedó impactada con tu galanura —aseguró su pariente—. No dejó de preguntar por ti en toda la verbena y cuando le dije que eras de los mejores charros de Tabasco, se emocionó y quiere conocerte, ¿te parece si organizamos una cena en mi casa esta noche?

—Claro que sí, yo también anhelo conocerla. ¿Dónde estás viviendo ahora?

—Al costado sur de la iglesia de santa Lucía, y Nicole vive con su madre en la casa de al lado. Mi esposa y yo las queremos mucho, convivimos a diario pues el padre de Nicole, un veracruzano aguerrido y liberal, se quedó a combatir a los norteamericanos en el puerto de Veracruz y hasta la fecha no han recibido noticias de él, pensamos que falleció en algún combate. Bueno, entonces te espero hoy a las ocho de la noche en mi casa.

—Sí, primo, ahí estaré. Te agradezco la invitación.

Se estrecharon en un fraternal abrazo y se despidieron.

*

En los escasos meses que Áyax llevaba residiendo en Mérida, ya había conocido el amor de cinco mujeres, pero dos seguían empeñadas en continuar la relación. Una era Raquel, su acompañante a la verbena; la otra era Flavia Becerra, quien aseguraba en todos los centros sociales que Áyax era su prometido.

Al salir de la casa de huéspedes donde vivía, para ir a la cena acordada, se encontró con Wilbert, un amigo yucateco, quien le entregó un recado de Raquel.

—Ten cuidado, amigo, esa mujer es peligrosa —le advirtió.

El mensaje decía: *Me enteré que irás a una cena para conocer a alguien. Por el amor que nos tenemos, te pido que no vayas. Te estaré esperando afuera de la catedral. Si no llegas, entenderé que fuiste a esa cena, pero te advierto: atente a las consecuencias.*

Áyax sonrió, negó con la cabeza, arrugó el papel y lo arrojó lejos.

—Pobre mujer, ya se le pasará. Por favor, dile a Bernardo García que vaya a la cita con Raquel, es ahora mismo afuera de la catedral. Asegúrale que tiene carta abierta con ella, que ya terminé la relación.

—Sí, amigo, ahora mismo lo busco. Buena fortuna y buen provecho en tu cena.

Áyax se encaminó a la casa de Cuauhtémoc; apenas dobló la primera esquina, se encontró con Flavia Becerra, quien efusiva y estruendosa gritó:



—¡Mi amor, qué casualidad! Esto definitivamente es el destino, vengo de la casa de la modista Enriqueta Martínez, porque ando viendo mi vestido de novia.

Áyax correspondió el abrazo como todo un caballero, pero de forma fría y sin más ademanes, le refirió:

—Flavia, ya lo habíamos platicado. No me voy a casar contigo, siempre te hablé con la verdad, desde un principio te dije que no me casaría contigo.

—Pero, después de los poemas que me hiciste, me llevaste serenata, me dijiste que me amabas con tanta pasión, yo pensé...

—Dices bien: tú lo pensaste. Yo jamás te prometí matrimonio.

—¡Eres un desgraciado, canalla, poco hombre! Esto no se le hace a una mujer. Antes que amor, tengo dignidad y no te rogaré. No vuelvas a buscarme; ojalá encuentres a alguien que te ame como yo, pero lo dudo. Te pesará toda la vida despreciar el amor de una buena mujer, dispuesta a todo por ti, a pesar de que eres mujeriego y violento. Estoy segura de que nadie te amará como yo; no encontrarás a otra que lo dé todo por ti.

Ahogada en llanto se retiró por la gris calleja en que se encontraron. Áyax quedó pensativo porque las palabras de Flavia resonaban en su mente y causaban dolor en su corazón. Por un instante pensó en alcanzarla, decirle que la amaba, pedirle perdón. La otra opción era seguir con su plan con respecto a Nicole. Suspiró y pensó «la vida es un constante devenir de sucesos, es dinámica, jamás estática; si alcanzo a Flavia, no conoceré a Nicole y jamás sabré si habría sido más feliz con ella. Flavia me ama y tal vez sea cierto que nunca encontraré a una mujer tan entregada como ella, pero ¿y si Nicole es el amor de mi vida? Prefiero arriesgarme y que la vida siga».

*

Al escuchar los viriles golpes de aldaba, Cuauhtémoc se levantó de su asiento, fue hacia la puerta y abrió.

—Bienvenido, primo, esta es tu casa.

Pasaron a la sala donde estaban Nicole, su madre doña María Luisa y la esposa de su primo, doña Orquídea. Cuauhtémoc lo presentó y le asignó un asiento junto a la joven.

—¿Qué quieres tomar? Hay aguardiente, ginebra, vino de Jerez y *brandy*; también tenemos agua de chaya, de pitahaya y de melón.



—Prefiero aguardiente, gracias —contestó Áyax, afecto a las bebidas alcohólicas. Compartieron bebidas, sonrisas y una agradable charla. Áyax acarició el brazo derecho de la joven, quien llevaba un pulso de oro con su nombre.

—Nicole, ¿verdad?

—Sí, Nicole Urquiza —respondió, sonrojada, mientras volteaba a ver de reojo a su madre.

—¡Qué bonito cabello tienes! —aseguró él, acariciándolo.

Ella no supo qué responder y él se percató de que la estaba atosigando y que, lejos de enamorarla, podía causarle molestia o incomodidad. Rectificó su conducta y se dirigió hacia su primo para charlar de política. Orquídea los interrumpió para decirles que ya estaba lista la cena, por lo que se trasladaron al comedor a compartir el pan y la sal. Tomaron una sopa de lima, comida típica yucateca preparada por la señora Pech, quien servía en la casa.

—Buen provecho, preciosa —le dijo Áyax a Nicole.

—Gracias, igualmente —respondió ella con una sonrisa.

El siguiente plato fue filete de cerdo curtido en naranja agria, acompañado de arroz y una guarnición de verduras al vapor, para concluir con merengues y yemitas de dulce. La cena fue deliciosa y la convivencia agradable. Mientras cenaban siguieron los flirteos entre Áyax y Nicole.

Al concluir, regresaron a la sala y, como sus miradas se encontraban constantemente, para no caer en hostigamiento sobre la joven, Áyax intentó desviar la atención.

—Es difícil vivir en esta ciudad con tanto mocho, tantos clericales conservadores de doble moral; son pocos con los que he logrado congeniar.

—Así es, primo. Pero antes de seguir con la charla, ¿quieres otra copa?

—Sí, por favor, la necesito para bajar tan rica y abundante cena.

—En esta casa y la de junto —continuó Cuauhtémoc—, somos liberales a pesar del acoso constante de la clerecía que nos rodea. Estoy más que seguro que los otros vecinos piden a gritos que vuelva Santa Anna o que se instaure una monarquía absoluta. Odian a Álvarez y a Comonfort; ya ves que el general Álvarez nombró ministro de guerra a Comonfort y el 11 de diciembre eligieron a Comonfort como presidente sustituto. Pero la verdad es que odian a la República en sí, porque desean con todo su ser mantener sus fueros, sus privilegios, el *statu quo*.

—Es correcto, primo —concordó Áyax—, por eso trato de no hablar de política, pues me he topado con cada tipo de esa calaña, tienen mentalidad de súbditos y añoran a su alteza serenísima; por eso, trato de no entrar en esos te-



mas, pues tenemos la sangre caliente y no vaya a ser que me tenga que regresar de urgencia a Tabasco por alguna imprudencia.

Sonrieron y alzaron sus copas para brindar de nuevo. Nicole no dejaba de observar a Áyax y él, al percatarse, le dijo a Cuauhtémoc:

—Primo, préstame la guitarra, vamos a amenizar la reunión.

Cuauhtémoc fue por la guitarra a su habitación. Áyax aprendió a tocar empíricamente cuando tenía catorce años, gracias a su primo Alejandro Bastar, quien le enseñó lo básico. Lo cierto es que nunca cantó bien, pero no le importaba y siempre que podía alegraba las reuniones tocando y mal cantando canciones de la época. Cuauhtémoc regresó con la guitarra y se la pasó a Áyax, quien, después de afinarla, entonó una conocida canción que todos terminaron cantando con sentimiento, brindando y riendo a carcajadas.

Poco después la reunión llegó a su fin, no por fastidio, sino por motivos de la hora.

—Doña María Luisa, ¿me permite visitar a Nicole? —preguntó Áyax al momento de despedirse.

—Por mí no hay inconveniente. —contestó la señora— He visto el cariño que te tiene Cuauhtémoc y con eso es suficiente; sin embargo, no sé qué opina Nicole.

—Sí, mamá, si me lo permites, me gustaría que Áyax viniera a visitarme —aseguró la joven.

—Está bien, solo que la visita no se debe prolongar después de las diez de la noche.

—Le agradezco, señora. No se preocupe, a las diez de la noche me estaré retirando.

Se despidió de ellas dándoles un beso en la mano y de los anfitriones con abrazos efusivos. Agradeció la agradable velada, la exquisita cena y el sabroso aguardiente.

*

Cuando se retiró de la casa de Cuauhtémoc, caminó por las oscuras callejas apenas alumbradas por los candiles de algunas viviendas de gente trabajadora que ya estaba despierta realizando las primeras labores del día. Antes de llegar a la casa de huéspedes se encontró con Bernardo García, quien lo esperaba sentado en la plazuela colindante; eran casi las cuatro de la mañana.



—Bernardo, ¿qué haces aquí a esta hora? —le preguntó.

—La conciencia no me deja. Solo tiene diez minutos que llegué, pero casualmente iba saliendo de la casa de huéspedes don Chon, el que tiene un puesto en el mercado, y me dijo que no habías llegado; por eso te esperé, para preguntarte si fue cierto el mensaje que me dio Wilbert.

—Sí, amigo, fue cierto, no tienes de qué preocuparte. Sabía que solo tú podías quitarme de encima a esa mujer. Me mandó un recado amenazándome, entonces pensé en ti, por tu habilidad para enamorar mujeres despechadas —respondió Áyax, y soltó una carcajada.

—¡Bárbara mujer! —dijo Bernardo, todavía apenado— No sé si fue el despecho, porque déjame decirte que sí te odia, bueno, te odiaba, pero es ¡una hoguera! Fuego ardiente es su vientre y su entrega, total, ¡qué noche!

—Es difícil no sentir cierta molestia con tu comentario, pero se cumplió lo que planeaba. Ahora te voy a pedir que la cites en el parque de Santiago a las doce del día, para que cuando llegue nos vea platicando y se avergüence, a fin de que se aleje para siempre de mí.

—Sí, eso haré, pero te pido que no me guardes rencor, esto fue idea tuya. Me da miedo que al rato, con unos aguardientes encima, me agredas.

—¡Jamás! Bien dices, fue idea mía. Es una mujer de arranque, media loca y es mejor mantenerla lejos. No te preocupes, amigo querido, al contrario, te agradezco el apoyo.

Se estrecharon en un abrazo fraternal y se despidieron. Áyax llegó hasta su cuarto, se retiró el sombrero y lo colgó en el perchero, luego se quitó los botines y el traje de lino. Se tiró en la cama con la mente ocupada por la belleza de Nicole, que lo hacía suspirar.

*

A la mañana siguiente, apresurado se bañó y fue a desayunar en el comedor. La cocinera era doña Remedios, de ascendencia maya, chaparra, gorda, piernas flacas, con la caja torácica ancha, cuello corto, cara redonda, cachetona, siempre risueña y ataviada perennemente con un huipil blanco floreado. La señora preparaba unos huevos fritos montados en una tostada de tortilla de maíz con frijoles refritos, acompañados con salsa de tomate, chícharos, plátanos fritos y queso, que a él le gustaban mucho. Estaba apurando un café cargado cuando doña Remedios le dijo:



—Don Áyax, me acaban de traer de Pomuch un pan que nos gustó, ¿quiere probarlo, lindo hermoso?

—Sí, por favor, vamos a probarlo. Está sabroso, dice que se lo trajeron de ¿dónde?

—De Pomuch, ninio, un poblado retirado, rumbo a su tierra, pero todavía es territorio de Yucatán. No me lo traen seguido, por eso aproveché para que lo probara.

Cuando terminó de desayunar, regresó a su habitación para asearse y tomar su sombrero, con la idea de ir a la iglesia de Santiago.

Y todo sucedió como Áyax lo tenía pensado. Cuando llegó al parque, ya estaba ahí Bernardo García sentado en una banca.

—Buenos días.

—¿Qué tal, Áyax? Le dejé recado a Raquel con su tía Juanita, que nos veríamos aquí para hablar de amor.

—Cuando llegue, me haré el ofendido. —dijo Áyax— Le haré creer que ambos me lastimaron con su actuar; tú solo sígueme el cuento.

En eso estaban cuando llegó Raquel; tal fue su impresión cuando los vio, que, turbado el paso, trastabillando y pálida, dudó en acercarse.

—Raquel, ven por favor —la llamó Bernardo.

No tuvo más remedio que acercarse y, sin sostenerle la mirada a Áyax, apenas logró decir:

—Hola, buenas tardes.

—Ya lo sé todo, Bernardo me lo contó —dijo Áyax—, a él lo disculpo porque no sabía de lo nuestro; pero tú no tienes perdón, me lastimaste hasta lo más profundo del corazón. No sabes lo que me duele tu traición, sin embargo, deseo que seas feliz con tu nuevo amor, espero que a él no lo traiciones como a mí.

Raquel, con la mirada al piso y muerta de vergüenza, comenzó a llorar y a deshacerse en disculpas.

—Por favor, perdóname. —pidió, muerta de vergüenza— Me siento mal con lo que hice, pero no llegaste a nuestra cita. También me sentí despechada y me dejé llevar por la ira, por la rabia, el rencor.

—Que te perdone tu Dios, yo no. Nunca más se te ocurra buscarme.

—¡Que decepción me provocas, Raquel! —interrumpió Bernardo con excepcional histrionismo— Nunca imaginé que te condujeras de esa forma. Lastimar así a un amigo, no me lo perdono y tampoco te perdono que me hayas usado para tal fin, eres una mala mujer, lo mejor es que no vuelva a verte en mi vida.



Raquel, ahogada en llanto, no tuvo más remedio que huir del parque. Los amigos soltaron estentóreas carcajadas y estrecharon sus manos.

—Te agradezco mucho, mi amigo —dijo Áyax—, como es sábado y ya pasa del mediodía, si tienes tiempo te invito un trago en la cantina El Silo. Solo le llevaré unas cartas a mi primo Andrés Prats, que sale hoy para San Juan Bautista, para que las entregue a mi familia. Nos vemos a las dos de la tarde.

—Me agrada la idea —aceptó Bernardo.

*

En la acera de una calleja de laja estaba estacionado un carro jalado por caballos; un peón subía dos baúles de regular dimensión. De la residencia, una especie de quinta, salió un tipo de estatura mediana, prominente panza, de tez blanca, cachetes colorados, cabello negro y barba negra de candado bien arreglada. Vestía traje de lino *beige* y sombrero de palma de ala ancha; llevaba un revólver Colt de cinco tiros, calibre 36, enfundado en una fornitura de cuero a manera de cinturón; fumaba un puro de Huimanguillo y supervisaba que se acomodaran bien los baúles.

—¡Andrés! —lo saludó Áyax.

—¡Primazo, coño! Te estaba esperando, el barco zarpa de Progreso a las cuatro de la tarde.

—Sí, primo, muchas gracias. Me entretuve arreglando unos asuntos personales, pero aquí te traigo este paquete de cartas para mis padres y para Teresa Conde, de la que no sé nada desde que llegué aquí.

Andrés le gritó al peón:

—¡Urbano!, abre el baúl café y mete estas cartas. No te preocupes, primo, llegando las entrego. ¿Algo más que se te ofrezca?

—No, gracias. Que tengas buen viaje, primazo. Dale muchos besos a mi tía y dile a mis padres que los quiero, que los extraño, pero que estoy bien, que me va bien en los estudios. De todos modos, se los cuento en las cartas, pero si puedes decirles de viva voz, te lo agradecería.

—Cuenta con ello. Pienso regresar a mediados o a finales de enero del próximo año. Venme a ver, o nos vemos en la escuela para darte los pormenores de lo que sucede en Teapa. Me imagino que no irás a pasar las fiestas de diciembre, ¿verdad?

—No, primo. Por lo que pasó con Carlos Cárdenas no quiero provocar más rencillas. Prefiero que se atemperen los ánimos y se empiece a olvidar



lo sucedido, que con el tiempo solo sea un mal recuerdo. Por cierto, ¿cuándo terminas los estudios de jurisprudencia?

—Estimo que para julio del próximo año.

—¡Enhorabuena! Ya no quiero quitarte más tiempo, se te está haciendo tarde. Que tengas un excelente viaje; espero vernos pronto.

—¡Así será! —dijo Andrés. Le dio un caluroso abrazo a Áyax, se subió al carruaje y partió rumbo a Progreso.

*

Áyax departió con Bernardo García en El Silo, donde tomaron aguardiente y degustaron botanas españolas. Después, estrenó un traje de lino azul cielo y se dirigió a la casa de doña María Luisa. Llamó a la puerta y le abrió doña Maribel, la señora del servicio, quien lo acomodó en la sala, recibió su sombrero para colocarlo en el perchero, y le dijo que la señorita Nicole no tardaba en salir.

Áyax esperó pacientemente. De una habitación emergió la imagen de una musa angelical, ataviada con un vestido de lino blanco, de manga larga y cuello alto, con encajes en los puños y en el cuello; la tez blanca contrastaba con su cabello negro arreglado en un chongo, con caireles en las mejillas. Era un numen para el espíritu poético de Áyax, quien, impresionado, se levantó de su asiento, se encaminó hacia ella, le tendió la mano y la condujo a la poltrona donde se adosaría.

—No me lo puedo callar: estás bella. Si en la verbena de santa Lucía te vi hermosa, hoy no sé cuál adjetivo ocupar para definir tanta belleza.

—Gracias, eres muy gentil. ¿Así que estudias jurisprudencia? —contestó ella, apenada.

—Sí, por eso ando acá. Mérida es una bonita ciudad, pero extraño mucho mi pueblo, Teapa. La verde vegetación exuberante de aquellas tierras no se ve por acá; extraño los sonidos del amanecer en el rancho, el trinar de las aves, el mugir de las vacas. En fin, añoro todo eso y quisiera regresar. Pero no te aburriré con mis añoranzas. Entiendo que tampoco eres de estos lares.

—Somos del puerto de Veracruz, y cuando mi padre se enteró de la inminente invasión norteamericana, decidió mandarnos para acá, con la idea de que estaríamos a salvo; justo a tiempo logramos salir mi madre, mi hermana y yo en un pailebot. Mi papá se quedó a combatir a los norteamericanos.



—¿Tu hermana? ¿Por qué no estuvo en la cena?

—Carmen se enclaustró en el convento de las capuchinas, quiere ser monja.

—Ah, vaya. Entonces ¿tu padre se quedó en Veracruz?

—Sí, y desde entonces no sabemos nada de él. Lo extrañamos mucho, quisiéramos saber si aún vive o si falleció, saber dónde quedaron sus restos, pero nadie nos da noticias.

—Qué pena. Espero que esté vivo, pues me gustaría mucho conocer a un patriota, máxime que pretendo ser su yerno —dijo Áyax, en tono circunspecto. Los dos se sonrojaron, pero también sonrieron.

Así nació el amor entre Áyax y Nicole, un amor que rendiría frutos.

*

El 2 de febrero de 1856, día de la Candelaria, Áyax Beltrán y Andrés Prats platicaban en el café París, de Mérida. Andrés le dijo:

—Primo, mis tíos están bien, me recibieron con mucho amor, Tu madre lloró al ver las cartas y te mandan estas. Tu hermana está bien y los primos Beltrán y Bastar, como siempre, haciendo de las suyas. Hay algo que debes saber: de buena fuente me enteré que Teté está embarazada, que tendrá a la criatura en abril. ¡Vas a tener un hijo, primo! El problema es que ella y su madre abandonaron el pueblo y no sabemos a dónde se fueron. Tengo muchos amigos en San Juan Bautista y en la ciudad de México que, en cuanto las comunicaciones lo permitan, me informarán si saben algo; aproveché ahora que muchos de ellos estuvieron en Teapa por las fiestas decembrinas. Tan pronto sepa algo, te informaré.

—Son sentimientos encontrados, primo —dijo Áyax, pensativo, mientras le daba un sorbo al café—, entre la dicha de saber que seré padre y la angustia de no saber dónde está Teresa. Fíjate que algo presentía, no me dejaba desprenderme por completo de ella; quizá ha pensado mucho en mí, no lo sé. Por otro lado, creo saber que quien te contó todo fue don Julio Flores, el vecino de Teté, es chismosísimo y se me hace raro que no sepa a dónde se fueron.

—¡Qué bien conoces a la gente! —aceptó Andrés, después de soltar una estridente carcajada— En efecto, fue don Julio quien me informó y dijo que por más que trató de conseguir el dato de a dónde se dirigían, no pudo.

En esos momentos, pasó por la plaza un par de damas elegantemente ataviadas con vestidos azules, guantes y sombrillas.



—¡Qué poquito azul para tanto cielo! —dijo Áyax, mirándolas de pies a cabeza. Las damas sonrieron tímidamente y apuraron el paso.

—No cambias, primazo —comentó Andrés.

—Creo saber a dónde se fue Teresa. Con el cerebro revolucionado por la cafeína recordé que alguna vez me dijo que una hermana de su madre tenía una casa en la ciudad de México, cerca de la plaza de toros del paseo Nuevo, por Bucareli.

—Qué bueno que me dices. —repuso Andrés— Le diré a Cucho, el timonel del barco El Rosario, que le entregue una carta a Ricardo Blanco en el puerto de Frontera. Ricardo constantemente viaja a la ciudad de México a buscar mercancía, le pediremos que la busque donde dices, quizá la encuentre y, haciendo cálculos, puede ser que para cuando nos informe sepamos si tu hijo es niño o niña.

Áyax sonrió y le brillaron los ojos. No pudo ocultar la ilusión de ser padre.

*

Nicole Urquiza nació el 18 de junio de 1840. Cuando Áyax la pretendía, era una joven de quince años, de finos modales, educada y respetuosa de su madre y sus mayores; sin embargo, también era de ideas liberales, pues no obstante ser católica, cuestionaba el dogma religioso y estaba a favor de la República, porque escuchaba las historias que sus padres le contaban. Coincidió en mucho con el joven, a más de que también le gustaban los jaripeos y Áyax era un buen charro.

Un día, Nicole y doña Maribel caminaban con rumbo al mercado, cuando la vio su pretendiente, quien comenzó a seguirla sin que se percatara. Sentada al ras de una banqueta había una viejita vendiendo flores, y Áyax compró una rosa roja en botón y continuó su acecho. Se adelantó por un atajo y cuando ella dobló una esquina, la sorprendió en un salto, colocándose frente a ella. Nicole pegó un grito por el susto y él, con un ademán de mago se abrió la solapa del traje, apareció la rosa y la alargó hacia su amada.

—¡Canijo, me asustaste! Pero muchas gracias, está bonita.

—Mi bella dama, ¿me permite acompañarla? —preguntó él, inclinándose como un músico al final de su concierto.

Ella sonrió y asintió; caminaron por el mercado y él le ayudó con sus compras. Cuando regresaron a la casa de Nicole, doña Maribel metió las cosas mientras los enamorados se quedaron en el corredor del patio.



—Nicole, es evidente que me gustas mucho, te has dado cuenta, por eso, te pido que seas mi novia.

—No sé qué decir, déjame consultarlo con mi madre. Soy menor de edad y creo que es una decisión que debe llevar su consentimiento.

—Claro que sí, no te preocupes, sabré esperar y estoy seguro de que tu madre no tendrá inconveniente.



V

En la ciudad de México, el 20 de julio de 1856, un comerciante provinciano ingresó al café La Esquina, cerca de la plaza de toros del paseo Nuevo. Era Ricardo Blanco, amigo de Andrés Prats, quien llevaba la consigna de encontrar a Teresa Conde. Se sentó en una mesa y pidió un café.

—¿Vino hoy la señora Teresa Conde? —preguntó con seguridad, dando por hecho que el mesero la conocía.

—No, ya no ha venido, porque estaba por alumbrar, según sé ya tuvo a la criatura —respondió el mesero. Ricardo no sabía cómo preguntarle la dirección de la joven sin que se diera cuenta de que no la conocía.

—¡Oiga usted, qué alegría me da! Vengo de Tabasco, era vecino de Teresa y me mandó una carta diciéndome que vivía por acá, pero se le pasó darme la dirección exacta, ¿me la podría usted proporcionar?, le traigo un recado de su tío.

—Claro que sí, vive a dos casas de aquí, sobre la avenida Bucareli, en el edificio marcado con el número cinco —indicó el mesero, confiado con el relato y la seguridad del tabasqueño.

Ricardo apuró su café, pidió la cuenta y se dirigió al lugar indicado. Llamó a la puerta y fue atendido por una señora de canas, de unos cincuenta años.

—Buenos días, mi nombre es Ricardo Blanco y traigo un recado para la señorita Teresa Conde, de parte de Áyax Beltrán, ¿se encuentra ella?

La señora era la madre de Teresa, doña Ruth Segura, quien se sorprendió mucho con la presencia de Ricardo.

—Sí, aquí está. Acaba de dar a luz un niño varón y está alimentándolo; si gusta, pase a la sala y espere para que hable con ella.

Ricardo se adosó en el sofá y esperó. Cuando la joven salió, un tanto turbada y con cierta desconfianza, cuestionó al comerciante:

—¿Cómo supo que vivimos aquí?

—Mire, bella dama, vine porque le debo favores al señor Andrés Prats, quien me encargó que diera con el lugar donde usted reside, porque tengo entendido



que es pariente de Áyax Beltrán y es él quien está interesado en saber de usted. Con los datos que me confiaron me di a la tarea de localizarla. No desconfíe de mí, solo vengo a decirle que don Áyax quiere reconocer a su hijo, pues supo que usted estaba embarazada.

—Pero, ¿él está bien? ¿No es cierto que los hermanos Cárdenas se vengaron y lo asesinaron? —preguntó Teresa, con lágrimas en los ojos— Eso me dijo Rosita Juárez y yo casi muero de tristeza y ansiedad, porque los Beltrán y los Bastar fueron herméticos y por más que pregunté, no me dijeron nada. Ni el chismoso de Julio Flores me supo dar razón. Por eso le pedí a mi madre que nos alejáramos lo más posible del pueblo y de toda esa violencia. Algo me decía que Áyax estaba vivo, y ahora que usted me trae noticias, es tal mi contrariedad, que no pienso con claridad. Me siento feliz de que esté vivo y que ya sepa de la existencia de nuestro hijo, pero a la vez siento unas hondas ganas de llorar por haber vivido todo este tiempo con el dolor de su muerte. También me dolía ser una madre sin esposo, imaginar un futuro incierto y difícil para mi hijo, pensar que alguien de manera ofensiva lo llame espurio y ello le cierre las puertas para su educación y se le niegue el acceso a una vida digna. Todo eso me ha atormentado, ha sido mucho sufrimiento, mucho dolor que no se alivia por completo con su mensaje. En ningún momento me dijo usted que Áyax se casará conmigo, por lo que mi hijo, a pesar de llevar su apellido, no será hijo de matrimonio.

Ricardo, acongojado por la narración, expresó con pena:

—Señora mía, el recado que le traigo es que don Áyax quiere reconocer a su hijo, darle su apellido y manutención, pero cierto es que don Andrés no me mencionó nada concerniente al matrimonio. Don Áyax radica y estudia en Mérida, así que su hijo tendrá un padre abogado. Es todo lo que sé y puedo decirle.

—¿Cómo pretende reconocer a su hijo?, ¿vendrá a la ciudad de México? —insistió ella— Tengo muchas preguntas que me gustaría hacerle a Áyax, pero me deja usted más tranquila con este mensaje, quiero pensar que mi hijo tendrá padre y apellido, que siempre tendrá su apoyo y el de la familia Beltrán.

En la estancia reinó el silencio, interrumpido por el llanto del bebé de tres meses de edad. Ella se levantó, fue a la habitación, salió con el niño en brazos y se lo mostró a Ricardo. Era un niño bonito, gordo, de tez blanca y cabello negro, la viva imagen de su padre.

—¡Qué bárbaro, pero si es idéntico a don Áyax!



—Desgracia la mía, ver su jeta todos los días de mi vida, así ¿cuándo lo voy a olvidar?

—Señora, yo vengo seguido a la ciudad de México, siempre que me lo permitan las crecientes y el mal tiempo. En cuanto pueda le traeré noticias de don Áyax, ahora debo retirarme para atender mi negocio. Le diré a don Andrés Prats que la localicé y que entregué el recado, ¿algo más que se le ofrezca?

—Nada, solo me gustaría saber cuándo regresará Áyax a Tabasco y entonces iré a Teapa para hablar con él y que registre a mi hijo con el cura Jesús Martínez. Perdón, qué grosera soy, no le ofrecí nada de tomar, ¿gusta algo?

—No se preocupe, acabo de tomar un café en La Esquina.

—Ahora entiendo cómo dio con mi domicilio.

Los dos rieron y Ricardo se retiró del lugar.



VI

Año de 1857

En Mérida, un año de feliz noviazgo había transcurrido. También se promulgó la nueva Constitución y en la ciudad, no obstante la guerra de castas, proliferaba el grito de los conservadores, «¡Religión y fueros!», que para Áyax era nauseabundo y lo irritaba sobremanera. Estaba próximo a concluir sus estudios y presto a regresar a su bélico Tabasco, por lo que le apuraba resolver su situación amorosa con Nicole. Amándola como la amaba, decidió aventurarse en una de las hazañas más grandes de su azarosa vida y pedirle matrimonio.

Una fresca mañana de marzo, Áyax se presentó en la casa de Cuauhtémoc.

—Primo, buenos días. Vengo a pedirte que me acompañes a casa de doña María Luisa para solicitar la mano de Nicole, pues será difícil para mis padres venir de Teapa y, te soy honesto, ya no quiero estar más tiempo en esta ciudad, que lo que tiene de bonita lo tiene de gente conservadora.

—Con gusto, primo, claro que sí, ahora mismo le digo a Orquídea que nos acompañe.

Nicole y Áyax se habían puesto de acuerdo para que fuera a pedir su mano el lunes 9 de marzo a las once de la mañana, por lo que previno a su madre y le ordenaron a doña Maribel que prepara diversas viandas a efecto de agradar a las visitas.

Cuando se escucharon fuertes golpes de aldaba, doña Maribel abrió la puerta, invitó a pasar a los concurrentes y los acomodó en la sala de la estancia; poco después apareció doña María Luisa.

—Buenos días, sean ustedes bienvenidos a esta su casa —dijo con afable acento. Cuauhtémoc y Áyax se pusieron de pie como acto de reverencia ante la dueña del lugar.

—Sigan sentados, por favor. ¿Les ofrezco algo de tomar?, ¿se les antoja un chocolate caliente, un café, agua de pitahaya?



—Comadre, yo te acepto un agua de pitahaya, por favor —contestó Orquídea. Cuauhtémoc, Áyax y doña María Luisa prefirieron café; la señora de la casa le ordenó a Maribel que sirviera las bebidas.

Mientras platicaban, apareció Nicole por el pasillo, elegantemente ataviada con un vestido de lino color natural, y se sentó junto a su madre. Cuauhtémoc inició la charla:

—Ya tenemos nueva Constitución, ¿qué opinas, Áyax?

—Tengo entendido que es una Constitución liberal, con avances sociales, que beneficiará a todos los mexicanos, dadas las garantías que en ella se contemplan y los derechos que todo el pueblo debe saber. De todos modos, me gustaría tener el texto en mis manos para leerlo con detenimiento —respondió Áyax, nervioso por el motivo de la visita.

—Es importante conocer esos derechos, así que, Áyax, te encargamos que nos mantengas informados al respecto —apuntó doña María Luisa, sonriendo.

—Cuenta con ello —respondió después de darle un sorbo al café y seguidamente adujo:

—Señora, imagino que ya sabe el motivo de nuestra visita, por lo que considero apropiado abreviar el cuento e ir al grano. Vengo a su casa, en compañía de mi única familia en esta ciudad, a pedirle la mano de Nicole, nos amamos y nos queremos casar. A mis padres se les complica venir y por ello acudí a mi primo y su esposa, pues también sé el gran afecto que se tienen. Le pido que tenga a bien concederme la mano de su hija y que contemos con su anuencia para casarnos.

—Áyax, a lo largo de estos meses te has ganado mi afecto. He visto cómo tratas a Nicole y todo el amor que se tienen. No tengo ningún inconveniente en otorgar mi consentimiento para que se casen; solo me preocupa y me entristece que tu residencia está lejos de aquí, y separarme de mi niña me duele, pero a la vez entiendo que si ella lo desea, no soy quien para impedir que haga su vida. Confío en que eres lo suficientemente hombre para responder por ella, he visto tu proceder y no me queda duda de ello. Tienen mi anuencia para casarse, y de todo corazón les deseo que sean felices, más de lo que ahora lo son.

—Le agradezco infinitamente su anuencia, doña María Luisa. Le prometo que a su hija nada le faltará, la cuidaré, la protegeré, la mimaré cuando sea necesario y tendrá mi amor por siempre.

Orquídea dejó su vaso y preguntó:



—¿Para cuándo será la boda y en dónde?

—Me gustaría que nos casáramos en Tecomajiaca, que sea una boda charra. ¿Tú qué opinas, Nicole?

—Me encantaría, ¿qué piensas de eso, mamá?

En ese momento entró a la sala doña Maribel con una bandeja de galletas y pan dulce, la colocó en la mesa de centro y Cuauhtémoc, Orquídea y Áyax se abalanzaron sobre ella cual niños hambrientos. Doña María Luisa contestó a la pregunta de Nicole:

—Me gusta mucho la idea. Quisiera conocer tu tierra, Áyax, y creo que mejor pretexto para ir no habrá jamás; además, me gusta la charrería igual que a Nicole, y no me puedo perder verlos en su boda charra.

—Pues no se diga más —sentenció Cuauhtémoc, sacudiéndose las boronas de galleta que pendían de su barba y bigote—, hoy es lunes y estamos a 9 de marzo, ¿para cuándo sería la ceremonia?

—Para el viernes 15 de mayo —propuso Áyax— Me agrada esa fecha, podríamos salir de Progreso el viernes 1 de mayo hacia Frontera y ahí abordar la goleta de Nicanor Lastra para que nos lleve a Teapa, ¿qué les parece?

—Me agrada la idea —aseguró doña María Luisa.

—Por nosotros, está excelente la fecha —dijo Cuauhtémoc — Cuenta con nuestra presencia; además, ya me anda por ver a toda la parentela teapaneca.

El viernes 1 de mayo de 1857, dos carros jalados por caballos viajaron rumbo a Progreso. En uno iban doña María Luisa, Nicole y Áyax; en el otro viajaban Cuauhtémoc y Orquídea. Al llegar al puerto, abordaron un pailebot con destino a Frontera, Tabasco.



VII

El 15 de mayo de 1857, al Santuario de Guadalupe, parroquia de Tecomajiaca, arribó un carruaje negro adornado con alcatraces y crisantemos blancos. En él viajaban Nicole, vestida de novia y su madre, elegantemente vestida de azul; el carruaje era conducido por Cuauhtémoc, vestido con traje de charro color gris.

En la puerta de la iglesia, fumando un puro de Huimanguillo, impaciente esperaba Áyax, vestido con un traje de casimir negro, con alamares y botonadura de plata, un charro entero, elegante y gallardo. Al ver llegar el carruaje, tiró el puro y se dispuso a esperar a que descendieran los ocupantes del vehículo. Primero descendió doña María Luisa ayudada por Cuauhtémoc, acto seguido Nicole, también ayudada por este, quien la conduciría hasta el altar.

La misa fue oficiada por el cura Jesús Martínez, párroco de Tecomajiaca, muy querido por toda la población por su honesta vocación al sacerdocio, a más de ser promotor de la educación en la villa, porque en el costado oriente de la iglesia, con el apoyo de las hermanas de Jesús Crucificado, habilitó una escuela para los niños y jovencitos del lugar.

Áyax, a pesar de sus ideas liberales y anticlericales, llevaba una buena amistad con el cura, pues entre ellos prevalecía el respeto y Beltrán siempre reconoció al religioso su altruismo, caridad y amor al prójimo, a diferencia de la mayoría de los curas de esa época, en los que imperaba el clasismo, el interés monetario y el racismo.

Gracias a esa buena amistad, se realizó una bonita boda y el sacerdote dio la bendición a la feliz pareja. Después de la ceremonia religiosa, los desposados y sus familiares se dirigieron al rancho El Colmenar, propiedad del abuelo materno de Áyax, donde ya estaba dispuesto un gran banquete, gracias a una novillona y un puerco en ceba que fueron sacrificados para el convivio; como bebidas se ofreció chorote, aguas de frutas, aguardiente y vino Carlón. Un cuarteto de cuerdas y viento amenizaba el evento, al que asistieron las familias



Beltrán, Bastar, Prats, Sánchez, Ocampo, Castro, Rodríguez, Correa, Rubio, Cano, Melo, Wade y Luque.

El baile estaba animado y la feliz pareja disfrutaba la fiesta gratamente, cuando Lisandro, un peón de la hacienda, corrió hasta donde estaba sentado Áyax.

—Patrón, necesito decirle algo en privado.

—Vamos —dijo Áyax, y se levantó de su asiento para retirarse del bullicio.

—¿Qué pasó, Lisandro?

—Vino Evelio, el mozo de la casa de sus padres. Dice que lo está buscando la niña Teresa Conde, con una criatura en brazos.

Áyax se puso nervioso con la noticia, pero decidió enfrentar el suceso con hombría. Regresó a la fiesta y le dijo a Nicole que debía ausentarse unos minutos, que no tardaría. Alejandro Bastar se percató de que algo extraño sucedía y se acercó a él.

—Si necesitas algo, cuenta conmigo.

—Gracias, primo, Teresa está con mi hijo en la casa de mis padres, voy para allá en este momento.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias, debo resolver esto solo.

Áyax montó un alazán y partió. Al llegar, se apeó y ató el animal al portal, allí, en el corredor de la casa, se encontraba sentada Teresa y en el suelo juguetaba un hermoso niño de un año y un mes de nacido. Al verlo llegar, ella se puso de pie y con las pestañas húmedas le dijo:

—Qué guapo te ves. Acabo de enterarme que estabas en la fiesta de tu boda. De haber sabido antes, no te hubiese molestado. Solo vine para que conozcas a tu hijo, pronto regresaré a la ciudad de México.

De súbito llegaron a la mente de Áyax todos los recuerdos, todas las vivencias de su noviazgo con Teté, desde que la conoció hasta el momento en que mató a Carlos Cárdenas. No pudo evitar sentir nostalgia y tristeza; la vio bella, más que antes, y saberla madre de su hijo la hacía adorable para él.

—¡Qué linda te ves! —atinó a decir, nervioso — Te extrañé mucho todo este tiempo, pensaba mucho en ti, escribí algunos versos inspirado en tu recuerdo, hasta que Andrés Prats me dijo que estabas embarazada y que te habías ido del pueblo, entonces le pedí que te localizara.

Mientras hablaba, el niño caminó hasta sus piernas y se le abrazó de la pantorrilla derecha. La emoción cundió por el cuerpo de Áyax y aunque no



era bien visto que un varón cargara a un bebé, no le importó, se inclinó y con mucho amor cargó a la criatura.

—¡Qué bárbaro, es igualito a mí!

—A todo el mundo le digo que qué rayos hice mal que ahora lo estoy pagando, pues veré tu jeta por el resto de mi vida.

Sonrieron y se miraron fijamente, suspirando al mismo tiempo. Áyax hizo por acercarse, pero Teresa lo detuvo.

—No, Áyax, te acabas de casar y yo respeto mucho el matrimonio. Aunque te amo con todo mi corazón, para mí ya eres ajeno y no hay vuelta atrás. Solo vine por tu hijo y si bien tenía la esperanza de volver contigo, cuando llegué, el chismoso de Julio Flores me dijo que te estabas casando. Entonces comprendí que te perdí para siempre; no te sientas mal por mí, ya tengo mi vida hecha en la ciudad de México. En cuanto el padre Jesús registre al niño, regreso a seguir con mi rutina.

Áyax sintió un nudo en la garganta y muchas ganas de retenerla, pero valoró su entereza.

—Estoy orgulloso de la madre que tiene mi hijo. Eres grandiosa, sublime, digna, te voy a admirar y respetar siempre, Teresa. Quiero que el niño lleve por nombre Áyax, igual que yo. Iremos mañana con el cura para que lo bautice, porque ahora está en la fiesta de mi boda y no quiero molestarlo. Paso por ti a las diez de la mañana, me imagino que estás viviendo en tu antigua casa.

—Sí, ahí vive mi tío Alberto.

Áyax le dio un beso en la frente, puso al niño en sus brazos y montó al alazán para regresar a todo galope a la fiesta.

Al llegar, saltó del cuaco y le dio un golpe en el anca con la mano abierta, se acomodó las espuelas hacia el empuje y le pidió a Lisandro que le llevara una botella de aguardiente a su mesa. En el camino se topó con Alejandro Bastar y emocionado le contó que era papá de un hermoso niño.

—¡Esto es doble festejo, primo, tu boda y tu hijo! —aseguró Alejandro, y le entregó un puro de Huimanguillo que sacó de la bolsa interior de su traje de charro.

Áyax tomó con agrado el puro, sacó un fósforo de la bolsa exterior del traje y siguió su camino hasta la mesa donde lo esperaba su flamante esposa.

—Debo contarte algo —le dijo al momento de sentarse junto a ella.

—Sí, dime.

Áyax tomó un trago de aguardiente y empezó su relato:



—Antes de irme a Mérida era novio de Teresa Conde. Una vez, nos ofendieron tres jinetes ebrios, por lo que fui a lavar la ofensa y en duelo maté a Carlos Cárdenas, por eso mi padre me mandó lejos para evitar más hechos de sangre. De aquella relación nació un hermoso niño, al que acabo de conocer porque Teresa reside en la ciudad de México y vino para que registre al niño, cosa que haremos mañana. Quiero que tú, mi amada esposa, compartas conmigo la alegría inmensa que siento de ser padre —guardó silencio, bebió otro sorbo de aguardiente y le dio una profunda fumada al puro.

—Claro que sí, mi amor. Verte así de emocionado y feliz también me hace feliz; festejemos nuestra boda y tu alegría de ser padre. Si te casaste conmigo es porque quieres que formemos una familia juntos, algo que ella no tendrá, pero eso no será motivo para alejar al niño que lleva tu sangre y, si algún día tenemos hijos, quiero que lo vean como su hermano.

—Sabía que eres la mujer ideal, la mujer con la que estoy formando mi familia y con la que quiero pasar el resto de mi vida. Te amo, Nicole —aseguró él, sin evitar que un par de lágrimas rodaran por sus mejillas hasta mojar la barba de candado. Se sirvió otro vaso de aguardiente, que bebió de un solo trago, desenfundó su Colt Paterson de cinco tiros y disparó al aire la carga completa.

La música se detuvo, reinó el silencio y los primos Beltrán y Bastar echaron mano a sus revólveres pensando que se trataba de un ataque. Cuando vieron que era Áyax emocionado y feliz, todos soltaron gritos de algarabía y la música continuó animando el festejo. Algunos bailaban, otros comían y bebían, todos reían.

Así fue la boda de Áyax Beltrán y Nicole Urquiza.

*

Al día siguiente, Áyax se presentó en la casa de Teresa a la hora acordada; llegó en un tordillo, se apeó y llamó a la puerta. Ella salió con el niño en brazos y él se lo pidió para cargarlo; Teresa se lo dio y fue por un caballo a la caballeriza, de donde regresó arriba de un precioso zaino. Don Julio Flores, como buen chismoso, estaba parado en la puerta de su vivienda, observando lo que pasaba.

Áyax decidió llevar a su hijo en la manzana de la silla y así se encaminaron hacia el Santuario de Guadalupe. Las puertas de la iglesia estaban cerradas, y él se encaminó al atrio donde estaba la escuela, por ahí llamó al padre Jesús,



quien tardó unos minutos en salir, debido a que terminaba de desayunar un par de huevos revueltos con longaniza y aún apuraba su café cuando escuchó los gritos.

—Buenos días, ¿qué se les ofrece, por qué esos gritos tan desesperados?

—Padre Chuy, quiero que bautice a mi hijo, Áyax Bastar Conde.

—¿Cómo que es tu hijo, si te acabas de casar con Nicole?

—Sí, padre, es mi hijo con Teresa Conde, ¿se acuerda de ella?, vivía por el Mure.

—Pero, hijo, hay un impedimento: ustedes no están casados ante Dios, por lo que me es imposible bautizar a este niño; solo que el señor obispo me lo autorice, de otra manera no podría.

Áyax, visiblemente molesto, con surcos fieros en el rostro, adujo:

—No concibo tal proceder. Ustedes predicán la conversión al cristianismo y cuando uno viene voluntariamente, se la niegan. No entiendo por qué cuando los padres no están casados se le niega el sacramento a un inocente. Le aclaro que este coraje no es contra usted, pero ya estuvo bueno que el clero mantenga el monopolio de los registros que deben ser civiles, cuando ello debe ser tarea del Estado. Tienen demasiado poder, y eso se debe acabar por el bien de todos los mexicanos.

Con la bilis derramada, terminó su discurso y se dispuso a retirarse, cuando escucharon los cascos de un caballo que se acercaba. Era Nicole a lomos de una yegua blanca. Áyax y Teresa se asombraron con su presencia; ella se apeó y se encaminó hasta donde se hallaban todos.

—Señor cura, me imagino que les negó el bautismo porque no se están casados. Quiero hacerle una propuesta, si a bien lo tiene, ¿qué le parece si el niño queda registrado como hijo del matrimonio Beltrán Urquiza?, en la inteligencia de que quedará siempre bajo el cuidado de su madre y esto solo será a efecto de que quede registrado como ciudadano teapaneco. Me imagino que no tendrá usted impedimento alguno.

Quedaron boquiabiertos ante la propuesta de Nicole. Áyax sintió que se le anudó la garganta y se le nublaron los ojos, pensando que no podía haber elegido mejor mujer en el mundo, que era lo mejor que le había pasado en la vida.

El sacerdote dudó un momento, pero decidió oficiar el bautizo, y requirió un par de padrinos. Áyax montó en su caballo y a todo galope se dirigió a la casa de sus primos Bastar Zozaya, en busca de Alejandro, pero no lo encontró



y lo atendió José María, quien ya tenía dieciocho años. Le pidió que fuera el padrino de su hijo, pero necesitaban a otra persona.

—Le puedo decir a la prima Amanda, que está aquí en la casa.

Áyax asintió y el joven se metió para decirle a su prima que los acompañara. Llegaron los tres a la parroquia y se llevó a efecto el bautismo del niño Áyax Beltrán Urquiza, como hijo del matrimonio formado por Áyax Beltrán Luque y Nicole Urquiza Aguirre; sus padrinos fueron José María Bastar Zozaya y Amanda Prats Quintero.

Al día siguiente, Teresa, con su hijo en brazos, salió rumbo a Frontera, para de ahí continuar hacia la ciudad de México, con el afán de alejar a su pequeño de tanta violencia.



VIII

El 27 de febrero de 1858, a las seis de la mañana, Áyax cabalgaba cubierto con una capa impermeable de caucho para protegerse de la lluvia torrencial que caía desde varios días atrás. Regresaba de la ordeña de cinco vacas lecheras criollas que tenía en el establo de su rancho, una fracción que su padre le había heredado en vida. Evelio, uno de los mozos del rancho, lo seguía montado en un burro, que por terco y bruto le llamaban el Conservador, cargando varios litros de leche. La tormenta eléctrica no había cesado desde el 20 de febrero y había zonas anegadas, con mucho lodo, que dificultaba el paso a las bestias, pero las labores del rancho seguían su curso. Llegaron al corredor de la casa, se apearon, se despojaron de las capas y bajaron la leche. Entonces se escuchó un grito.

—¡Áyax, Áyax!

Era Nicole, que ya sentía las contracciones en labor de parto. Él corrió a la habitación donde se encontraban su esposa y su suegra.

—¿Qué pasa, mujer, por qué esos gritos?

—¡Ya no puedo más, siento que se me va a salir la criatura! —contestó ella, mientras su madre le ponía paños de agua tibia en la frente.

—Voy por la partera, doña Rosa Padilla. No me tardo.

Corrió al caedizo, se volvió a poner la capa, montó su jamelgo y partió a todo galope rumbo a Teapa. La lluvia no amainaba y el camino era pedregoso en unos tramos y en otros fangoso, pero era un excelente jinete. Al llegar a Teapa se dirigió a la casa de la partera más famosa de la región y de manera insistente llamó a la puerta hasta que abrió una mujer de unos cincuenta años, cabello canoso, de complexión delgada y de escasa estatura.

—¡Qué bárbaro, con tanta insistencia!, ¿qué se le ofrece, licenciado?

—Me urge que vaya a atender a mi mujer, está a punto de parir; póngase una capa y súbase en ancas, ¡pero ya!, no podemos perder tiempo.

—Calma, jurista, ahora mismo tomo mis cosas y voy con usted, pero me iré en mi mula, que es mejor animal para recorrer estos caminos.



Se metió a una habitación y salió con un morral de manta con objetos imperceptibles a simple vista.

—Ahora sí, don, vámonos, yo lo sigo —dijo la partera después de ponerse una capa. Áyax montó su caballo y doña Rosa su mula blanca.

Al llegar vieron a Evelio impaciente por la espera; estaba sentado en un pedazo de tronco de cedro colocado en una esquina del corredor, fumando tabaco en picadura. Sus ojos se iluminaron cuando los vio llegar y tiró el pitillo.

—¡Alabado sea mi Señor de Esquipulas! La niña Nicole grita mucho.

Se apearon y se dirigieron a la habitación. Doña Rosa, en un gesto de actitud maternal, se acercó a Nicole y le acarició la cabeza, peinando sus cabellos hacia atrás, con voz dulce le aseguró:

—Ahora conocerás a tu criatura, mamá.

Y dirigiendo la mirada hacia doña María Luisa, dijo:

—Usted me va a ayudar.

Áyax salió del cuarto y a gritos llamó a Evelio.

—Ve a la casa de mis padres y diles que Nicole está a punto de parir.

El mozo se colocó su capa impermeable y montó en el Conservador; se detuvo para abrir una puerta de camino en la división del rancho de Áyax y el de su hermana Minerva, cuando escuchó el tacatá, tacatá, tacatá y después un cloch, cloch, cloch de los cascos de un caballo que se acercaba disminuyendo el paso de galope a trote y después a paso lento sobre el terreno anegado.

—¿Qué haces, Evelio? —preguntó Roberto Beltrán.

—Voy a casa de los patrones Beltrán Luque, pa' avisarles que serán abuelos, ya está doña Padilla atendiendo el parto.

—Vámonos rápido, voy para allá también, llevo chocolate que hizo mi madre y se los manda para paliar el frío: tan pronto lo entregue me lanzo a todo galope a casa de Áyax, por si algo se ofrece.

Cuando llegaron a la casa del matrimonio Beltrán Luque, dieron la noticia a los inminentes abuelos y a la joven tía Minerva, que allí se encontraba. La noticia fue una bomba de alegría para la familia, que se alistó para ir a la casa de Áyax.

Arquímedes Beltrán Bastar, el padre de Áyax, ordenó a Evelio y a Felipe, un peón de su hacienda, que ensillaran las bestias para el traslado, mientras doña Carmen y Minerva se ponían sus botas de montar y buscaban sus capas.



—Tíos, les traje unas barras de chocolate que hizo mi madre, pero ¿qué les parece si las llevamos para que tomemos chocolate caliente en lo que nace la criatura? —preguntó Roberto.

Doña Carmen respondió:

—Hijito, dile a mi comadre que muchas gracias y sí, me parece bien que las llevemos.

La lluvia no los detuvo y ya listos se dirigieron todos, incluyendo a Felipe, a la casa de los flamantes padres.

*

Áyax, Roberto y don Arquímedes fumaban puros de Huimanguillo en el corredor. En la cocina, Minerva y doña Lupe, la cocinera, hacían chocolate con leche y horneaban pan dulce en el fogón de leña. En la habitación principal, doña Carmen, doña María Luisa y la partera atendían a Nicole. Hasta el corredor se escuchó el llanto de una criatura; Áyax sintió que su corazón se aceleraba y tiró el puro; don Arquímedes y Roberto sonrieron pletóricos de felicidad y lo abrazaron. Áyax caminó hacia la habitación con un nudo en la garganta y la vista nublada; al llegar, vio que las mujeres lloraban de alegría y que Nicole tenía en brazos a la criatura porque intentaba darle de mamar.

—Es una hermosa niña —dijo la partera, mientras él contenía las lágrimas.

Áyax besó a Nicole en la frente y a su hija en la sien, y volvió al corredor.

—Es una niña, yo esperaba un varón, pero al verla tan bonita, tan tierna, tan indefensa, me conmovió el alma, me siento muy feliz.

—Yo no quiero chocolate, ¿tienes *brandy*? —preguntó don Arquímedes.

—Sí, primo, ojalá tuvieras para brindar por la sobrina —lo secundó Roberto.

Áyax asintió, fue al trinchador por una botella de *brandy* español que le había regalado Alejandro Bastar el día de su boda; sirvió tres vasos pequeños y regresó al corredor.

—¡Por Eloísa, el ángel que vino a alegrar mi hogar!

—¿Se llamará Eloísa? —preguntó don Arquímedes.

—Sí, papá, acabo de leer *Las cartas de Abelardo y Eloísa*, el romance entre un profesor y su brillante alumna, pero Eloísa es reconocida en la literatura francesa y considerada la primera mujer de letras; ya sabes que me gusta escribir y espero que mi hija se interese por la literatura.



—¡Así sea! —convino don Arquímedes y chocaron sus vasos, apurándolos de un solo trago.

*

El 21 de marzo de 1860 comenzó a despedirse el invierno lluvioso, llegó la primavera y Nicole estaba nuevamente a punto de alumbrar. Sentada en una mecedora del corredor, tejía una diminuta chambra, mientras Eloísa, de dos años, estaba sentada en el piso con los piecitos volando sobre el pasto; con la mirada en el horizonte, esperaba la llegada de su padre.

Áyax, con la ayuda de Evelio, llevó a embarcar en el puerto fluvial Ermita diez novillos que le redituaron buena ganancia. También comenzó a interesarse en el cultivo del plátano. De regreso a su hogar, pasó al rancho de su primo Andrés Prats, quien se dedicaba a dicho cultivo, pero además criaba caballos finos, de media y pura sangre y Áyax pensaba adquirir un ejemplar. Al llegar, advirtió unos caballitos, una especie de caballos enanos, que le llamaron la atención.

—¿Primo, esos caballitos de que raza son?, ¿por qué están tan pequeños?

—Son caballos miniatura. Traje dos sementales y tres vientres de Mérida y se están reproduciendo, son delicados, requieren más cuidados que el caballo de alzada normal. Quien me los vendió dijo que los trajeron de Europa y los compré para mis hijos, no para negocio.

—Te vine a ver por dos cosas, pero ahora son tres —dijo Áyax— La primera es que me expliques lo relativo al cultivo del plátano, la segunda es que quiero adquirir un buen caballo y la tercera, que acaba de surgir, es saber si me puedes vender un caballo miniatura para mi hija.

Andrés, con la desfachatez que lo caracterizaba, se echó la carcajada y le pasó el brazo por el hombro para encaminarlo a la caballeriza; mientras, le fue contando acerca del cultivo del plátano.

—Mira, primo, es un cultivo riesgoso, y muchos plataneros se acuestan ricos y se levantan pobres, porque un temporal puede arrasar con toda la plantación; pero si tienes suerte, deja mucho dinero, puedes empezar con poco y ves cómo te resulta.

Al llegar a las caballerizas, Áyax vio un potro palomino que le encantó y, sin pensarlo dos veces, quitó el mecate que ataba la portezuela de madera y lo acarició.



—Primo, este está precioso, ¿me lo vendes? —interrumpió la cátedra de Andrés.

—Veo que te responde bien, solo tendrás que hacerlo a tu rienda, porque anda muy brioso. Llévatelo, pero ¿no quieres ver más bestias?

Áyax siguió acariciando al potro, que le devolvió el cariño con movimientos alegres.

—Me voy a quedar con este, nos entendimos desde el primer momento; pero sí me interesa ver los miniatura que tienes.

—Me parece bien, vamos pues.

—¿En cuánto me dejas el palomino?, para saber si puedo comprar el otro.

—No te preocupes por eso, unos cuantos reales y ya. Déjame checar en la libreta en cuánto está este y si no te alcanza, después me pagas el otro, no hay problema.

Áyax sonrió agradecido. Le gustó un caballito colorado; lo acarició y sin dudar lo dijo que se llevaría ese.

—Buena elección, primazo, y de una vez te digo: dame un escudo por ambas bestias y quedamos a mano.

—Muchas gracias, aquí tienes —dijo Áyax sin ocultar su felicidad, y alargó un escudo de oro, se estrecharon las manos y se dieron un fuerte abrazo para cerrar el trato.

Áyax y Evelio abandonaron el rancho de Andrés llevando las bestias que había comprado y unos “hijos” de plátano para cultivar en la finca.

—Ya quiero mirar la cara de Eloísa cuando vea su caballito.

—Le va a gustar a la niña, patrón, ya verá —aseguró Evelio en su simpleza.

*

Cuando llegaron a la finca, Evelio se adelantó para abrir la puerta de la lienza; Nicole y Eloísa notaron la llegada y se pusieron en pie. La madre dejó sobre su mecedora el tejido y la niña pegó la carrera para recibir a su padre, quien se apeó de un salto y corrió para abrazarla, cargarla y besarla en las mejillas.

—¡Mira lo que te traje!

Eloísa rápidamente hizo a bajarse de los brazos de su padre y corrió hacia el caballito, lo acarició y el animal respondió a las caricias; plena de felicidad regresó con su padre y se abrazó de sus piernas.

—¡Muchas gracias, papito!



Él puso una rodilla en tierra y abrazó a la niña.

—Mandaré a hacer tu montura, para que me acompañes a ver el ganado, ¿te gustaría?

—Sí, papito, sí, yo te quiero acompañar.

Él se puso en pie, la tomó de la mano y caminaron hasta el corredor de la casa, mientras el peón se llevaba a las bestias para quitarles las monturas y dejarlas descansar.

—Patrón, ¿dónde se va a sembrar el plátano?

—Pegado a la lienza derecha, vamos a ver si resulta.

—Está bien, ahora mismo lo siembro a como nos dijo don Andrés.

Áyax subió el segundo escalón del corredor, abrazó efusivamente a Nicole, se besaron y él le acarició la panza.

—Ya no falta mucho; para mí, que nace mañana.

—Quizá nazca hoy —dijo ella, sonriendo.

—¿Estás segura?, ¿por qué lo dices? —inquirió él, con sorpresa.

—Creo saberlo por la experiencia que me dejó la primera y, según siento, no tarda y se me rompe la fuente. Pero no te apures, ya le pedí a doña Lupe que fuera a buscar a la partera, no ha de tardar en volver.

—No cabe duda, eres la mujer que necesitaba en mi vida —La abrazó efusivamente, le dio un beso en la frente y le acarició los brazos y los hombros.

Desde el corredor vieron arribar al rancho, a lomos de una mula blanca, a la partera Padilla y en ancas a doña Lupe.

*

Áyax acarició a su nuevo ejemplar palomino, lo sacó de la caballeriza, lo llevó al potrero y comenzó a potrearlo jalando el ronzal; luego, montó en pelo el persogado para saber si necesitaba domarlo, pero era una bestia fina, que sólo iniciaba a corcovear, mas cuando sintió el mando del charro, enseguida mostró su nobleza. Él galopó un rato, se apeó, lo acarició y lo llevó al caedizo de la caballeriza, donde con cariño, pero con mando, le colocó una montura recién adquirida en la talabartería El Cincho, de don Casimiro Calleja, donde también compró una anquera de vaqueta, pero dudó en colocársela pues quería hacerlo a su rienda. Montó y se dirigió a galope a la casa de sus padres para avisar que posiblemente nacería su hijo.



Su madre y su hermana trajinaban en la cocina con las empleadas; al verlo llegar, dejaron sus quehaceres, lo recibieron con amor y le invitaron un vaso de chorote.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó después de dar dos tragos al espumoso líquido—. Familia, todo indica que en un rato más nace mi hijo. Ya está en mi casa la partera; me gustaría que me acompañen y en caso de que no nazca hoy, se queden a dormir en el rancho.

—¡Qué alegría, hijo de mi alma! Otro nietecito; claro que sí, bueno, primero vamos a esperar a tu padre para ver si nos permite ir o qué instrucciones nos da, pero no tengo duda de que será el primero en aceptar. Vino Alejandro Bastar y lo invitó al pueblo, se fueron hace dos horas, no ha de tardar en llegar. Siéntate y vamos a esperarlo, ¿quieres dulce de leche?

—Sí, madre, muchas gracias.

—Minerva, tráele dulce de leche a tu hermano, por favor.

Llegó su hermana con un plato grande extendido, lleno de dulce cortado en rombos. Cuando algún alimento le gustaba, Áyax comía de manera compulsiva, con un apetito desenfrenado y no tardó en acabárselo todo.

—Hijo, estás comiendo arrebataadamente. Calma, no tarda en llegar tu papá, en un momento nos vamos, no te vaya a hacer daño.

—Sí, madre, tienes razón, es que me gusta mucho, no he probado otro igual —aceptó él, al tiempo que entraban don Arquímedes y Alejandro. Áyax se puso en pie para recibir a su padre.

—¿A qué debo tanto bueno?

—Todo indica que hoy nace mi hijo, y vine a pedirles que me acompañen en esta alegría.

Don Arquímedes dejó entrever una sonrisa embozada bajo el espeso, entrecano y cobrizo bigote, manchado de nicotina.

—Claro que sí, hijo, vamos a conocer al nuevo Beltrán; pero dime, ¿dónde conseguiste esa bestia tan bella que está afuera?

—Eso mismo iba a preguntar —intervino su primo.

—Se lo compré a Andrés Prats. Hoy mismo lo potré un rato, lo monté en pelo y listo, no necesitó más; es un caballo fino, brioso pero noble.

—Préstamelo para ir a tu rancho, me gustó mucho —dijo su padre.

—Claro que sí, papá, para mí es un honor que montes mis caballos.

Minerva, al escuchar la plática, salió al corredor para observar al animal y le acarició la testa.



—Está bellissimo, hermano, ¿cómo se llama? —preguntó, maravillada.
—Le he dicho Dorado, quizá se quede con ese nombre, aún no lo sé.
Minerva continuó acariciando al caballo, mientras lo llamaba Dorado.

*

Partieron rumbo a la casa de Áyax. Don Arquímedes montado en el Dorado; doña Carmen y Minerva a lomos de la Niña y la Pinta, respectivamente, unas yeguas criollas pero de muy buena alzada y elegantes; Alejandro sobre su tor-dillo Rebelde y Áyax montando la yegua Carlota, propiedad de su padre.

Llegaron al rancho y Nicole ya estaba en labor de parto. En la sala estaba Eloísa sentada en su pequeña mecedora, platicando con doña Lupe, la cocinera. Don Arquímedes se sentó en una poltrona y Alejandro en el sofá. Doña Carmen y Minerva fueron directo a la recámara para ayudar. Áyax se inclinó para besar a Eloísa, quien estaba seria, quizá con celos del nuevo integrante de la familia, por lo que le pidió que lo acompañara a las caballerizas. Antes de salir de la casa le ordenó a Evelio que atendiera a sus invitados.

Se llevó a la niña de la mano hasta el caedizo de la caballeriza y sacaron al caballo miniatura. Los ojos de Eloísa se iluminaron y comenzó a acariciarlo.

—¿Papacito, ya mandaste a hacer mi montura?

—No, hijita, pero don Casimiro Calleja las hace, así que mañana temprano vamos a Teapa y la encargamos.

Eloísa se emocionó al saber que acompañaría a su padre al pueblo; besó en la testa al mini colorado, pletórica de alegría.

—¿Mañana me compras un suspiro?

—Sí, te compro el merengue. Te he visto muy seria hoy, te noto triste, ¿es por la llegada de tu hermano?

Eloísa bajó la mirada y su sonrisa se transformó en un rictus de tristeza.

—Sí, papá, siento que ya no me van a querer y todos van a querer solo a mi hermanito.

Áyax cargó con su brazo izquierdo a la niña, con la mano derecha regresó al mini caballo a su caballeriza y emprendieron el camino hacia la casa.

—Nadie te quitará el amor que tu madre y yo te tenemos, nadie, hijita. Siempre te vamos a amar; cuando tengas hijos, sabrás que a todos los hijos se les quiere por igual y que no hay amor más grande. Ahora te toca ser la hermana mayor, junto con tu hermano Áyax, y van a querer y a proteger a su



nuevo hermano. Se van a querer mucho y nosotros los vamos a querer a todos. Apurémonos para ver si ya nació.

La tristeza se fue desvaneciendo al escuchar esas palabras, y al llegar a la casa Eloísa lucía una bella sonrisa. Áyax se sentó junto a su padre y jaló la pequeña mecedora para que Eloísa se acomodara junto a ellos. Don Arquímedes y Alejandro platicaban de los acontecimientos nacionales.

—En verdad que no tienen vergüenza estos conservadores, repudiar la Constitución, nombrar presidentes interinos, desconociendo a Juárez; dicen creer en Dios, pero su único dios es el dinero —aseguró don Arquímedes.

—Es correcto, tío, lo que les duele es perder sus ingresos, sus privilegios obtenidos mediante la explotación de nuestro pueblo, comerciando con la fe. Lo peor es que están manipulando a los fanáticos para hacer su guerra, haciéndoles creer que pelean en nombre de la fe, en nombre de Dios.

Áyax intervino:

—A ver hasta cuando termina esta guerra fratricida que, como bien dices, primo, está orquestada por el alto clero católico y por los militares conservadores que manipulan a los creyentes para mandarlos a pelear contra sus hermanos. Parece interminable esta desgraciada guerra, a veces ganan los liberales, otras los aventajan los conservadores. En Durango, Jesús González Ortega obtuvo un triunfo para la causa liberal al confiscar plata de la catedral local. Pero en Jalisco fue fusilado Eulogio Rico, quien había denunciado varias fincas propiedad del clero; en Chihuahua perdió la batalla el ejército liberal y en Zacatecas triunfó el liberal Antonio Rojas. Un tipo, que más que un conservador pirata resulta un criminal, es el general Tomás Marín, aquel que encarceló y mató al colombiano más patriota que muchos tabasqueños, Miguel Bruno, a quien le debemos la expulsión de los gringos de San Juan Bautista gracias a su guerra de guerrillas. Pues bien, Tomás Marín, desde Cuba, con dos barcos que él nombra Marqués de la Habana y General Miramón, quiso invadir Veracruz, donde se encuentra el presidente Benito Juárez, pero fueron detenidos por la armada gringa, según leí en el periódico. Dicen que este filibustero está en combinación con Miguel Miramón; ya ven que Miramón estuvo en la defensa del castillo de Chapultepec cuando la invasión gringa, sin embargo, prefirió embarrarse de heces conservadoras peleando en contra de la República. Parece interminable esta guerra, pero confío en que triunfará la causa liberal, puesto que es la causa justa, la legítima, la que está apoyada en la ley y tiene un pilar inquebrantable, que es la dignidad y la entereza de nuestro presidente Juárez que, por cierto, hoy cumple años.



En eso estaban cuando se escuchó el llanto de una criatura. Áyax y Eloísa corrieron hacia la habitación y Minerva, al verlos, estalló en llanto por la felicidad, abrazó a su hermano y le dijo:

—¡Es otra niña!

Él, con un nudo en la garganta, le dio un beso a su hermana y se acercó a Nicole, quien cargaba a la criatura, tratando de darle teta. Acarició la cabellera de su mujer y con las pestañas húmedas se inclinó para besarlas.

—Bendito mi Dios y la virgen del Carmen que están bien, las amo con toda mi alma; ya tengo a tres mujeres que consentir.

Nicole lloró y respondió con un beso en la mejilla de su marido; mientras tanto, doña Carmen, al otro lado de la cama, cargando a Eloísa lloraba de felicidad y acariciaba los cabellos de Nicole. La partera Padilla limpió y guardó sus implementos.

—Tiene usted una mujer valiente, es afortunado, licenciado.

Áyax sonrió y agradeció su comentario. Salió de la habitación y se dirigió a la sala, donde lo esperaban con impaciencia.

—¿Y luego?, ¿cómo están tu mujer y tu hijo?, ¿qué fue, niño o niña?

Alejandro Bastar se acercó y lo abrazó efusivamente, felicitándolo.

—Es otra niña, están bien las dos.

Don Arquímedes gritó:

—¡Evelio, Evelio!, en la alforja de Carlota hay una botella de *brandy*, tráela para que brindemos.

—Sí, patrón, enseguida —contestó Evelio desde la cocina.

Áyax fue al trinchador y sacó tres vasos pequeños, regresó a la sala y se sentó junto a su padre. Evelio entró con la botella y la colocó en la mesa de centro. Áyax sirvió la bebida hasta el borde; los tres alzaron sus vasos y brindaron por la felicidad de la familia Beltrán Urquiza.

—¿Qué nombre le pondrás a la sobrina? —preguntó Alejandro.

—Julissa, se llamará Julissa Beltrán Urquiza —respondió Áyax, sin dudarlo.

Volvió a llenar los vasos y brindaron por Julissa. Al dejar su vaso en la mesa, Áyax comentó:

—Me invitó el cura Martínez a dar una cátedra de nociones básicas de derecho a los muchachos del Liceo. Le dije que sí; espero no tener problemas, aunque él es respetuoso y llevamos una buena amistad. Ya les contaré cómo me va.



AURORA

I

Septiembre de 1860. Tecomajiaca.

—¡Son años muy difíciles para el país! Con la lucha interminable entre liberales y conservadores, nuestra patria no puede avanzar.

Eso decía el profesor Áyax Beltrán a sus alumnos de la escuela católica de la villa.

Entre los alumnos del Liceo teapaneco se hallaba una jovencita, Aurora Arango Iduarte, que lo observaba atenta, no despegaba los ojos del joven docente, admirada de las ideas que expresaba, contrarias a lo que escuchaba de su madre, pero cercanas a lo que alguna vez oyó de su padre.

—Disculpenme, jóvenes, a veces me dejo llevar por la pasión —externó el profesor.

*

Aurora era una mujercita de cabellos rubios y ojos verdes expresivos; de cuna aristocrática, era hija del acaudalado hacendado cacaotero don Ariosto Arango y de doña Federica Iduarte, su adinerada madre. Las ideas de Áyax retumbaban en su mente, chocaban con las de su madre y su familia materna, mientras que don Ariosto, no obstante ser millonario, fue republicano, juarista y sencillo, de buen trato hacia los desposeídos, jamás se supo de alguna conducta déspota de su parte. Doña Federica, una educada dama y una católica a ultranza, comulgaba con las ideas conservadoras. Aurora era una niña rica y mimada, pero golpeada por la vida, pues dos años antes su padre falleció trágicamente, causando en su alma un profundo vacío, un luto que la acompañaría por siempre.



Aurora nació el 15 de abril de 1845 en la hacienda cacaotera La Esperanza, en Teapa. Fue la única hija del matrimonio Arango Iduarte, el amanecer de aquella familia, la luz que dio dicha y felicidad a ese hogar. Siempre tuvo de todo de lo mejor; los mejores alimentos, los mejores vestidos y, no está demás decirlo, los mejores cuidados que sus padres podían proveerle. Fue creciendo en la opulencia, bajo la educación católica de su madre, un tanto clasista, quien a temprana edad la enseñó a leer, a bordar y ciertos menesteres culinarios; en contraposición, su padre, de ideas liberales, vertió en la pequeña los crisoles de la ciencia y el trato respetuoso a los peones e indígenas, considerándolos sus semejantes; los Arango Iduarte tenían peones encasillados, una especie de esclavismo practicado en México hasta iniciado el siglo veinte, de ahí que la niña se desarrolló con esa dualidad, sin embargo mantenía discreta inclinación por las lecciones e ideología paternas.



II

En junio de 1855, cuando tenía diez años, enfermó y su aspecto era preocupante, tenía el semblante pálido y la mirada apagada, sin el brillo que la caracterizaba, ahora ensombrecida y enmarcada por sus cabellos lacios, haciendo de ella una imagen casi cadavérica, lo que puso en jaque a sus padres, que se preguntaban qué enfermedad había contraído. Empezó cuando una mañana doña Federica entró a la habitación de Aurora y la niña, acostada en su cama, le dijo:

—Mamá, me duele mucho la cabeza, también me duelen los ojos y siento escalofríos.

Doña Federica se acercó y le puso la mano en la frente; su hija estaba ardiendo en calentura.

—¡Petra! ¡Petra! Ven rápido y tráeme una palangana con agua y un paño. La joven que servía en la casa corrió por las cosas.

—Sí, ama, enseguida se los llevo.

Petra llegó con la palangana de agua fresca y un paño de manta cielo color blanco. Doña Federica remojó el paño y lo puso en la frente de su hija para que cediera la fiebre. Le ordenó a Petra que localizaran a su marido y le dijeran que la niña estaba enferma.

Don Ariosto llegó sin dilación y fue a la habitación de la niña.

—¿Qué es lo que tiene?, ¿qué le duele?, ¿qué te dijo?

—Son muchas preguntas y te las contestaré una por una. No sé qué tiene, solo dijo que le dolían la cabeza y los ojos, que sentía escalofríos. Al tocarle la frente me percaté que ardía en calentura, le he puesto paños en la cabeza y parece que la fiebre va cediendo.

—Mmm, le pediré al doctor Pedro Luque que venga a verla y nos dé su diagnóstico; pero, por los síntomas, creo que se trata de paludismo.

Se encaminó al corredor de su casa, donde aún estaba su bestia ensillada, un caballo español pura sangre, color azabache; montó y se dirigió a Teapa, en



busca del doctor. Al llegar a la casa de don Pedro encontró que había tres caballos atados en el pórtico, situación inusual para una tarde de domingo. Extrañado, se apeó y cuando jalaba del ronzal a su jamelgo para atarlo también, salieron de la casa unos jóvenes charros, a quienes identificó como los Bastar y Beltrán de Tecomajiaca; uno de ellos iba con un brazo entablillado. Los jóvenes saludaron a don Ariosto, quien respondió amablemente y les pidió que le hicieran llegar sus saludos a don Arquímedes Beltrán Bastar y a don Gerónimo Bastar Costa. Entró a la casa y le platicó al doctor los síntomas de Aurora.

—Vamos a ver a tu hijita —instruyó, tomando su maletín.

Ya en la hacienda, el doctor Luque revisó minuciosamente a la pequeña, bajó sus parpados, apreciando las cuencas oculares, miró por los oídos y por las fosas nasales, con el abatelenguas exploró la garganta, examinó punto por punto sus signos vitales, su respiración, su pulso y todo lo que clínicamente podía valorar.

—Todo indica, de acuerdo a las facies que presenta, que se trata de malaria o paludismo. Debemos darle quinina, que se puede conseguir en la botica de don Justo Medina, y que beba muchos líquidos. Si así lo consideras, tú que tienes los medios, podrías llevarla a Veracruz, donde la pueden tratar mejor, pues tienen los insumos necesarios.

Don Ariosto se quedó pensativo unos instantes, con la mirada fija en la pequeña.

—No hay nada qué pensar. Federica, alista todo, que nos vamos en este momento a Veracruz. Petra, toma estos reales y anda a la botica de don Justo a comprar la quinina.

—¿Gustas un café o un *brandy*? —le preguntó al doctor.

—Te agradecería un *brandy*, creo que lo necesito, porque han sido muchas emociones hoy, cuando normalmente los domingos son aburridos, ha sido un día demasiado agitado para mí.

Don Ariosto caminó hacia la sala y le dijo al peón José que buscara a Tomásín, el conductor de la pequeña goleta Federica, para que preparara todo. La embarcación estaba anclada en el río Pichucalco, en la margen perteneciente al casco de la hacienda. Luego, sacó del trinchador una botella de *brandy* español y sirvió dos vasos a la mitad, alargando uno al doctor quien, al recibirlo, hizo una especie de reverencia a manera de agradecimiento y después de apurar hasta el fondo el contenido, emitió un sonido de satisfacción con la garganta.



—No te preocupes, Ariosto, con la quinina tu hija se pondrá bien y en Veracruz estará bien atendida. Estamos actuando a tiempo.

—Eso espero, amigo, pues esta niña es la razón de mi existir y no sobreviviría si por mala fortuna me la arrebatara la parca.

—Eso no sucederá, la quinina, la buena alimentación y abundantes líquidos la sacarán del cuadro infeccioso, así que no te preocupes, confía en mí.

Caminaron al corredor de la hacienda y se sentaron en unas mecedoras, con nuevos vasos de *brandy*. El doctor comentó lo sucedido ese día en El Tamarindo.

—Hoy atendí a mi sobrino, Áyax Beltrán, porque se dio de balazos con otro joven. A mi sobrino la bala le seccionó el húmero y tuve que curar la herida, desinfectarla, acomodar el hueso y entablillarlo, todo esto bajo mucha presión, pues temíamos que llegaran los familiares del otro joven a vengarse, porque tristemente murió en el duelo. Pero ya los primos Beltrán y Bastar andaban haciendo recorridos para enfrentar cualquier ataque y, por suerte, no pasó a más.

—No tenía por qué pasar a más. Fue un duelo y ambos tuvieron la misma oportunidad; otra cosa hubiera sido matarlo a traición o con ventaja, pero he escuchado comentarios de que Áyax es muy valiente, derecho.

Después de darse un trago de *brandy*, el doctor añadió:

—Sí, es derecho, algo violento, pero no le gusta actuar con ventaja. Me cuentan que pudo matar a Carlos Cárdenas el día anterior, incluso pudo matar a sus tres adversarios, pues andaba con pistola.

—Ya ves, no estoy errado cuando digo que es un joven valiente y derecho, cosa que me da gusto, pues su padre es mi amigo y veo que supo educar a su vástago.

Apuraron sus vasos de *brandy* y se despidieron con un fuerte abrazo.

*

En la pequeña goleta navegaban sobre el río Pichucalco don Ariosto, doña Federica y Aurora, acompañados de algunos sirvientes, como Petra, Chabela, Juan y Venustiano, quienes se encargaban de la cocina, la limpieza y la atención a la familia, así como de remar, en caso de ser necesario, sin olvidar al timonel, Tomasín.

En un camarote yacía en un mullido colchón la pequeña, a quien ya le habían suministrado la quinina; su madre no se le separaba ni un instante, sentada



a su lado, con amor maternal le acariciaba los cabellos y le pedía a Dios y a la virgen que salvaran a su hija.

Don Ariosto, por su parte, a ratos entraba para saber el estado de salud de su hija y a ratos se la pasaba en cubierta, a veces sentado, otras parado, observando el caudaloso río y deseando en cada meandro que apareciera la desembocadura al mar. Ahora prendía un puro de Huimanguillo, luego leía un libro, después tomaba agua de matalí, para seguidamente regresar al camarote y de ahí nuevamente a cubierta. No encontraba acomodo ni paz en ningún lugar, ni con actividad alguna, pues su mente era una tempestad de impaciencia y angustia por la preocupación de tener a su hija enferma y por las ansias de llegar a Veracruz.

Por fin se advirtió en el horizonte el puerto de Frontera. Atracaron la goleta que, por su escaso calado no era segura para navegar en mar y se embarcaron en un pailebot, que zarpó a las tres de la tarde con destino a Veracruz.

El peculio de don Ariosto le permitió adquirir un buen camarote en primera clase para la familia, mientras que los sirvientes descansarían en hamacas en el área común. El hacendado seguía con las ansias de llegar, ni la brisa marina, ni el mar en calma lo apaciguaban. En Aurora ya empezaba a hacer efecto la quinina y se le veía mejor semblante, pero él seguía preocupado, por lo que subió a cubierta para prender un puro y tomar un vaso de *whisky*.

Hacía buen clima, el mar era apacible, el día soleado y el cielo despejado. Don Ariosto, ataviado con un traje de lino color azul celeste y sombrero blanco, sentado en rústica silla de madera, cerca del mástil trinquete, debajo de las velas del pailebot, trataba de relajarse. Su mirada azul se perdió en el azul del mar, recordando el momento en que vino al mundo la preciosa Aurora, aquel momento cuando en el corredor escuchó el llanto de la bebé y se acercó a la habitación sintiendo un nudo en la garganta, deseando que fuera un varón su primer hijo, pero la sorpresa de enterarse de que era una bella niña fue agradable, al ver su dulce rostro y aquellos suspiros después del llanto, lo llenaron de ternura y comenzó a crecer en él un amor inefable por aquella adorable criatura, su primera hija, su primer amor verdadero, la esencia de su fe.

Ahora, le pidió al Gran Arquitecto del Universo que le permitiera a su hija llegar con vida a Veracruz y que la ciencia médica hiciera el milagro. Aspiró profundamente el tabaco y soltó la bocanada de aromático humo, tiró la perilla al mar, apuró el pequeño vaso de *whisky* y lentamente se durmió. Al caer la noche se despertó, el cielo estrellado digno de un poema le trajo nuevas espe-



ranzas, suspiró y se puso en pie para dirigirse al camarote familiar. La temperatura había bajado considerablemente, por ello, pasó a la cocina del barco y pidió un café, conversó unos minutos con el cocinero y preguntó:

—¿Cuánto tiempo se hace normalmente a Veracruz?

—Como hay buen clima, estimo que unas veinte horas, pues el barco viaja a diez nudos.

Don Ariosto agradeció el dato. Del bolsillo del chaleco jaló la leontina de la que pendía una saboneta de oro, vio que eran las nueve de la noche; hizo cálculos mentales sobre la hora de arribo a Veracruz y apuró el café para dirigirse al camarote. Al entrar, advirtió que su esposa e hija dormían plácidamente en una cama; sin hacer ruido se puso el pijama y se acostó en la cama vacía.

*

Al amanecer, Aurora estaba en franca mejoría; la quinina hacía buen efecto en su organismo, ya sonreía y sus bellos ojos verdes comenzaban a brillar de nuevo. Doña Federica agradecía al cielo el milagro y como buena madre, seguía junto a su hija, sin separársele un instante. Don Ariosto ya se hallaba en pie, listo para ordenar el desayuno; afuera del camarote se encontraba Petra, sentada en una silla, esperando instrucciones; don Ariosto le ordenó que se encargara de los alimentos.

A las diez y media de la mañana se comenzó a ver el puerto veracruzano y aumentaron las esperanzas en don Ariosto, quien se sentía de buen ánimo, optimista ante la situación de su hija. Se acercaron a la costa y a lo lejos vieron el tétrico San Juan de Ulúa; desembarcaron y se dirigieron inmediatamente al hospital recomendado por el doctor Luque, donde la niña fue ingresada en un cuarto para ella y sus familiares. Los médicos diagnosticaron que ya se encontraba fuera de peligro, por la adecuada reacción a la quinina; sin embargo, no escatimaron en la atención y cuidados para una buena sanidad.

Aurora salió del hospital y su padre decidió que pasaran unos días en el puerto, hospedándose en el mejor hotel. Una hermana de don Ariosto, doña Amanda Arango viuda de Montejo, residía allá, y la visitaban constantemente. Una tarde de visita departieron sobre la revolución de Ayutla, apoyada por los hermanos Arango, mientras que doña Federica era fiel admiradora del dictador Santa Anna, por lo que las polémicas familiares no se hacían esperar, siempre con el respeto debido.



—Federica, me gustaría que Aurora y tú fueran a Europa, para que la niña estudie algo, no sé, podría ser el idioma inglés o el francés, o alguna de las artes, como la música, por ejemplo —dijo don Ariosto, para bajar los ánimos encendidos.

La discusión se detuvo y por unos momentos reinó el silencio.

—Me gusta la idea de que la niña estudie en el extranjero, pero mi papel de esposa es permanecer a tu lado. Tu propuesta me pone entre la espada y la pared, pues me encantaría ir, pero no me parece adecuado separarme de ti —aseguró doña Federica, contrariada.

—¡No se preocupen! —intervino doña Amanda Arango— Si ustedes lo permiten, yo puedo acompañar a la pequeña; al fin y al cabo, soy viuda y mis hijos ya están grandes.

—Me parece buena idea, hermanita —aseguró don Ariosto— Sé que Aurora estará bien contigo, que nada le faltará. Te tenemos confianza y estamos seguros de que la cuidarás y atenderás con amor, ¿verdad, Federica?

—Claro que sí, mi cuñada es un amor de persona, aunque no coincidamos en las ideas políticas, siempre nos hemos querido mucho. Te agradezco la disposición de acompañar a nuestra hija, pues con ello me apoyas en la decisión de estar siempre al lado de mi esposo.

Los tres sonrieron con alegría y discutieron sobre la fecha para la partida de Amanda y Aurora rumbo a Europa. Don Ariosto comentó:

—Estamos a finales de julio, regresaremos a Teapa y se me ocurre que en abril o mayo del próximo año zarpen con destino a Londres; y digo entre esos meses porque existe menos riesgo de una tormenta en alta mar.

—Y sirve todo este tiempo para que Amanda arregle lo que tenga que arreglar —apuntó doña Federica.

—Sí, claro, me conviene que no sea tan apresurada la salida. Debo arreglar varias cosas antes de irnos y dejar caminando el negocio y la casa.

—Pues no se diga más —intervino don Ariosto— Te agradezco el apoyo, hermanita, ya estuviste en Londres, podrás guiar a la pequeña y sé que encontrarás una buena escuela. Me dolerá separarme de mi niña, pero lo considero conveniente para ella.

—No me agradezcas. Pienso que Mario, el mayor de mis hijos, puede hacerse cargo de todos mis asuntos en lo que regresamos; veré la manera de estar en comunicación contigo por medio de él, ¿te parece?

—Sí, hermanita, claro que me parece bien —dijo don Ariosto.



III

El 4 de agosto, ya con Aurora completamente sana, la familia regresó al ubérrimo Tabasco a bordo de una pequeña goleta, alquilada solo para ellos y su servidumbre, zarpando a las diez de la mañana. Tomasín, el timonel, ni tardo ni perezoso se acomidió con el capitán Caruso, quien guiaba la embarcación, pues tenía ansias de aprender más sobre la conducción marítima. Giuseppe Caruso, nacido en Castellammare del Golfo, Sicilia, era un personaje que parecía sacado de un cuento de marineros, de tez bronceada por el exceso de sol, nariz prominente, con ojos que parecían haberle robado su color al mar, barba cerrada, playera a rayas, tatuaje de un ancla entrelazada a un timón en el muy desarrollado bíceps del brazo derecho, aunado a su pipa y gorra de capitán. Daba la imagen de un viejo lobo de mar, pero a pesar de su rudo aspecto era un hombre amable y noble; si bien, a veces violento, prefería evitar los actos belicosos, pues había optado por una vida pacífica, después de una existencia azarosa, porque perteneció a la Legión Italiana, al mando de Giuseppe Garibaldi, y participó activamente en el combate de Tres Cruces en Montevideo, Uruguay. Asqueado de sus compañeros saqueadores, sobre todo los anglofranceses, se despidió de Garibaldi y emigró a Veracruz para dedicarse al transporte de mercancías y pasajeros. Vio con agrado la avidez de conocimiento naval de Tomasín y con vocación docente le fue trasmitiendo sus conocimientos navales durante la travesía, con mucho trabajo por la barrera del idioma.

*

Arribaron a Frontera el 5 de agosto a las seis de la mañana. Los sirvientes andaban locos apurándose en alistar todo para desembarcar y volver a embarcar, ahora en la goleta Federica. Don Ariosto se despidió del capitán Caruso agradeciendo el grato periplo.



—*Vorrei sapere... io quiere sapere se posso seguirli, si io puede seguirlo per conoscere estas aguas* —dijo el navegante, mezclando el italiano y el español.

—Claro que puede seguirnos y, como vamos río arriba, es bueno llevar compañía por cualquier cosa que se pueda necesitar —respondió don Ariosto.

—*Andiamo presto* río arriba —agregó Giuseppe, sonriendo.

Tomasín no podía ocultar su alegría al saber que serían seguidos por el capitán Caruso. Cuando todo estuvo dispuesto para zarpar, ambas embarcaciones se pusieron en marcha rumbo a la ribera de El Blanquillo. Al llegar a San Juan Bautista, atracaron para adquirir víveres y comer en el merendero de doña Clara, ubicado a unos pasos del muelle, sobre la calle Morelos.

Don Ariosto invitó a Giuseppe a comer, quien a duras penas le contó que quería explorar esas aguas y selvas, porque ya se había aburrido de Veracruz, y porque además quería sentar cabeza y formar una familia. El hacendado escuchó con atención y vio con agrado el nacimiento de una posible amistad, y le aseguró que cualquier cosa que se le ofreciera, podía contar con él.

Mientras tanto, la pequeña Aurora subía brincando, como jugando rayuela, y bajaba corriendo la loma de Plaza de Armas, seguida de Petra, quien angustiada le gritaba que no lo hiciera porque podía caerse. La niña se detuvo en lo alto de la loma y observó que había un escurrimiento de agua hacia el merendero de doña Clara, luego miró hacia el río, sus ojos verdes parecieron perderse en la mansa corriente y recordó que su padre y el italiano decían que iban río arriba. «Entonces —pensó— ir río arriba quiere decir que vamos contra corriente, como el escurrimiento hacia el merendero, o sea, que vamos subiendo hacia la sierra y el agua viene escurriendo hacia el mar, por el desnivel, entonces, el agua que estoy viendo ahora ya pasó por la finca, es agua que bañó los campos donde juego, es agua teapaneca, ¡qué alegría!, pero también es agua que trae la suciedad de animales muertos o de la ropa que lava Chabela, ¿y de dónde vendrá toda esa agua?, ¿qué hay antes de la finca? Le preguntaré a mi papá». Corrió hacia su padre porque sabía que él le tendría las respuestas.

—Niña, no corras, por el amor de Dios, ¡te vas a caer! —volvió a gritar Petra, en el preciso instante en que un adoquín salido hizo que su pequeño pie tropezara y diera al suelo cual larga era, raspándose las rodillas, las manos y los codos.

—¡Jesús me ampare!, ¡ay Dios, mi niña!, ¡válgame la virgen Santísima!, ¡Aurora se cayó!



Apenas se empezaban a llenar de lágrimas los ojos de Aurora, cuando don Ariosto corrió a levantarla y la sostuvo entre sus brazos para revisar sus heridas; al advertir que eran leves, pagó la comida y dispuso la partida.

Ya en la goleta, don Ariosto sentó en sus piernas a la pequeña, enjugó sus lágrimas y le acarició los cabellos.

—Ya pasó, hijita, son golpes de la vida, solo son golpes físicos que a veces podemos evitar; pero existen unos golpes que duelen más y tristemente son inevitables, los golpes del alma.

La niña trató de entender las palabras de su padre y se quedó pensativa.

—Te quedaste muda, ¿en qué piensas?

—En muchas cosas, papá —contestó Aurora.

—¿Como cuáles?

—Cuando jugaba en la loma vi un arroyito bajando hacia el merendero, vi que el agua corría hacia la izquierda y recordé que tú y don Giuseppe dijeron que vamos río arriba, como si se tratara de subir una escalera o una loma; comprendí que subimos hacia la sierra, como si un barquito subiera por la loma. Pensé que el agua que vemos ahora ya pasó por la finca, pero ¿qué hay antes de la finca?, ¿de dónde viene el agua?

Don Ariosto sonrió y buscó las palabras apropiadas para la edad de Aurora, con una respuesta que la dejara satisfecha.

—Hijita, el río por el que navegamos no es un solo escurrimiento como el que viste, pues se compone de diversos afluentes; imagina que al que viste lo alimentaran otros escurrimientos, o arroyitos como tú les llamas. Las aguas sobre las que vamos no solo son las que pasan por la finca, también son las que pasan por Teapa, Jalapa y Tacotalpa, y forman el río de la Sierra; recuerda que la finca está en el río Pichucalco, dentro de poco verás una cuchilla donde se divide en dos, como si fuese una «y», nosotros tomaremos hacia la derecha, rumbo al río Pichucalco, porque por el lado izquierdo es el de la Sierra; más adelante verás otro afluente a tu derecha, el río Mezcalapa, pero nosotros seguiremos por el Pichucalco y después de muchos meandros llegaremos a la finca.

Don Ariosto hizo una pausa y vio que la niña escuchaba con atención lo que le decía.

—Bueno, ahora imagina que son varios escurrimientos los que bajan por la loma y se unen para formar uno solo, es algo parecido, con la unión de todos estos escurrimientos se forma el río Tabasco o Tabzcoob, por el que ahora navegamos; los malinchistas le llaman Grijalva y el gobernador Am-



pudia le quiso poner su nombre, mareado por sus humos de grandeza y por los ganagracias que lo alaban. Este río, antes de salir al mar, se junta con el río Usumacinta, y todos inician en la sierra; el principal afluente del río Tabasco es el Mezcalapa, que inicia en la República de Guatemala. En sus inicios se llama Seleguá, después, Chejel, más adelante es el gran río de Chiapas, para posteriormente llamarse Mezcalapa y convertirse en río Tabasco.

Aurora siguió admirada la charla de su padre. Imaginó la loma de Plaza de Armas cubierta de monte y con muchos escurrimientos y cómo, debido a los desniveles del terreno, se juntaban para formar el río Tabasco. Poco a poco olvidó los raspones en las rodillas, codos y manos.

—¿Y qué hay antes de la finca?

El padre sonrió con beneplácito por la curiosidad de su hija; aquella avidez de conocimientos era un timbre de orgullo.

—Bien, hijita, más arriba de la finca está Pichucalco, más arriba aún, está Ixtacomitán y donde inicia el río es cerca de Chapultenango.

—Ah, pensé que iniciaba en Pichucalco —después de un breve silencio, continuó— Papá, no entendí eso que dijiste de los golpes del alma.

De pronto, como un mal augurio, un viento frío golpeó la cubierta de la goleta; los cabellos de Aurora se desacomodaron y el sombrero de don Ariosto voló hacia el río, sin que pudiera detenerlo. Chabela se hallaba cerca y corrió a decirle a Tomasín, quien detuvo el avance de la embarcación y junto con Juan y Venustiano trató de recuperar el sombrero, pero todo fue inútil, se perdió en la corriente del río. El patrón les dijo que no importaba, que siguieran el curso hacia la finca, y los peones, apenados, regresaron a sus labores.

—Los golpes del alma, hijita, son cuando la vida te golpea, valga la redundancia, pero no se te abre la piel, no ves la herida y sin embargo te está doliendo mucho, te duele precisamente el alma, no encuentras acomodo, a donde vayas y hagas lo que hagas, sigue el dolor y solo el tiempo lo va sanado.

—Si tú me faltaras, o me faltara mi madre, no lo soportaría, sería un dolor muy, pero muy grande, sería un dolor en mi corazón, ¿eso sería un golpe en el alma? —preguntó con la mirada perdida en las aguas del río.

—Es correcto, hijita, eso sería un golpe en el alma —afirmó su padre, asiéndola a su pecho.

La goleta y la embarcación del italiano ya navegaban en el cauce del río Pichucalco y el viento cada vez se sentía con mayor fuerza. Tomasín aplicó los consejos de Giuseppe y trató de aprovechar los céfiros, acomodando las velas



para avanzar río arriba; sin embargo, una densa negrura empezó a cubrir el cielo porque se avecinaba una tormenta. Don Ariosto acarició los cabellos de Aurora, le dijo que fuera con su madre mientras y él fue a tomar el timón, le dio instrucciones a Venustiano para que apoyara al italiano, mientras Tomasín se encargaba de las velas y Juan del remo y la palanca. Las embarcaciones se acoderaron y avanzaron río arriba, apurados por la posible tormenta. Cuando pasaron por la ribera del Chilar, cerca del barranco, vestido con traje de china-co color salmón, cabalgaba en un tordillo de buena alzada don José Aquilino Basta Zozaya, quien avistó las embarcaciones y al percatarse de que se trataba de la Federica, gritó:

—¡Ariosto! ¡No les vaya a agarrar el agua, no tarda en pegar el norte! Pueden quedarse en el rancho.

Don Ariosto respondió:

—¡Muchas gracias, Quillo! ¡Prefiero arriesgarme, ya estamos cerca!

Don José Aquilino hizo un saludo charro, colocando su mano derecha a la orilla del ala del sombrero, espueleó al rocín y se retiró a trote del barranco. Las embarcaciones siguieron su curso aprovechando los vientos, por unos momentos al remo, por otros a la palanca, hasta que llegaron a La Esperanza. Cuando estaban arrimando, empezaron a caer las primeras gotas de lluvia que luego se convertiría en una tormenta eléctrica.

*

Don Ariosto hospedó a Caruso en la finca y dio instrucciones de que se le atendiera y tratara como amigo de la familia. A la semana siguiente, una vez que pasó la tormenta, el capitán se acercó al hacendado, quien leía la *Divina Comedia* sentado en una mecedora en el corredor. Caruso, con su mal español, le ofreció en venta su embarcación, aduciendo que necesitaba dinero porque quería continuar su viaje por esas tierras. En eso estaban cuando escucharon un galopar que se acercaba, era Felícito, caporal del rancho vecino, quien al llegar al casco de la finca se quitó el chontal.

—Con su venia, don Ariosto. Me manda mi ama a solicitar la ayuda de Venustiano, porque está pariendo una vaca y solo él sabe cómo atender el parto.

—Don Ariosto, con su *autorizzazione*, *io* puede atender ese parto —comentó Caruso.



—Por supuesto, no necesitas mi autorización, eres mi amigo, anda con Venustiano, dile que ensille dos bestias y acudan con la viuda Quevedo, el rancho está a menos de una legua. Y respecto a la compraventa de tu goleta, hacemos trato a tu regreso.

Los tres jinetes emprendieron galope al rancho vecino y atendieron el parto de Carmela, la vaca criolla de la viuda. Cuando el becerrito se puso en pie, Venustiano y Giuseppe lanzaron vivas efusivamente. La viuda Quevedo se acercó al lugar del parto, el italiano volteó y al cruzarse las miradas, a los dos estremeció el látigo de una onda, fue un momento mágico que aceleró al máximo sus corazones, que fueron atravesados por la divina flecha del amor. El valiente marino que librara mil batallas sintió que sus piernas flaquearon, y aquella dura dama, a la que la vida había obligado a formar una coraza impenetrable, de pronto sintió que le faltaba el aire. El tiempo se detuvo para ellos, dos almas que por un momento abandonaron sus cuerpos para tocar el cielo y lentamente regresaron contemplándose mutuamente. Venustiano regresó solo a La Esperanza.



IV

En diciembre del mismo año de 1855, la familia Arango Iduarte escuchó misa en la iglesia el Santuario de Guadalupe de Tecomajiac, porque habían acudido a Teapa a comprar víveres, velas y otros enseres para la cena de Noche Buena. En la misa, don Ariosto se topó con el joven aspirante a licenciado Andrés Prats, quien había asistido con su esposa, Fabiola Sánchez, y sus tres pequeños hijos. A la salida, don Ariosto le preguntó si seguía criando caballos, y Prats respondió que sí, que recién estaba arrendando dos potros españoles media sangre, que pasara a verlos cuando quisiera; el hacendado confirmó su visita a la mañana siguiente.

Al otro día, a las siete, don Ariosto instruyó a Juan que ensillara un par de bestias para ir al rancho de Andrés, mientras tanto tomó un chocolate caliente con su esposa y le comentó que quería hacerle un regalo a Aurora, comprarle un caballo; a doña Federica le encantó la idea y le apretó el dorso de la mano.

—Estoy segura de que le va a fascinar.

Don Ariosto y Juan emprendieron la ruta al destino programado. Era una mañana fría y la densa neblina les impedía ver con claridad el camino, por lo que se fueron a paso lento y a las ocho y media de la mañana, cuando el sol ya brillaba en su esplendor, abrieron la puerta de campo en los linderos del rancho de Andrés. Cuando se acercaron al casco de la finca, Juan abrió otra puerta de campo y los recibió un par de sabuesos que no dejaban de ladrar. Andrés, alertado por el escándalo, se asomó al corredor para ver quiénes se acercaban y recordó que don Ariosto quedó en visitarlo. Se apearon los jinetes y Juan se llevó a las bestias para amarrarlas.

—Pase, don Ariosto, está usted en su casa. ¿Se le ofrece algo de beber? Café, chocolate, agua, lo que usted me diga.

—Muchas gracias, por ahora no. Quiero ver los potros que me comentaste, pues me gustaría regalarle uno a mi hija como obsequio de Navidad, a su edad ya sabe montar.



—Claro que sí. Con gusto vamos a las caballerizas para que los vea.

Andrés soltó un chiflido de altos decibeles y apareció Ponciano, uno de sus caballerangos, a quien le ordenó que los acompañara para mostrar los potros que ya tenían rienda. Ya en las cuadras, Ponciano sacó primero a un colorado y le pasó el ronزال a don Ariosto para que sintiera su brío y nobleza. Don Ariosto lo tomó por el dogal y caminó con él unos pasos, le acarició la testa, la crin y regresó fascinado, pero no dijo nada hasta ver el segundo, un tordillo precioso, pero muy nervioso; realizó el mismo procedimiento, pero por lo impetuoso del animal se decidió por el colorado, pues temía que su hija sufriera un accidente.

—No tengo más qué pensar. Me quedo con el colorado, me gustó su alzada, su nobleza y su estampa.

—Claro que sí, el potro ya es suyo —concordó Andrés y le ordenó a Ponciano que lo llevara hasta el corredor, donde se realizó la compraventa. Don Ariosto y Juan montaron sus bestias y este último ató a su silla el colorado para regresar a la casa. Al llegar, el hacendado le ordenó al mozo que escondiera al potro para que no lo viera Aurora.

*

El 24 de diciembre de 1855, la familia Arango Iduarte festejó la Noche Buena como de costumbre, con una cena abundante y fastuosa, a la que invitaron a vecinos y familiares. Tamales de masa colada, pavo, cerdo y ternera fueron parte del sabroso menú que se ofreció, sin olvidar los turuletes, los alfajores y otros postres. Como cada año, más que abundancia en la mesa era un derroche de comida, un despilfarro de recursos; a pesar de la sencillez de don Ariosto, en la cena se respiraba un olor a aristocrático dispendio. Doña Federica, como buena católica, a las doce de la noche acostumbraba llamar a todos los familiares e invitados para que se acercaran al nacimiento y arroparan al Niño Dios de porcelana. Ella iniciaba sacándolo del pesebre, lo arrullaba en sus brazos, lo besaba y se lo pasaba primero a don Ariosto, quien siendo liberal, sin dejar de ser católico, lo sostenía brevemente, cerraba los ojos y daba gracias por el año en general, enseguida se lo pasaba a Aurora, quien lo arrullaba y besaba con efusión, le costaba mucho esfuerzo colocarlo en manos del familiar o invitado que se encontraba a su derecha; los convidados se iban pasando uno a uno al unigénito del Padre.



Concluido el ritual, regresaron al comedor, donde además de libar exquisitos licores, también charlaron de política. Gabriel Iduarte, hermano de doña Federica, inició la charla.

—¿Cómo ves, Ariosto, que el 18 de agosto, Antonio López de Santa Anna se embarcó en Veracruz rumbo al exilio en Venezuela?

Don Ariosto asintió con la cabeza y apuró de un largo sorbo su vaso de *brandy* para contestar:

—Tú conoces mi apego a las ideas liberales, luego entonces, me siento satisfecho de que triunfara la revolución de Ayutla. Supe que Juan Álvarez renunció a la presidencia y que el 11 de diciembre tomó posesión como presidente de la Republica don Ignacio Comonfort; dentro de su gabinete tiene tanto a rojos como a moderados, vamos a ver cómo se dan las cosas. Por lo pronto, aquí el gobernador Benito Haro lanzó su proclama adhiriéndose al Plan de Ayutla; espero que paulatinamente se restaure la República y que cada vez sean menos los que reclaman religión y fueros. Aunque no confío en el michoacano Haro, porque se me hace que baila al son del mejor postor y que en sus venas corre sangre conservadora.

Reinó el silencio por un rato, pero Gabriel, después de un trago de vino, carraspeó y rompió el mutismo.

—Ay, cuñado, siempre defendiendo a los desarraigados, a los indios, en lugar de ponerte del lado de los de tu clase.

Arango lo miró como un felino presto al ataque y replicó:

—De mi clase, de mi sangre real, de mi abolengo, de mi aristocrática prosapia, ¿cómo osar siquiera pensar que don Ariosto Arango se mezcle con la indiada? No, cuñadito, te equivocas. Todos somos seres humanos, algunos tuvimos la suerte de nacer en familias con más recursos económicos que otros, pero eso no nos hace distintos, todos somos iguales. Me extraña, tú que te dices tan católico, cómo es que ignoras la doctrina de Jesús, olvidas que nació en un establo y a falta de cuna lo colocaron en un pesebre. Me imagino que sabes lo que es un pesebre, pero te lo explico: un pesebre es un comedero, es donde comen los animales; entonces, si tu creencia es la católica, deberías de ser menos clasista.

Al concluir su argumento, se paró de la mesa y caminó hacia el nacimiento.

—Se supone que nos reunimos en tu nombre, para festejar tu natalicio, pero como siempre, la doble moral aristocrática por un lado dice amarte, pero con su conducta dicen lo contrario.



Siguió caminando y salió al corredor. Le gritó a Aurora que acudiera donde él y cuando llegó, la tomó de la mano para ir hacia la caballeriza.

—¡José, trae por favor dos lámparas de petróleo y anda a la caballeriza a prender la antorcha! —exclamó, sin dejar de caminar. Ya en la caballeriza, acomodó una de las lámparas en la escarpia de un poste y colocó una rodilla en el suelo para abrazar a la niña.

—Hijita, pensaba darte tu regalo de Navidad mañana temprano, pero los comentarios de tu tío me hicieron perder la paciencia. No quiero irme a dormir con la bilis derramada, prefiero quedarme con tu bella sonrisa, por eso de una vez te lo doy.

Se incorporó y abrió la portezuela de la cuadra donde estaba el potro colorado; le colocó el ronzal y lo sacó para que lo viera Aurora, quien comenzó a dar brincos de felicidad.

—¡Muchas gracias, papito, muchas gracias! ¡Está hermoso!

Alcanzó el cabestro y lo jaló hacia ella para acariciar la testa del animal, mientras que su padre le indicaba a José que lo ensillara con una de las albardas para que su hija diera una vuelta. Aurora montó el potro a la manera de una amazona, primero a paso lento, luego a trote, para al final recorrer a galope el rededor del casco de la hacienda, a la luz de la luna y las estrellas, bajo la orgullosa mirada de su padre, quien pleno de satisfacción disfrutaba, quizá más que su hija, del regalo de Navidad.

Después de varias vueltas, la niña regresó y guardaron al colorado, no sin antes acariciarlo efusivamente. Padre e hija regresaron a la casa y Aurora corrió a decirle a su madre lo feliz que era por el regalo que le hicieron; su madre la abrazó y besó mientras le acomodaba los cabellos, acomodándole la diadema. Mientras tanto, su padre sacó un puro de Huimanguillo del bolsillo superior del chaleco y del inferior derecho sacó los fósforos, prendió el tabaco inhalando con fuerza y soltó una abundante bocanada de humo, se sentó en una mecedora y le pidió a José que le pasara su vaso de *brandy*. Aurora caminó detrás de José, llevando en los brazos su muñeca de trapo, Pita. Se acercó a su padre, le dio un efusivo abrazo a manera de agradecimiento y se sentó a su lado, en una mecedora pequeña. Los dos extraviaron las miradas en el sinfín de estrellas; entretanto, desde el comedor se escuchaba el murmurio de los invitados.



V

Al inicio de la primavera de 1856, las aguas del río estaban mansas después de la última tormenta, pero había mucha turbulencia política, debido a los levantamientos armados en Cárdenas y Macuspana en contra del gobernador del estado, el coronel Benito Haro.

Del barranco de La Esperanza zarparon don Ariosto, doña Federica y Aurora, acompañados de sus sirvientes Juan, Petra, Chabela y Venustiano. En esta ocasión embarcaron en la goleta la Italiana, que el hacendado le compró a Caruso, quien se ofreció a conducirla junto con Tomásín para llevarlos al puerto de Veracruz. Don Ariosto no quería aceptar el ofrecimiento, por la amistad que había surgido entre ambos, a más de que Caruso acababa de contraer nupcias con la viuda Quevedo y consideraba imprudente alejarlo de su esposa; sin embargo, el italiano insistió con determinación y finalmente condujo la goleta.

Al navegar río abajo por el Pichucalco, doña Federica advirtió que Aurora estaba ansiosa, no soltaba a Pita y en la manita de la muñeca hacía un monótono movimiento a manera de caricia.

—Hijita, ¿qué te angustia?, te noto rara, como si algo te preocupara.

—Sí, mamita, tengo miedo, es la primera vez que estaré separada de ustedes por mucho tiempo y eso me asusta. Cuando regresábamos de Veracruz, el año pasado, ¿te acuerdas que me caí en Plaza de Armas? Pues mi papá me explicó sobre los golpes del alma, y siento que esto es un golpe del alma, porque me está doliendo y no veo la herida, pero lo extraño es que también tengo mucha ilusión de conocer Europa, de aprender nuevas cosas, conocer a otras personas. Ya no sé qué me está pasando.

—Hija, tienes sentimientos encontrados y es normal por lo que estás viendo ahora, pero verás que cuando estés en Europa, como todo será novedad, se te pasarán los días volando, cuando vengas a ver ya estarás de regreso; así que disfruta cada momento, cada instante de esta etapa de tu vida y sé feliz —le aconsejó doña Federica.



La niña esbozó una leve sonrisa, pero en su mirada prevaleció un dejo de tristeza.

*

La Italiana libró los meandros del Pichucalco hasta arrimar en San Juan Bautista, donde adquirieron víveres para continuar el periplo. Cuando pasaban por Tres Brazos, Venustiano pescó un par de robalos de más de cinco kilos cada uno; después de aliñados, fueron posteados y fritos en manteca de cerdo traída desde la finca, porque antes de zarpar mataron una tunca que dio nueve latas de manteca y suficiente carne que salaron para que aguantara el trayecto. Con los robalos, todos se pusieron felices y se sentaron al festín. Cuando llegaron al puerto de Frontera se abastecieron de agua potable y continuaron hacia su destino.

Caruso iban al timón, bordeando la costa, feliz por sus recientes nupcias; prendió su pipa y después de varias bocanadas de humo, comenzó a platicarle a don Ariosto algunas de sus vivencias junto a su tocayo Giuseppe Garibaldi, de su lucha por la unificación de Italia y otras aventuras que vivieron en Sudamérica. Le habló de cruentas batallas en las que perdió varios amigos y de las que sobrevivió de milagro, mas no por eso abandonó tales andanzas, sino por la degradación de muchos de sus compañeros que se dedicaron a embriagarse, a delinquir, a robar, asesinar y violar mujeres, cosa que se alejaba de la causa que Caruso consideraba justa y por la que seguía a Garibaldi. Habló con su tocayo externándole su inconformidad, argumentando además que todos estos piratas no eran italianos, sino ingleses y franceses, que ya se había perdido el horizonte, que ya no se hallaba el rumbo inicial por el cual luchaban y que por ende se despedía de él para emprender una mejor vida. Arango lo escuchó con atención, y no perdía detalle de la plática, junto con Tomasín, para quien Caruso se había convertido en un ídolo, en su modelo a seguir, mientras que en don Ariosto aumentó el aprecio hacia el italiano, pues cada día confirmaba que era una persona honesta y leal.

*

Aurora y doña Federica seguían con su charla. La señora Iduarte trataba de darle ánimos, de alentarla mostrándole un promisorio futuro en Europa y so-



bre todo a su regreso, por el cúmulo de conocimientos adquiridos. La cariñosa madre colocó su silla atrás de la menor, le pasó un espejo y con un fino peine comenzó a hacerle una trenza francesa, mientras insistía en su venidero prometedor.

—¿Qué pasaría si a mi regreso ya no los encuentro, a ti o a mi padre o a ambos? —preguntó la niña bajando la mirada.

Justo en ese momento, una distracción de Caruso hizo que cogiera erróneamente una ola que sacudió con fuerza la goleta; un golpe del timón lanzó por los aires la pipa del italiano y Tomasín cayó sentado. Don Ariosto logró sujetarse del marco de la puerta, a doña Federica se le cayó el peine y el espejo que Aurora sostenía cayó astillándose en numerosos pedazos, como un mal presagio.

Caruso ofreció disculpas y el hacendado argumentó que había sido responsabilidad de ambos por adentrarse en la plática; él por distraerlo y el capitán por no estar atento a la navegación. Don Ariosto se retiró al camarote con su familia, donde vio el espejo roto y la angustia de Aurora. Petra pidió permiso para entrar a recoger los pedazos de vidrio y doña Federica le dijo que fuera diligente con la limpieza de la habitación. Don Ariosto cargó en su pierna izquierda a la niña, pasó una mano por su cabello y la atrajo hacia su pecho.

—Qué bonita se ve la trenza que te hizo tu mamá, te ves bellísima, hijita. No debes estar triste ni angustiada, al contrario, agradece al creador que tienes la oportunidad de viajar a Londres. Disfruta cada instante de tu vida, solo tenemos una y es frágil y efímera; vive cada momento al máximo, no desperdicies tu existencia en angustias y tristezas, valora cada pequeño detalle, cada conversación, las gratas compañías, las amistades, los bellos paisajes, las buenas lecturas, las buenas comidas y bebidas, un buen chocolate, un buen café, un rico pan, un sabroso pastel, las estaciones del año, el calorcito, el frío, la lluvia, todo, disfruta todo cuanto puedas, aprende también cuanto puedas, recuerda que el conocimiento es poder, mientras más sepas, se te hará más fácil tomar decisiones, no malgastes tu tiempo en cuestiones vanas, superfluas; está bien la diversión, pero antepón la obligación y si disfrutas cada pequeño detalle de la vida la obligación se te hará divertida, disfrutarás también la obligación.

La criatura quedó pensativa y comenzó a disminuir su angustia; aunque no soltaba a Pita, se dibujó en su rostro una sonrisa franca y sus ojos irradian destellos de alegría. Con el mar y Aurora en calma, la amena travesía empezó a tornarse tediosa; no pasaban las horas y aunque de vez en cuando se nubla-



ba el cielo y la brisa marina se convertía en rachas de viento impetuoso, no era suficiente para preocupar al capitán, ni para sacar del aburrimiento a los viajeros. Petra, Juan y Chabela chismeaban en la cocina, mientras que en la popa Venustiano fumaba un porro de picadura, Tomasín, nombrado contra-maestre por el italiano, se hallaba pendiente de las velas, atento a cualquier instrucción de Caruso, quien guiaba la goleta a buen puerto; don Ariosto dormía una prolongada siesta en una hamaca guindada en el camarote, doña Federica bordaba un mantel y Aurora leía la novela *Atala*, de François-René de Chateaubriand.

*

Al fin se asomó en el horizonte el puerto de Veracruz. Caruso se acomodó a duras penas la gorra de capitán, y gritó:

—¡Ariosto, *siamo arrivati vicino alla costa*!

Don Ariosto subió a cubierta llevando del brazo a su esposa y de la mano a su hija; se acercaron a la barandilla de babor para apreciar mejor la llegada al puerto, el viento les agitó los cabellos, doña Federica se acurrucó en el pecho de su marido y la niña colocó la cabeza en el hombro de su madre.

—Mi tía Amanda ya debe estar esperándonos —dijo, abrazada a su muñeca.

—Es lo más probable, hijita, ya debe tener todo listo para el viaje.

—De nuevo empiezo a ponerme nerviosa.

—Te entiendo, corazón, es el miedo a lo desconocido, pero cuando estés allá, pronto agarrarás el andar y luego no vas a querer regresar.

Aurora sonrió levemente, apretó a Pita y se abrazó fuerte a su madre.

*

El 15 de abril de 1856, en el puerto de Veracruz, se festejó el cumpleaños número once de Aurora, Convivieron sus padres, la tía Amanda, sus primos Alberto, Inés y Mario, acompañado de su esposa, además de Giuseppe Caruso. En el convite gastronómico disfrutaron de garnachas, picadas verdes y rojas, gorditas y tacos dorados, agua de chía y horchata, tepache y de postre pan de elote, todo organizado por Amanda y su primogénito Mario.

—¿Cómo te sientes, hermanito? —preguntó Amanda en pleno agasajo comilon.



—Muy bien, hermanita, gracias. Emocionado por el viaje, con la esperanza de que Aurora aproveche al máximo su estadía por aquellos lares. Por otro lado, me siento feliz porque el presidente Comonfort pudo sofocar la rebelión de Zacapoaxtla y Benito Juárez asumió la gubernatura de Oaxaca, a pesar de los disturbios ocasionados por el coronel Luis Villarreal, pero el gobernador saliente, José María García, controló la situación y se vislumbra el triunfo liberal sobre los conservadores.

Amanda sonrió, pero doña Federica no pudo disimular su molestia:

—Por favor, no empiecen a hablar de política. Estamos festejando el cumpleaños de Aurora en una cuchipanda familiar y luego, luego empiezas a tocar esos temas en los que no estamos de acuerdo. Este mal gobierno liberal está atacando la fe de todos los mexicanos, se van a condenar en los infiernos por eso.

—Está bien, cambiemos de tema —concedió don Ariosto, y se dirigió a su hermana— Sé que sabrás guiarla en Londres, tienes nuestra autorización para reprender a Aurora en caso de que lo amerite, no le permitas ningún desvarío, ninguna falta de respeto, debe seguir tus reglas, está por entrar en la edad del pavo y ya sabes cómo se ponen difíciles; mano dura por favor, hermanita, pero a la vez te pido paciencia, ya sé que es difícil hallar el justo medio, pero confío en ti. Y por favor, no olvides escribirme para mantenerme informado de lo que suceda, yo haré lo propio y les escribiré contándoles los pormenores y simplezas del campo.

Al concluir su exposición, don Ariosto y doña Federica tenían las pestañas húmedas, conteniendo el llanto, pero Amanda, al advertir la situación, gritó:

—¡Viva la República! —Y todos echaron a reír.



VI

—Diría Tirso de Molina, no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague —sentenció don Ariosto antes de las once de la mañana del 26 de abril de 1856, cuando su hermana y su hija estaban por abordar el vapor Irlanda, con rumbo a Londres, Inglaterra. Doña Federica y su esposo acopiaron fuerzas para no quebrarse delante de su hija, a más de infundirle el valor, el optimismo y la alegría que debía sentir en el viaje que emprendía. Aurora no logró controlar sus lágrimas y se abrazó fuerte a su padre, quien aprovechó para hablarle.

—Hijita de mi alma, este viaje te servirá de mucho, créeme que no te arrepentirás; hoy se va una Aurora que no será la misma a su regreso.

Sacó de su traje un pañuelo blanco con sus iniciales bordadas, secó las lágrimas de la niña y se lo entregó; la sostuvo por los hombros, la miró a los ojos y continuó:

—Es por tu bien, hijita linda, nos duele separarnos de ti, pero estamos conscientes de que es parte de tu formación, gracias al Gran Arquitecto del Universo tienes la oportunidad de vivir esta experiencia, piensa que existen muchos que no la tienen, por ello no dejes de agradecer. Disfruta tu travesía, tu madre y yo estaremos esperándote con amor, así que ¡a ser feliz, jovencita! y nada de llantos. Obedece y respeta a tu tía, ella te adora como a una hija, así que debes ser condescendiente, acatando sus reglas y no darle motivos de disgustos.

Don Ariosto se puso en pie y doña Federica se arrodilló para envolver con fuerza en sus brazos a la viajera.

—Mi niña preciosa, no estés triste. En un abrir y cerrar de ojos estarás de regreso y luego recordarás con nostalgia este viaje, empieza a disfrutar desde ahora y no olvides hacerle caso a tu tía, es una responsabilidad enorme para ella y lo está haciendo con amor, no le causes problemas. No olvides nunca que te amo con todo mi corazón y te estaré esperando, contando los días para tu regreso. Ah, y no olvides ser feliz.



Se encaminaron hacia el atracadero, donde los esperaba Amanda.

—¿Ya subieron todo el equipaje, hermanita? —preguntó don Ariosto.

—Ya está todo a bordo, solo faltamos nosotras —respondió Amanda, abrazó a su hermano y a su cuñada, besándolos en las mejillas.

—No se preocupen por nada, Aurora estará bien cuidada y nada le faltará. Les prometo regresarla con bien, si Dios nos lo permite; quédense tranquilos y con la certeza de que su formación en el extranjero será un éxito. Los quiero mucho y estaré comunicándome con Mario para que les haga llegar mis cartas.

Federica y Ariosto se tomaron de la mano mientras Aurora y Amanda subían al barco. Esperaron a que zarpara y cuando la nave se alejó perdiéndose en el horizonte, él comenzó a llorar, se abrazó de Federica, quien lloraba desde hacía rato, y le aseveró:

—Nos esperan muchas auroras sin Aurora.

*

Después de unos días en el vapor Irlanda, para paliar su tedio y su tristeza, Aurora continuó con la lectura *Atala*. Sentada en la cubierta junto a su tía imaginó las comunidades nativas de Norteamérica y comenzó a soñar con el amor, visualizando el romance de Atala y Chactas, un amor aparentemente imposible, y suspiraba a su temprana edad. Por su parte, Amanda se desternillaba leyendo los entremeses cervantinos. El vapor avanzaba, pero las horas no pasaban para la niña, pues a pesar de distraerse con la lectura, su mente la traicionaba y la nostalgia se apoderaba de ella; a ratos cerraba el libro y caminaba en cubierta, luego regresaba y continuaba leyendo, lograba por un momento la introspección y se sumergía en la historia, volvía a suspirar, pero aquel momento no duraba y tornaba a levantarse, caminaba de nuevo por la cubierta, a veces soltaba unas lágrimas pensando en sus padres. También venían a su mente su heredad, el potrero colorado, Petra y Chabela, Venustiano, Juan y José, incluso Caruso y no podía evitar sentir un nudo en la garganta y que se humedecieran sus pestañas. Al ver la melancolía de su sobrina, Amanda cerró su libro y se acercó a la barandilla, la rodeó con el brazo derecho y permanecieron en silencio por un rato, contemplando el océano en calma y sintiendo en sus rostros la brisa marina.

—Tía, ¿cómo es Londres?

—Es un lugar bonito, es una gran ciudad, con muchos edificios, palacios y castillos —respondió Amanda con un dejo maternal.



—¿Castillos y palacios donde viven los reyes, príncipes y princesas? ¿De esos que veo en las ilustraciones de los libros que tiene mi papá en su biblioteca?

—Sí, hijita, tal y como los viste en los libros. Ahora la reina se llama Victoria y vive en el palacio de Buckingham; te llevaré para que lo conozcas por fuera, dado que no somos de la realeza y no podremos entrar.

Sonrieron al tiempo que sonaba el silbato del vapor, pues otra embarcación se acercaba. Amanda tomó por el hombro a Aurora y la condujo a las poltronas donde habían estado sentadas.

—Pienso que estudies en la academia de una buena amiga, Carolina Wetzel, es mexicana, su padre era alemán y su madre mexicana. Tiene una escuela de artes y constantemente me escribo con ella. Nos conocimos hace muchos años en Veracruz y cuando tuve la oportunidad de ir a Londres por cuatro meses, fue precisamente cuando ella decidió emigrar, y viajamos juntas. A la muerte de su madre vendió la quinta que tenían a las afueras de Veracruz y su casa del puerto, compró un pequeño edificio en Londres, en donde vive y el cual habilitó como escuela. Su padre, Hans Wetzel, quien murió hace varios años, le enseñó artes plásticas y alemán, italiano e inglés; además, su madre era una excelente cocinera y aprendió a la perfección el arte culinario, ya verás las comilonas que nos vamos a dar cuando estemos allá. En su escuela se enseñan artes plásticas, música, danza, teatro, literatura, costura y cocina. Cuando se decidió tu viaje le escribí para decirle que iríamos y me contestó que dispondría una habitación para nosotras, conocerás las clases que se imparten en su liceo para que escojas la que te agrada aprender, por supuesto que debes iniciar por el idioma inglés, pero de ello me encargaré yo, ¿qué opinas?

El vapor estaba por llegar a La Habana, Cuba, ya se avistaba en el horizonte el faro del Morro o castillo de los Tres Reyes.

—Me fascina la idea, tía, me imaginé todo lo que me contaste, mi mente viajó por Londres aún sin conocerlo. Me entusiasma todo lo que dices, ya quiero llegar para conocer los palacios y los castillos, la ciudad y la escuela de tu amiga. Te adelanto que me interesa estudiar artes plásticas, literatura y cocina.

*

Zarparon de La Habana. Aurora continuó leyendo la novela que estaba por finalizar y empezó con algunas lecciones de inglés que Amanda le prescribió; a ratos se le facilitaba y en ocasiones detestaba el idioma, constantemente



acudía con la tía para aclarar sus dudas y juntas practicaban la pronunciación. No faltaba el día en que Aurora lloriqueara exclamando que no podía, pero su tía con paciencia maternal encausaba a la jovencita. Así pasaron los días, entre lecturas, lecciones de inglés y charlas, hasta que una mañana despertó y sintió que el clima ya no era el de siempre, estaban en junio y no sentía calor. Alcanzó en la cubierta a su tía, y cuando estaba a punto de sorber su café, la interrumpió, cruzando los brazos.

—Tía, hace frío y estamos en junio.

—¡Buenos días, tía! ¿Cómo amaneciste? Pues muy bien, hijita, dormí plácidamente y ahora me estoy tomando un rico, calentito y aromático café. Y tú ¿cómo estás? —dijo Amanda con sarcasmo, apartando la taza y mirando seriamente a su púber sobrina.

—Disculpa, tía, es que desperté sintiendo fresco, lo que me extrañó pues estamos a mediados de junio; además, salí del camarote y ya no siento fresco, siento frío, por eso mi grosería de no dar los buenos días.

—Así es, sientes frío, pero en realidad no es frío, es decir, está menos cálido que Tabasco, pero aún no hay frío, ¡ya me dirás en invierno cómo se siente! Sientes esta temperatura porque está nublado y parece que va a llover, espero que no nos agarre una tormenta. Ya estamos cerca de Europa, le pregunté a la señora que me sirvió el café y me dijo que entre hoy y mañana llegaremos a La Coruña, en España, para de ahí partir directamente a Londres. ¡Pero qué esperas, niña, ve a vestirte para que desayunemos!

Aurora sonrió y corrió al camarote para quitarse la bata de dormir y ponerse un vestido.

*

Mientras desayunaban, comenzó a llover copiosamente y el estruendo de un rayo provocó el silencio en todo el vapor. El Irlanda empezó a sacudirse de manera violenta porque una tormenta eléctrica de verano los atrapó. El desayuno se suspendió ya que resultaba imposible mantener las mesas puestas. Se refugiaron en su camarote, pero la angustia de la pequeña crecía más y más, hasta que el llanto se apoderó de ella. Buscó a Pita y se abrazó de su tía. Los enceres que llevaban rodaron por el suelo, mientras que la embarcación no dejaba de menearse.

—Tía, ¿el barco se va a hundir?



—Claro que no, ya verás que pronto pasará la tormenta, es un barco grande y el capitán sabrá evitar el naufragio. Debes tener fe en Dios de que nada nos pasará; te propongo que recemos un rosario —dijo la tía, conteniendo su preocupación.

—Y mi papá pensó que era mejor salir en mayo para evitar una tormenta ¡y mira nomás!

Amanda soltó un suspiro, mientras Aurora, entre tumbos y sin soltar a su muñeca, se apresuró a buscar el rosario que guardó su madre en un veliz; regresó al regazo de su tía y comenzaron a rezar. El ruido del viento y del agua azotando la embarcación no cesaba, además, se escuchaban fuertes truenos y el crujir de las maderas del barco en cada golpe contra el mar, todo hacía de la escena el terror colectivo; sin embargo, Aurora y su tía continuaron rezando y eso las tranquilizó, a pesar de que todo parecía conducir la embarcación a un inminente naufragio. Los marineros, presurosos, achicaban el agua anegada; el capitán, maestre y contra maestre, cual jugadores de póker, sin mostrar emoción alguna, realizaban con entereza sus tareas; en uno de los tumbos, un marinero cerca de la barandilla de babor no resistió el embate de la marea y cayó al océano. Se escuchó el grito de: «¡Hombre al agua!», y dos marineros lanzaron un aro salvavidas atado a una cuerda, el caído logró asirse del anillo flotador y fue rescatado.

La tormenta seguía y las Arango, sentadas en el piso entre las dos camas, continuaron rezando con mucha fe. El silbido del viento entre la puerta y los cristales de la ventana a cubierta era aterrador, pero ambas reafirmaban su fe a cada cuenta del rosario, hasta que fue cediendo la tormenta para convertirse en simple lluvia y después de un rato el sol comenzó a brillar. Tía y sobrina sintieron la quietud, se abrazaron con fuerza y con lágrimas en los ojos dieron gracias a Dios por estar a salvo.

*

En el horizonte se advirtió la torre de Hércules. Las Arango fueron hacia la barandilla de estribor para apreciar el arribo a La Coruña; para Aurora todo era emocionante, todo era novedad, sin embargo, a ratos regresaba la nostalgia y sentía una necesidad de platicar con sus padres de todo lo que estaba viviendo, de La Habana, de la tormenta y cómo sintió que podían morir, de lo que en ese momento estaba observando y también que había terminado de leer *Atala*; en



fin, eran muchas cosas para sus escasos once años, por lo que decidió escribir la primera carta para sus padres, en lo que terminaban de atracar el barco, para enviarla lo antes posible.

—Tía, iré al camarote a escribir una carta, ¿será que la pueda enviar desde aquí?

—Sí, claro, en el tiempo que nos den de gracia para continuar el viaje, preguntamos en dónde podemos depositarla; anda, corre a escribirla.

El vapor ya estaba amarrado al puerto y algunos pasajeros empezaron a descender. Aurora no salía, lo que inquietó a la tía; como ya había transcurrido más que un tiempo prudente, se acercó al camarote para saber lo que pasaba, y cuando estaba a punto de abrir la puerta, salió su sobrina.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Disculpa, tía, quería contarles todo lo que he vivido, no quería que se me escapara algún dato o vivencia, siento que han sido muchas en dos meses. ¡Vamos, apúrate, que ya quiero mandar la carta! —contestó Aurora.

Se encaminaron al muelle y en las calles de La Coruña preguntaron dónde depositar la misiva. Amanda le dijo que pusiera como destinatario a su hijo Mario, en el puerto de Veracruz, a fin de que fuese más fácil la recepción. La felicidad de la niña era innegable, su tierna sonrisa y el brillo de sus ojos verdes llamaban la atención de los transeúntes con que se topaban. Amanda comentó que la región donde se encontraban era Galicia, que a los originarios de ese lugar les decían gallegos y que el apellido Arango era de Asturias, cerca de ahí, aunque don Ariosto insistía en que el apellido era vasco. Aurora sonreía y admiraba cada lugar; luego de caminar por bastante tiempo, regresaron al barco para no correr el riesgo de que las dejara.

A bordo del Irlanda, se sentaron a platicar en cubierta, cuando sonó el silbato anunciando la salida. El navío tomó hacia el mar Céltico y entró al canal de la Mancha, continuó hasta la desembocadura del río Támesis. Las viajeras, desde la barandilla de estribor observaron la llegada a su destino; felices, veían las edificaciones londinenses y Aurora se maravilló con la torre de Londres.

—¡Mira, tía, un castillo! —exclamó.

—Sí, hijita, es la torre de Londres, pero es una prisión, es un lugar de tortura. ¿Ya tienes listas tus cosas personales, verdad?, porque vamos a desembarcar.

—Sí, ya tengo todo listo.



VII

Una vez en tierra firme, Amanda contrató un carruaje jalado por un par de caballos azabache para que las llevara a la casa de Carolina Wetzel, cuyo edificio estaba por el rumbo de la puerta de San Juan, que en aquellos momentos servía de hospital médico, no en su término original medieval, considerada la orden de los hermanos hospitalarios, es decir, relativo al hospedaje.

Para Aurora todo era novedad, estaba maravillada con tantos edificios medievales, abría la boca con cada palacete al grado de sentirse en un cuento de los que su madre le leía. Transitar en carruaje por las callejas londinenses, observando tantas edificaciones de piedra o de ladrillo, era para la púber algo mágico, de ensueño. Al llegar al domicilio fueron recibidas por Carolina, quien brincó de felicidad al ver a su amiga después de varios años.

—¡Qué gusto verte, Amanda! Tantos años, ¿verdad? Y esta belleza debe ser tu sobrina Aurora, qué linda está. Ya dispuse una habitación para ustedes, pásenle por aquí —dijo, abrazándola efusivamente, y agregó:

—Edward, Edward, *please take my guests' luggage to the room I told you about.*

—¿Tienen hambre?, ¿quieren tomar algo? —les preguntó mientras las conducía a la habitación.

Aurora volteo a ver a su tía y coincidieron en que no tenían hambre.

—Bueno, tómense su tiempo, acomoden sus cosas y descansen, pues imagino que están agotadas. Ya tendremos oportunidad para charlar, cuando lo consideren, me llaman y convivimos. Cuando quieran tomar algo, no duden en decirme, la cocinera se llama Brenda, ya está enterada de que ustedes vivirán aquí, se las presentaré luego, así que quedan en su casa.

—Muchas gracias por todo, Caro, en verdad eres muy linda, dentro de un rato bajamos a platicar contigo —aseguró Amanda.

La habitación tenía un par de camas individuales, dos armarios, dos cómodas y un tocador, con una ventana a la calle, el baño estaba afuera y era



compartido por todas las habitaciones del piso. Las Arango desempacaron y acomodaron sus cosas en los clósets y cajoneras, se tumbaron en las camas y descansaron un rato.

—¿Estás a gusto, hijita?

—Sí, tía, muy a gusto, feliz. Me cayó bien Carolina, es un dulce.

Amanda sonrió y cerró los ojos para reposar; Aurora se levantó de la cama y se asomó por la ventana con Pita; seguía maravillada de ver a tanta gente elegante, tantas calesas y tantos edificios. Estuvo observando la calle hasta que su tía despertó de su leve siesta. Aurora dejó a Pita sobre su cama y bajaron al comedor; Amanda se presentó con Brenda, pues Carolina estaba atendiendo los menesteres de la escuela. Para Aurora, de algo le sirvieron las lecciones que le dio su tía mientras cruzaban el Atlántico, porque más o menos entendió lo que las mujeres dialogaban. Las Arango se sentaron a la mesa y Aurora le dijo a su tía:

—Cuando hablabas con la cocinera, entendí que le dijiste que somos las invitadas de Carolina, que veníamos de México; ella te ofreció algo y tú le dijiste que mejor café. Con esto te quiero decir que no estoy tan mal, sí entiendo algo de lo que dicen y entiendo más cuando leo, pero no me atrevo a hablarlo.

—Sí, es correcto, me ofreció té pero prefiero el café, a menos que quieras probar el té, cosa que no estaría mal, para que conozcas. Poco a poco irás entendiendo más, sobre todo ahora que entres a la escuela, pues la necesidad obliga, te irás soltando para hablarlo y si te empeñas, cuando menos te des cuenta estarás hablando como un perico en inglés.

Las dos sonrieron, al tiempo que Brenda les acercó el café con unas galletas a base de mantequilla, deliciosas, según las recién llegadas. Amanda le pidió a Brenda que le sirviera té a su sobrina y le explicó que se tomaba con leche; Aurora degustó la infusión y le agradó bastante. Seguían platicando en el comedor cuando llegó Carolina.

—¿Cómo están?, ¿ya conocieron a Brenda?

—Sí, amiga, ya me presenté con ella y muy amable me ofreció té, que a mi sobrina le fascinó.

—También las galletas están deliciosas —añadió Aurora.

—¡Excelente! ¿Ya te platicó tu tía sobre las clases que impartimos aquí?

—Sí, y me interesan las artes plásticas, la literatura y la cocina.

—No se diga más, mañana a primera hora te llevaré por los salones de clases y te sugiero que entres a cada uno, que le dediques unas horas a cada clase, para saber cuál te gusta más y así decidirás mejor.



Amanda y Aurora agradecieron la amabilidad de la anfitriona.

Al día siguiente, la niña acompañó a la señorita Wetzel y tomó dos horas de clases de costura, pero no fue de su agrado; después, se metió a la clase de música, en la que le preguntaron qué instrumento quería tocar; intentó con el violín, pero no se le dio, siguió con el flautín, pero tampoco funcionó, hasta que se sentó al piano y sí fue de su agrado. Al día siguiente continuó con las clases de piano, notando que la música es un idioma universal, dado que a pesar de su escaso conocimiento del inglés, no era tan necesario en las lecciones y gradualmente fue aprendiendo a leer música en las clases de los lunes y viernes. También se interesó por las artes plásticas y la literatura, pero la cocina fue su pasión; en las clases del arte culinario conoció a Rebecca Enfield, una jovencita inglesa contemporánea a su edad, con la que inició una amistad.

*

Las clases de artes plásticas eran impartidas los miércoles por la señora Smith, quien explicaba las distintas técnicas de artistas europeos, pero se centraba mayormente en los del Reino Unido. Después de estudiar la poesía y los grabados de William Blake, los paisajes marinos y los veleros de Thomas Buttersworth, los retratos de William Beechey, la mayor atención de Aurora recayó en la pintora Sarah Biffen, le parecía maravilloso pensar que pintara con la boca, pues carecía de brazos y que fuera tal su éxito que realizó retratos miniatura de la familia real.

—No puede ser, a mí, que tengo mis brazos y mis manos, se me dificulta tanto realizar un paisaje, y esta pintora, con la boca, hizo hermosas obras de arte. Debo poner mayor empeño en esto —alegaba.

Así transcurrían los días de estudio, pero además, por las tardes continuaba con las lecciones de inglés que le impartía su tía, quien la mandaba a practicar con Brenda. La niña empezó a dominar el idioma y se fue soltando, hasta desenvolverse con facilidad en la ciudad; ya podía indicar al conductor de una calesa el lugar a donde se dirigiría, también podía ordenar del menú en algún café o restaurante, lo cual la hacía feliz, se sentía segura de sí y comenzó a disfrutar su estancia en aquel país. Cada noche se sentaba, junto con Pita, a escribirle a sus padres, contando lo que había hecho en el día, lo que había aprendido, lo que le gustaba y lo que le disgustaba, cuánto los extrañaba y su deseo de volver a Teapa.



*

Los martes y jueves había clases de literatura. Como era de esperarse, el principal autor estudiado era William Shakespeare, seguido por Miguel de Cervantes, pasando por Henry Fielding, Samuel Richardson, y los más modernos como Lord Byron y Lady Caroline Lamb, hasta llegar al escritor en boga, Charles Dickens, quien fue su fascinación después de Shakespeare y Cervantes. Desde pequeña había sido una asidua lectora, sin embargo, leer en inglés no era tan fluido, pero ello representaba un acicate para su avidez de conocimiento y diariamente dedicaba dos horas a la lectura, que comentaba con su tía y juntas realizaban análisis literarios de manera coloquial, mas no por ello carentes de valor.

Las clases las impartía el profesor Mackenzie, el siempre despeinado pelirrojo de profusa barba, de origen irlandés, que veía en Aurora a una de sus hijas fallecida durante un naufragio en el Mar del Norte, por lo que le cogió singular cariño y al mirar el desempeño de la mexicana en su materia la convirtió en su consentida, lo que causaba envidia entre sus compañeros de estudios. De religión católica, el profesor tenía cierta preferencia por la literatura latina sobre la sajona, de ahí que le dedicaran más tiempo al *Quijote de la Mancha* en su versión traducida al inglés, realizada por Thomas Shelton; también tenía predilección por los poetas latinos y en Aurora se apoyaba para impartir su cátedra. La joven se sentía comprometida para no fallarle al profesor, dedicándose de lleno a estudiar las distintas creaciones literarias, cuento, novela y primordialmente poesía; en poco tiempo supo lo que es un soneto, cómo se componen los versos alejandrinos, la estructura de las redondillas, sabía de cesura, de hemistiquios, de métrica, ritmo y rima, sin olvidar que soñaba despierta cada que leía un poema de su agrado.

*

Las clases de cocina las impartía cada sábado la anfitriona, y eran las preferidas de Aurora, principalmente lo atinente a la repostería. Carolina sabía de cocina internacional, no se limitaba a la británica, sabía de toda la gastronomía de México, desde la prehispánica, pero también sentía fascinación por la cocina italiana, se podía decir que todo tipo de pastas, junto con los ingre-



dientes mediterráneos, eran su especialidad. Sin embargo, atendiendo a los ingredientes que tenían a la mano, basaba sus cátedras en el arte cisorio inglesa y cuando había oportunidad hacía un recorrido internacional. También era virtuosa para la confitería, tenía un amplio repertorio de pasteles, postres, dulces y demás. Un sábado de junio, cuando la profesora les enseñaba a hacer un pastel de carne, muy británico, se quedaron sin ingredientes y era necesario ir a comprar más para concluir la clase. Rebecca Enfield se ofreció para ir al mercado Leadenhall y pidió que la acompañara Aurora; Carolina aceptó la oferta y les dio suficientes chelines para que adquirieran los productos faltantes; las jovencitas fueron caminando, pero antes de llegar, Rebecca le dijo a Aurora:

—Son las diez y media, ¿quieres ir a ver el cambio de guardia al palacio de Buckingham? Se realiza a las once de la mañana, es el relevo de la guardia que cuida a la reina Victoria y hay unos soldados guapísimos.

—Pero la señorita Carolina nos mandó a comprar los ingredientes, si nos tardamos se puede molestar —cuestionó Aurora.

—No pasa nada, nos vamos en una calesa, vemos a los hermosos soldados y regresamos al mercado, compramos las cosas, las llevamos a la escuela y le decimos que no encontrábamos todos los ingredientes y que por eso se nos fue el tiempo.

Aurora, ruborizada y con una sonrisa pícara, accedió a la invitación; subieron a una calesa y llegaron al palacio; no podía ocultar su emoción, estaba viviendo lo que se imaginaba de niña, cuando su mamá le leía cuentos y le platicaba de la monarquía europea. Se colocaron entre la puerta principal y la puerta derecha y por cuarenta y cinco minutos observaron el cambio de guardia, Rebecca enamorada de los militares y Aurora maravillada de la disciplina, del orden, de los uniformes, ver a esos hombres vestidos de rojo con el gorro de piel de oso fue un sueño. El regreso al mercado fue estresante pues, aunque Rebecca presumiera de sangre fría, temía que algo saliera mal y la reportaran con sus padres; tomaron la calesa de regreso, se metieron en el mercado y Enfield, quien lo conocía a la perfección, enseguida dio donde vendían el hojaldre y la manteca de cerdo. Ya con las compras regresaron caminando a la escuela; Aurora iba con el Jesús en la boca y cuando estaban cerca del edificio, Rebecca le dijo:

—Recuerda, no encontrábamos los ingredientes por ningún lado, por eso tardamos.

Aurora asintió con la cabeza, se persignó, entraron al edificio, subieron las escaleras y rumbo al salón de cocina le dijo a Rebecca:



—Hay demasiado silencio, ¿no te parece raro?

—Sí, oh, mi Dios, que no nos regañen.

Al ingresar se llevaron la sorpresa de que no había ni un alma, la estancia estaba vacía; se miraron, pusieron ojos de asombro y la angustia comenzó a crecer cuando se escuchó un ruido de tacones avanzando por el pasillo; le pedían al cielo que no las regañaran cuando se asomó la tía Amanda.

—Vaya, al fin llegaron, ¿por qué tardaron tanto? La clase terminó y ustedes no regresaban.

Las amigas estaban a punto de llorar, tartamudeaban sin atinar qué responder y cuando Rebecca empezó a articular su respuesta, fue interrumpida por la carcajada de la tía.

—Quién sabe qué travesura hicieron, par de diablillas, se evidenciaron por las caras. Su compañera Annie sufrió un ataque de epilepsia y Carolina, Edward y su otra compañera, Mary, la llevaron al hospital San Juan.

Aunque se preocuparon por su compañera, les regresó el alma al cuerpo y no pudieron evitar que, casi al mismo tiempo, lanzaron un hondo suspiro de alivio.

*

Y así transcurrieron las semanas para Aurora, entre clase y clase, paseos por la ciudad con su tía o con Rebecca. La muñeca Pita quedó olvidada en la habitación, observando con sus ojos de botón cada movimiento de la pequeña cada que entraba o salía del cuarto, cuando escribía cartas a sus padres, cuando leía un poema y suspiraba, en fin, fue el testigo mudo de su felicidad.

Llegó el invierno, conoció la nieve y los primeros días fue feliz, sin embargo, después de varias semanas ya estaba harta de la nieve y del frío, echaba de menos el calor de su tierra, se pasaba las horas leyendo a la orilla de la chimenea, hasta que llegó la primavera y volvieron los paseos por la ciudad con Rebecca.

Para mayo de 1857, Aurora dominaba a la perfección el inglés, ejecutaba magistralmente en el piano la polonesa *Heroica*, de Chopin, había leído muchos libros y cocinaba unos postres deliciosos; sin embargo, no congenió con las artes plásticas, por lo que abandonó esa clase. Para el segundo invierno en Londres, las Arango decidieron regresar a México, por lo que le agradecieron a Carolina la hospitalidad que les brindó, se despidieron de Brenda, de Edward y por supuesto de Rebecca, quien prometió visitarlas en México. El 1 de enero de 1858, Aurora y Amanda zarparon en el vapor Sir Robert con destino a Veracruz.



VIII

El 26 de febrero de 1858 amaneció con mucho frío. Don Ariosto se despertó temprano, como de costumbre. Se puso botas federicas, sombrero y pelerina, pues no había dejado de llover en varios días; se dirigió al establo de ordeña para observar a los trabajadores, le pidió a su caporal Venustiano que cogiera un bote de leche y lo llevara a la cocina para que Petra le hiciera un chocolate caliente. Se fue a las caballerizas, revisó que los caedizos estuvieran bien, que los caballos quedaran protegidos de la lluvia inclemente. Con nostalgia acarició el testuz del caballo colorado que le regaló a Aurora en la Navidad de 1855, murmurando que pronto volvería su ama; supervisó que todo marchara en orden y cuando el hambre se hizo presente, se trasladó a la casa grande para desayunar. En el comedor ya se encontraba doña Federica, la mesa estaba dispuesta con turuletes y totopostes cubiertos con una manta, desde la cocina salía el aroma a chocolate que Petra preparaba; don Ariosto se sentó a la cabeza y tomó la mano de su esposa.

—Pronto volverán las auroras con Aurora.

—Sí, amén, esperemos en Dios que pronto la tengamos de vuelta. Me comen las ansias de ver cuánto ha crecido, cómo ha cambiado, debe ser otra persona, quizá más madura, no lo sé, pero ya la quiero tener aquí con nosotros.

—En sus cartas se advierte a una joven madura —apuntó él— Nos cuenta sus avances y sus aprendizajes, todo ello me emociona, me llena de orgullo y siento que ha valido la pena soportar su ausencia. Pero ya estamos cerca de su regreso, ya ves que nos contó en su última carta que saldrían justo en el Año Nuevo, porque no quieren sufrir otra tormenta de verano en altamar; espero que no les toque una tormenta invernal, mira que aquí no ha dejado de llover.

—¿Qué van a desayunar los patrones? —preguntó Petra, dejando el chocolate.

La señora pidió unos blanquillos estrellados acompañados de frijoles refritos y el señor los pidió revueltos con longaniza, también guarnecidos con frijoles.



*

La nortada a duras penas dejaba ver el sol en la campiña teapaneca. A las cinco de la tarde, la lluvia era copiosa, con relámpagos y viento. Don Ariosto, cubierto con una capa de piel, revisaba su plantación de cacao montado en un bayo español purasangre; su esposa le había suplicado que no fuera solo y que se llevara a uno de los peones.

—No te preocupes, mujer, no haré ningún trabajo físico, solo quiero ver la plantación del fondo, porque tiene días que no me acerco por allá y tengo miedo de que le caiga alguna plaga; el capataz me dijo que todo está en orden, pero algo me hace dudar y quiero verificarlo yo mismo.

*

Cuando el cacaotero se paró en los estribos de su montura para mirar de cerca una mazorca de cacao, al árbol de aguacate que le servía de madre le cayó un rayo. La descarga eléctrica fue tal, que el aguacate quedó fulminado junto con el bayo purasangre; don Ariosto estuvo inconsciente por un rato con el caballo electrocutado sobre su pierna derecha. Sus botas, la capa y la montura sirvieron de aislante para que no pereciera con la descarga, a más de que al pararse en los estribos se despegó del animal y eso también ayudó para que no se electrocutara. Sin embargo, el impacto fue tan fuerte que, a pesar de que volvió de la inconsciencia, no se pudo mover, ni hablar, solo oía, veía y respiraba. La lluvia siguió cayendo con fuerza y comenzó a inundarse el lugar donde, boca arriba, yacía inmóvil don Ariosto. El agua comenzó a subir y la sintió en las orejas. La noche cayó y el agua seguía subiendo.

*

Al notar que don Ariosto no regresaba, su mujer le ordenó a José que se fuera con otros peones a buscarlo a la plantación del fondo. José, Juan, Venustiano, Tomasín y dos peones más ensillaron caballos y salieron en busca del patrón. Solo llevaban tres lámparas de petróleo cuidando que no se apagaran con la copiosa lluvia; cuando llegaron al lugar, se dividieron en tres grupos para peinar la zona y empezaron a gritar:

—¡Patrón, patrón!

Don Ariosto escuchó los gritos de los peones, pero no podía moverse ni hablar y el agua lentamente le cubrió los oídos. Los peones alumbraban el lugar con dificultad, sin ver más que plantas de cacao, aguacate y laurel; pero no veían por ningún lado a don Ariosto. Y siguieron gritando.

—¡Patrón, patrón!

Arango empezó a oír los gritos sordos, porque el agua ya le cubría los oídos y poco a poco se iba acercando a la comisura de la boca. Estaba viviendo una terrible agonía, entre la angustia y la desesperación de querer moverse, de querer gritar ¡aquí estoy!, y saber que era inminente su muerte por ahogamiento. Los peones siguieron con sus gritos, cabalgando a paso lento entre los madreños. El agua cubrió la boca de don Ariosto y a duras penas respiraba; entre las gotas que salpicaban y se introducían en su nariz, su muerte era cuestión de minutos.

*

Un relámpago iluminó el cielo y Venustiano vio los herrajes de la montura de don Ariosto; dirigió su lámpara hacia el lugar y le dijo al peón que lo acompañaba:

—Mira para allá, me parece que brilló el freno del caballo del patrón, ¡vamos!

Se dirigieron al lugar y encontraron al caballo pero no veían al hacendado. Venustiano comenzó a gritarle a sus compañeros.

—¡Epa! ¡Acá está el caballo del patrón, vengan para acá!

Los peones restantes galoparon hacia donde estaba Venustiano, se apearon para acercarse más y José logró ver que entre el charco de agua asomaba la nariz de don Ariosto.

—¡Aquí está el patrón! ¡Ayúdenme!

Con fuerza metió las manos por la espalda de don Ariosto, hacia las axilas y jaló tratando de incorporarlo.

—¡Ay, mi Dios! Parece que está muerto —se lamentó Juan.

—¡No! Siento que aún respira, vamos a llevarlo a la casa grande —replicó José.

—Vamos a poner dos bestias juntas, la mía y la de José, que son las de mejor rienda, sobre ellas pondremos al patrón y nosotros vamos jalando a las bestias, mientras los demás alumbran el camino —ordenó Venustiano.



Así trasladaron a don Ariosto hasta su casa. Al verlos llegar, doña Federica se llevó una mano a la boca y comenzó a llorar.

—¿Qué le pasó a mi marido?

Los peones, mudos y acongojados, cargaron el cuerpo y lo pusieron yaciente en el corredor.

—¡Petra, trae unas toallas y mantas para secar al patrón! —gritó Juan.

Petra llevó lo que le pidieron y entre todos arroparon al hacendado, quitándole el exceso de humedad. Cuatro de ellos lo cargaron nuevamente para llevarlo a su habitación, pero antes de colocarlo en la cama pidieron ropa seca para cambiarlo. Una vez arropado lo depositaron en el lecho y lo taparon con cobijas.

Doña Federica se sentó junto a la cama, le colocó una mano en la frente y le habló, pero don Ariosto solo movía sus azules ojos, no respondía palabra alguna. El reloj de pared del comedor ya había dado las diez de la noche, pero por la gravedad en que don Ariosto se encontraba, a doña Federica no le importó y le ordenó a Venustiano que fuera por el doctor Luque hasta Teapa. Ni tardo ni perezoso, sin importarle la lluvia, el viento y los rayos, el peón se arrancó a todo galope hacia el pueblo.

*

Venustiano llamó con insistencia a la puerta del doctor Luque, pero al ver que no salía, comenzó a gritar.

—¡Doctor! ¡Doctor! ¡Doctor!

El médico no salía, la que sí salió fue la vecina, doña Luisa Melo, que enojada se asomó por su ventana.

—¿Qué cabrón gritas? ¡Ya me despertaste, malnacido!

—Usted disculpe, doña, pero busco al doctor por una urgencia en La Esperanza.

Doña Luisa, al escuchar que se trataba de la hacienda de los Arango, cambió el tono, pero aún molesta, le dijo:

—Pues el doctor no está, anda jugando baraja en casa de su compadre Pablo del Águila, aquí a la vuelta.

—Gracias, doñita, y usted disculpe —dijo Venustiano, alzándose el chontal.

Montó nuevamente y se dirigió a la casa de don Pablo, sin saber en dónde quedaba, pero pensando que no eran muchas casas, y de que la encontraba, la encontraba. Cabalgó a paso lento cuando advirtió que, tras las hojas de made-



ra entreabiertas de una ventana se apreciaba la luz de unas velas y se escuchaban voces; entonces decidió llamar a la puerta, arriesgándose a una agresión.

—¡Buenas noches!, ¡buenas!

En el interior callaron las voces.

—Parece que llaman a la puerta.

—Sí, eso parece, iré a ver quién es.

—¿Qué desea? —preguntó don Pablo.

—Buenas noches, don, buscó al doctor Luque. Mi patrón, don Ariosto Arango, se accidentó en los madreos de la hacienda.

—¡Caramba!, claro que sí, aquí está el doctor. ¡Compadre! ¡Compadre! Te buscan.

El doctor Luque se puso en pie y salió apresurado para saber de qué se trataba, al encontrarse con Venustiano le preguntó:

—Pero ¿qué le pasó a mi amigo?

—Lo encontramos en los madreos debajo de su caballo muerto. No puede hablar, ni moverse, solo mueve los ojos y respira. No sabemos qué le pasó, porque el lugar donde lo hallamos estaba oscuro.

—¡Qué barbaridad! Vamos de una vez para allá.

Se despidió, se colocó el sombrero y la capa y fue por su caballo a la caballeriza de la casa. El doctor Luque y Venustiano cabalgaron en medio de la noche lluviosa rumbo a la hacienda.

*

El 26 de febrero de 1858, Amanda y Aurora viajaban de regreso a México en el vapor Sir Robert. Salieron de La Habana y estaban próximas a llegar a Veracruz. Eran las seis de la tarde y el día moría con lentitud, la yema de huevo del ocaso se iba sumergiendo en el mar. Aurora, parada en la barandilla de estribor, contemplaba el atardecer. No hallaba acomodo, algo, sin saber qué, la mantenía inquieta, sentía una opresión en el pecho, pero no descubría el motivo. En silencio dialogaba consigo misma. «¿Qué me pasa? Se supone que debo estar contenta de regresar a mi tierra, a la hacienda; feliz porque veré a mis padres después de dos años, volveré a cabalgar en el colorado. Con lo lindo que es despertar en el campo tabasqueño, cálido, lleno de luz y vida, sus aromas, el sonido de las aves, del ganado de ordeña, volver a tomar verdadero chocolate. Pero no, algo me preocupa y no sé qué es, siento tanta angustia que



quisiera gritar». Lanzó un hondo suspiro y caminó hacia una poltrona junto a su tía Amanda, quien al caer la tarde dejó su lectura, colocó el libro sobre su pecho, cerró un momento los ojos y, sin abrirlos, al escuchar que su sobrina se sentaba a un lado, dijo:

—No te impacientes, estamos cerca de Veracruz, pronto verás a tus padres.

—Ay, tía, no sé qué me pasa, me siento rara, como preocupada por algo, angustiada y no sé por qué. Tengo una opresión en el pecho, me cuesta trabajo respirar.

—Impaciencia del corazón, quizá se te acumuló la ansiedad por el regreso, ¿has tomado mucho café?, ¿tienes taquicardia?, ¿te sudan las manos?

—No, tía, no he tomado mucho café y mi corazón late normal, tampoco me sudan las manos; sin embargo, siento miedo y no sé a qué, algo me preocupa y no encuentro el motivo, no se me quita esta aflicción, es como un mal presentimiento.

—¡Pamplinas! ¡Nada de eso! Ya verás que es la ansiedad de volver a tu terruño. Hace tiempo que soñabas con regresar. Saber que pronto despertarás en tu cama, con los sonidos de las peas, las zucuas, los pijules, las torcaces, el ceniztli de cuatrocientas voces, sentir el olor de los desayunos que hacen Petra y Chabela, todo eso te provoca ansiedad; trata de relajarte, respira hondo y pon tu mente en blanco.

Aurora sonrió y cerró sus hermosos ojos verdes.

*

La madrugada del 27 de febrero de 1858, en La Esperanza, el doctor Luque observó a don Ariosto, puso la mano derecha sobre la frente del hacendado y la izquierda en forma de cono sobre su pecho; trató de escuchar con el oído izquierdo el corazón y la respiración del accidentado. Revisó sus signos vitales y la angustia se apoderó de él; seguía revisándolo sin saber qué tenía.

—¿Qué tiene mi marido, doctor? —preguntó doña Federica, entre sollozos.

—No lo sé, revisé con acuciosidad sus signos vitales y no descubro qué lo puso en esa situación. ¿Tendrá un café que me obsequie? Necesito pensar con claridad —contestó el médico con honestidad.

—Sí, claro.

El doctor observó de nuevo a su amigo sin saber qué tenía. Llegó Chabela con el café y él se sentó a tomarlo, pensando acerca del padecimiento del ca-



caotero. Cuando terminó su café, dejó la taza en la cómoda y caminó alrededor de la cama, pensando en voz alta.

—Dice el caporal que lo hallaron debajo de su caballo muerto. Si al caballo lo atacó alguna fiera, Ariosto se habría defendido y no tendría estos síntomas. ¿Qué será? También no deja de llover desde hace varios días. Ahora caigo, quizá sea... Doña Federica, vamos a desvestir a Ariosto hasta dejarlo desnudo.

Entre los dos comenzaron a despojar a Arango de su vestimenta, mientras este solo movía los ojos tratando de expresar algo. Una vez desnudo, el doctor Luque observó que tenía quemaduras en la cara interna de las pantorrillas y en la mano izquierda.

—Creo saber qué pasó. Volvamos a vestirlo y, por favor, llame a Venustiano para que me lleve a donde está el caballo de Ariosto.

Después de arropar al finquero, doña Federica llamó a Venustiano, que se encontraba en el corredor de la casa.

—Lleva al doctor a donde encontraron a mi esposo.

—Sí, patrona, ahora mismo.

Doctor y capataz se pusieron sombreros y capas, y cabalgaron hasta donde estaba el cadáver del penco. Ya eran las seis y media de la mañana y comenzaba a clarear; al llegar se percataron del árbol de aguacate calcinado por el rayo, el doctor recargó los antebrazos en la manzana de la silla y observó por un momento. Se apearon y revisaron los restos del árbol y del caballo. Cuando el médico comprobó que el bayo estaba quemado, ya no le quedó la menor duda.

—Ya ves, Venustiano, a ese árbol le cayó un rayo y ese mismo rayo mató al caballo; de milagro el hombre está vivo.

*

En el puerto de Veracruz, las Arango fueron recibidas por Mario Montejó Arango, hijo de Amanda, quien después de los abrazos alegres y efusivos, las condujo en un carruaje a la casa de su madre. Ordenó a sus trabajadores que bajaran el equipaje y llamó a su madre para rendirle cuentas en la biblioteca. Aurora seguía con la ansiedad de llegar a su casa, se tronaba los dedos, se mordía los labios, iba y venía por el corredor, sentía que estaba perdiendo un tiempo valioso y rogó para que se embarcaran rumbo a Tabasco.

A las mil y quinientas salió doña Amanda, llamó a Aurora para que desayunaran antes de partir. La niña estaba inapetente, sin embargo, comió un pan

con mantequilla y tomó café con leche. La tía se percató de que Aurora seguía ansiosa y le comentó:

—Calma, mi niña, Mario contrató un vapor para llevarnos hasta la finca, así que ahorraremos mucho tiempo, llegaremos antes de lo previsto; en tu viaje anterior iban en una goleta, ahora iremos con máquina de vapor, no importará tanto el viento y no se necesitarán remo ni palanca. Te pido que te calmes, que disfrutes el desayuno, ya falta menos para que llegues a tu terruño.

Aurora quedó encantada con la noticia.

—Muchas gracias, tía. Muchas gracias, primo; gracias por consentirme tanto.

Sonrió y tomó otro pan, le untó mantequilla y sus ojos verdes volvieron a brillar. Mario sonrió y después de darle un sorbo a su café, comentó:

—No hay de qué, primita, lo hago con gusto, sabes que te queremos mucho. La salida del barco está programada para las once de la mañana y estimo que estarán en la finca como a las tres o cuatro de la tarde de mañana, pues tiene la velocidad de un clíper de vela pero con la ventaja del vapor.

—Entonces debemos apurarnos. ¿Dejarás algo aquí o piensas llevarte todo?

—Sí, tía, me llevaré todo.

Contentos terminaron de desayunar y a las diez de la mañana abordaron el vapor Sotavento, contratado solo para ellas. Aurora tenía sentimientos encontrados porque a pesar de sentirse agradecida y emocionada con la posibilidad de llegar antes de lo previsto, la aflicción que sentía persistía en su alma.

De regreso a la casa grande, el doctor Luque se apeó y se dirigió a la habitación de don Ariosto.

—A tu marido le cayó un rayo —le dijo a doña Federica.

—Pero, ¿cómo?

El médico colocó la mano izquierda sobre la frente de su amigo.

—Deduzco que el rayo cayó en un árbol de aguacate, Ariosto estaba montado en su caballo junto al árbol y el impacto lo alcanzó. Infero que estaba parado en los estribos y eso lo salvó, porque tiene quemaduras en la cara interna de las pantorrillas y en la mano izquierda, con la que seguramente sostenía la rienda. De haber estado sentado, lo más probable es que ya no estuviera con nosotros, pues el caballo está completamente quemado, el impacto debe haber sido tan fuerte que, no obstante el cuero de la montura y las botas, sufrió quemaduras severas y la inmovilidad quizá se deba a un daño en la médula espinal. Anoche le toqué las vértebras cervicales y al simple tacto no encuen-



tro ningún daño, por eso digo quizá; discúlpeme por no dar un diagnóstico certero al respecto, pero prefiero ser honesto con usted.

Un par de lágrimas rodaron por las mejillas de don Ariosto al escuchar el relato de su amigo.

—Ahora iré a la botica a preparar un ungüento para las quemaduras y traeré otros remedios, buscando mejorar su estado. Me siento triste e impotente ante esta situación.

Doña Federica escuchó al doctor sin expresar palabras, trataba de ser fuerte y controlar su llanto, sin conseguirlo.

*

Tal y como previó Mario, no obstante el mal tiempo, a las cuatro de la tarde del 28 de febrero de 1858, el vapor Sotavento arribó a La Esperanza. Al divisarlo, Tomasín alertó a Juan y José de que llegaban personas desconocidas. Alistaron sus machetes con desconfianza y se acercaron a ver de qué se trataba; cuando distinguieron los rubios y lacios cabellos de Aurora, corrieron a recibirla con alegría, le gritaron a Petra y a Chabela para que se acercaran a ayudar. Cuando descendieron del barco, tía y sobrina notaron algo extraño. Había más caballos de lo normal atados en el pórtico y a pesar de la gritería de los trabajadores, ni doña Federica ni don Ariosto se acercaron a darles la bienvenida.

El corazón de Aurora comenzó a latir aceleradamente; el mal presentimiento se acrecentó en su alma. Amanda se preocupó porque no estaban su hermano y su cuñada, y pensó que Aurora sí había sentido algo. Las Arango caminaron por las piedras puestas sobre el lodo a manera de puente hasta la casa grande, desde donde se escuchaban voces. Al entrar vieron sentados en la sala al sacerdote Jesús, el doctor Pedro y el tío de Aurora, Gabriel Iduarte, quienes platicaban, pero al advertir su presencia guardaron silencio.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó sintiendo que el corazón se le salía.

—Están en la habitación, mi niña —respondió Petra, quien entraba con una pequeña maleta.

Aurora corrió hacia la alcoba de sus padres y se enfrentó con la terrible escena. Doña Federica, sentada junto a la cama, llorando, no se dio cuenta de que había llegado; al verla entrar se puso en pie y corrió a abrazarla.

—¿Qué le pasó a mi papá? —preguntó Aurora, atónita.

Federica, sacando fuerzas de flaqueza, le contó las deducciones del médico, y agregó:



—No se puede mover, no puede hablar, solo mueve los ojos y ahora arde en fiebre; todo indica que también tiene pulmonía por el tiempo que estuvo inmóvil en el agua. El doctor dice que ya no hay nada que hacer, solo esperar, por eso está aquí el padre Jesús, quien ya le puso los santos óleos.

Aurora soltó el llanto y se tiró a la cama abrazándose al cuerpo de su padre. Amanda escuchó lo narrado por Federica y llorando corrió a abrazar a su cuñada.

Aurora sollozaba sobre el cuerpo inerte de su padre, cuando este despertó y abrazó a su amadísima hija.

—Hijita, ya estás aquí, que alegría verte.

Doña Federica comenzó a gritar de felicidad.

—¡Doctor, doctor!, ¡venga por favor! Mi marido puede hablar y se puede mover.

El médico entró en la habitación y puso la mano izquierda en la frente de don Ariosto.

—¡La fiebre cedió!, ¿cómo te sientes, Ariosto?

—Muy bien.

Las mujeres lloraban de felicidad, pero el doctor no sonreía, al contrario, su rostro tenía un rictus de dolor.

—¡Papacito, ya sanaste!

Don Ariosto sonrió.

—Federica, antes de que otra cosa suceda —dijo—, en el baúl negro que está en la biblioteca, están los papeles del rancho, de todo cuanto tengo, el ganado, las plantaciones, las goletas y todo lo demás. Sabes que todo es para ustedes, para ti y mi adorada Aurora.

Mientras que don Ariosto instruía a su esposa de todo lo que debía hacer si él faltaba, Pedro Luque salió de la habitación y con dolor en el corazón le dijo al sacerdote:

—Te comunico que, de acuerdo a lo que conozco de mi ciencia, Ariosto está en la lucidez terminal o mejoría de la muerte, a menos que se trate de un milagro, pero en eso tú eres el experto, anda a verlo.

El presbítero se puso en pie y entró a la habitación.

—¡Es un milagro, padre! Ariosto recuperó el habla y la movilidad —exclamó Federica.

El cura rodeó con sus brazos a las señoras y se acercó a la cama.

—¡Bendito sea Dios!, qué gusto verte recuperado, amigo Ariosto.



El hacendado sonrió agradecido y contó lo que le había sucedido, confirmando que Luque tenía razón en sus deducciones; todos estuvieron atentos a su relato, hasta que fue interrumpido por una profusa tos que le impidió continuar. El médico sugirió que descansara y todos se retiraron de la alcoba, excepto Aurora, quien le pidió permiso a su madre para dormir ahí, porque no quería separarse de su padre.

*

Al día siguiente, el mugido de las vacas y el gorjeo de las calandrias despertó a los Arango. Eran las seis de la mañana y se sentía el aroma a chocolate que preparaba Petra; a lo lejos se escuchaban el ladrido de los perros, los silbidos y gritos de los vaqueros jopeando al ganado, los cascos de los caballos entre el agua encharcada. También se escuchaban las peas, las chachalacas, los pijules, las zacuas y otras aves.

—No saben cómo extrañaba estos amaneceres, estos aromas, estos sonidos y, sobre todo, a ustedes —comentó Aurora.

Ariosto miró a su hija con regocijo y después a su esposa.

—Ya ves, Federica, volvieron las auroras con Aurora.

El hacendado tornó los ojos hacia el techo, sin parpadear, y en sus labios se dibujó una sonrisa de agradecimiento. Fueron los precisos instantes en que su pulso se detuvo. Federica le preguntó:

—¿Vas a querer chocolate?

Como no hubo respuesta, volvió a preguntar:

—Ariosto, ¿vas a querer chocolate?

Aurora y Federica se miraron.

—¡Papá!

—¡Ariosto!

Llorando, se abrazaron al cuerpo inánime de don Ariosto Arango.

*

La mañana del 1 de septiembre de 1858, mientras desayunaban, Federica le dijo a su hija:

—Hoy cumple seis meses de muerto Ariosto. Debes ir pasando tu duelo y pienso que te podría ayudar acudir a la escuela del padre Jesús; la convivencia

con otros jóvenes puede ir paliando tu pena. Te noto delgada, ojerosa, estás inapetente, a duras penas pruebas bocado y eso me preocupa. El tónico que nos dio Pedro Luque te ayuda, pero no del todo, temo que te enfermes.

Aurora, con el semblante pálido y la mirada triste, contestó:

—Está bien, mamá. Aquí todo me recuerda a mi padre, está en todos los objetos de la finca. Si me acerco al río, recuerdo las veces que viajamos y particularmente cuando me caí por correr a preguntarle sobre la corriente del río y él me dio una catedra de hidrografía tabasqueña, y me explicó que los golpes físicos duelen menos que los golpes del alma, ¡y qué razón tenía!

Hizo una breve pausa para secarse las lágrimas.

—Cada vez que acaricio y monto al colorado me da por llorar recordando la Navidad en que me lo regaló. A veces quiero cerrar el libro, levantarme de la mecedora y salir al corredor para verlo sentado fumando un puro y pensar que se trata de una novela triste que estoy leyendo, o despertar de una horrible pesadilla y correr a abrazar a mi padre.

El llanto impidió que Aurora continuara hablando y corrió a su habitación para abrazar a Pita.

Federica Iduarte arregló la entrada de su hija a la escuela.



ROMANCE Y GUERRA

*Cuando, al mirarnos, tu belleza admiro
y algo en tus ojos mi pasión anima,
solloza el imposible hecho suspiro,
y ese suspiro se transforma en rima*

J. M. Bastar Sasso

I

Septiembre de 1860

—¡Son años muy difíciles para el país! Con la lucha interminable entre liberales y conservadores, nuestra patria no puede avanzar.

Eso decía el profesor Áyax Beltrán a sus alumnos de la escuela católica de la villa.

Sus estudiantes lo escuchaban con atención, en especial Aurora, quien observaba embelesada a su profesor y no despegaba sus grandes ojos del apuesto charro docente. La admiración que sentía por él, por su sapiencia, por su seguridad al hablar, con pleno conocimiento de los temas que impartía, gestaron en ella un amor platónico.

Minutos después de que el profesor terminó sus reflexiones, entró al salón el padre Jesús, con la bonhomía y la parsimonia que lo caracterizaban.

—Buenos días, profesor. Buenos días, jóvenes. Me atrevo a interrumpir la clase porque ha menester comunicarles que se llevará a cabo una kermés a efecto de recaudar fondos para el santuario de Guadalupe y para los niños pobres. Me gustaría que participaran todos, también usted, maestro; se trata de que todos colaboremos para una buena causa. Por ejemplo, tengo conocimiento de que Aurora hace unos postres muy ricos y que sabe tocar el piano



de manera excepcional; Marcela, por su parte, cocina un mone de puerco delicioso y Julia puede traer el chocolate, el pozol y las aguas de frutas. Podremos vender la comida, los postres, las aguas y cobrar por el recital de Aurora. Los varones pueden ponerse de acuerdo con el profesor Beltrán y organizar el jaripeo y la competencia de tiro al blanco, cobrando la inscripción para participar. Andrés Prats donó un potro, que puede ser el premio para el jaripeo y veré si don Juan Sánchez me dona un revólver para hacer atractiva la justa de tiro a la diana. ¿Qué opinan, jóvenes?, ¿maestro?

—Cuenta conmigo, padre, organizaremos lo que me pide.

En el salón el murmurio era casi ensordecedor, todos los estudiantes, entusiasmados, hablaban al mismo tiempo, no se entendía lo que decían, hasta que el profesor puso orden.

—¡Silencio, jóvenes! Si quieren hablar, pueden hacerlo, pero en orden.

De pronto reinó el silencio en el aula y Aurora rompió el mutismo para preguntarle al sacerdote:

—¿Cuántas piezas desea que toque en el recital?

—Vamos a programar una hora de concierto, de cinco a seis de la tarde. Calcula cuántas piezas puedes ejecutar en ese lapso.

Aurora asintió con la cabeza y sin perder la oportunidad, volteó a ver al maestro, quien se percató de la mirada y no pudo evitar un vuelco en el corazón.

*

El sábado 15 de septiembre, so pretexto de la conmemoración de la independencia de México, se efectuó la kermés organizada por el padre Jesús en el atrio del santuario de Guadalupe, en Tecomajiaca. La competencia de tiro y el jaripeo se desarrollaron a la vuelta de la iglesia, en el rancho de Julio Sánchez. En el costado derecho del atrio, debajo de unos almendros, Marcela, Julia y Aurora pusieron unas mesas donde ofrecieron las viandas que ellas mismas prepararon. En el costado izquierdo se expendieron imágenes religiosas, escapularios y rosarios, bendecidos por el sacerdote. En el centro de la explanada estaban las mesas de juegos de azar, naipes y lotería mexicana.

Al pie de la puerta de la parroquia se colocó una pianola propiedad de la familia Brindis, en la que Aurora ejecutó su recital; se cobró una módica cantidad en reales por asistente y se colocaron sillas de madera a fin de que los espectadores disfrutaran cómodamente de las melodías. Como se había



programado, a las cinco de la tarde inició el concierto; todas las localidades estaban ocupadas, incluso había gente parada en el atrio y los alrededores, y los escuchas aplaudían cada vez que concluía una melodía.

Áyax, que fungía como juez en el jaripeo y la competencia de tiro, escuchó los aplausos y se dirigió al lugar; llegó justo en la última pieza, *La Polonesa*, de Chopin. Cuando Aurora iniciaba, se percató de la presencia de Áyax. Los rubores le subieron al rostro pero ejecutó la melodía extraordinariamente; profesor y alumna se miraban mientras el tema musical transcurría, como si la música los uniera en un acto carnal. Comenzaron a excitarse al compás de los tempos, los largos, los lentos, luego el *adagio* y de pronto un *allegro* y el regreso a un moderato, para culminar con el presto emulando el clímax. Áyax y Aurora sintieron una conexión especial, sus espíritus se enlazaron en un apareamiento extrasensorial.

El profesor, contrariado, regresó al jaripeo y no daba pie con bola, no atinaba a juzgar con ecuanimidad las justas, su mente estaba ocupada por la imagen de Aurora tocando la pianola, su verde mirada y esa sensación erótica que le provocó la pieza musical. Le pidió a su primo Fernando que se encargara del evento que estaba por concluir y se retiró a su rancho a meditar lo sucedido.

Aurora, sintiendo lo mismo que Áyax, con remordimiento de conciencia se disculpó con el padre Jesús, le encargó a Marcela la venta de los postres y se retiró a su hacienda. Sin saberlo, cada uno en su casa, no dejaban de pensarse, sus almas dialogaban en lo ignoto, sus corazones se aceleraban recordando el momento cumbre de la melodía y él soñaba con los ojos verdes de ella, mientras ella deliraba por el varonil talante de su profesor.

Cupido había hecho una de las suyas.

*

El lunes siguiente, Áyax no sabía ni cómo pararse ante el grupo, estaba nervioso, lo mismo que Aurora, quien no despegaba los ojos de su cuaderno de apuntes, y no se atrevía a alzar la cabeza para mirar a sus compañeros. Áyax les pidió que realizaran un ensayo de dos cuartillas relativo a la opinión personal que les merecieran las leyes de Reforma anunciadas por el presidente Juárez; una vez que concluyeran, debían entregarlos y se podían retirar a sus casas. Uno a uno fueron entregando sus escritos, pero Aurora no se levantó de su lugar y quedaron solos en el aula. Ella seguía sin atreverse a levantar la cabeza,



sudaba y se ruborizaba constantemente; solo llevaba media cuartilla y no pudo seguir escribiendo. Sintió la fuerte y penetrante mirada del profesor; no pudo más y, sin mirarlo, entregó el ensayo inconcluso y salió sin decir palabra. Áyax recibió la hoja y vio cómo Aurora salía del salón.

Al día siguiente, el maestro comentó uno por uno los ensayos, sin mencionar la falla de Aurora. Casi todos estaban de acuerdo con la legislación juarista, y solo dos alumnas la criticaban, aduciendo que se afectaba la fe católica, incluso, que se trataba de ordenamientos dictados por el diablo. Con madurez, sin aspavientos, Áyax les explicó que la fe no se estaba afectando, que no se perseguía en modo alguno la creencia en Dios, que solo se trataba de la separación del poder eclesiástico del poder público, que entre otras cosas los curas ya no podrían cobrar por sepultar a los ricos en las iglesias y a los pobres en el camposanto, que en realidad lo que se afectaba era la cartera del clero, mas no la fe o la creencia del pueblo. Las jóvenes no aceptaron las explicaciones del profesor, sin embargo eso no perturbó la paciencia de Beltrán, ni mucho menos el transcurso de la clase.

*

Y así pasaron los días de estudio. Las miradas y los sonrojos aumentaron, sin embargo, no pasaban de eso. Cada día era más evidente para los estudiantes que Aurora sentía algo por el profesor y que a él no le era indiferente. Aurora callaba a todos la pasión que experimentaba por el maestro, solo exhalaba hondos suspiros cuando finalizaba la clase y Beltrán se retiraba del aula.

Petra, la cocinera, era la única que sabía los secretos de Aurora, pues la observó cuando se emocionaba cada mañana al alistarse para ir a clases, arreglándose lo más bonita que podía para que Áyax no dejara de mirarla como lo hacía. Una tarde, en el corredor de la casa, la joven leía poemas de Gertrudis Gómez de Avellaneda: «Volaban los años, y yo vanamente / buscando seguía mi hermosa visión... / Mas dio al fin la hora; brillar vi tu frente, / y «es él», dijo al punto mi fiel corazón. / Porque era, no hay duda, tu imagen querida / —que el alma inspirada logró adivinar— / aquella que en alba feliz de mi vida / miré para nunca poderla olvidar». Cerró de golpe el libro, suspiró hondo y tornó la mirada al cielo, como súplica de amor.

—¡Ay, mi niña!, se me hace que está usted enamorada —dijo Petra, acariciando sus cabellos.



—Sí, Petra, estoy enamorada de un amor imposible. Si lo vieras, es tan varonil, tan apuesto y sabe tantas cosas —reconoció Aurora, ruborizada.

—Pero ¿por qué dice usted que es imposible?

La señorita Arango observó unos instantes a la cocinera, dudando si confesar o no de quién estaba enamorada.

—Se trata de mi profesor, Áyax Beltrán.

—¡Ay, Dios de mi alma! No, mi niña, no me diga eso. Ese muchacho tiene muy mala fama de mujeriego y violento, además está casado y tiene dos hijas. No, por favor, mi niña.

—Lo sé, Petra, lo sé. Por eso digo que es un amor imposible, pero, si lo vieras, ¡ay, Dios!, es tan... Solo te pido que no le digas nada a mi madre.

—No se preocupe, mi niña, no diré nada a nadie. Su secreto está a salvo conmigo, por la memoria de mi patrón, don Ariosto, se lo juro.

Después de acariciarle la cabeza, Petra se retiró hacia la cocina. Aurora permaneció un rato más en el pórtico, leyendo poemas; después, decidió escribirle una carta a su amiga londinense, Rebecca, contándole de su prohibido amor. Le narró todos los pormenores de su secreto pasional, de la admiración por el docente, de la angustia en su corazón por saberlo imposible y finalizó la misiva pidiéndole que cumpliera su promesa de visitarla.

*

Áyax padecía del mismo mal. Tenía la mente ocupada por la mirada verde y los cabellos rubios de Aurora. No hallaba paz por la marea de pensamientos y sentimientos que lo atormentaban día con día; desde que despertaba, su mente viajaba buscando aquella silueta femenina. Procuraba ocuparse en las actividades cotidianas del rancho, iba a la ordeña desde temprano, luego revisaba las plantaciones de plátano, le daba instrucciones a Evelio y después se metía a su biblioteca, escudriñaba entre los libros alguna lectura que lo distrajera, que quitara de su mente aquella mirada, empero cada libro, cada frase que leía, le recordaba de alguna u otra manera a la rubia.

—¡Carajo! Yo, que he gozado el amor de muchas mujeres, que he disfrutado tantos cuerpos voluptuosos de carne tibia y firme, que he libado la miel de infinidad de labios femeninos y me he quemado en la ardiente «y» griega del vientre de muchas vírgenes criollas, ¿qué cabrón me está pasando ahora?, ¿por qué no puedo dejar de pensar en ella?



Y luego de reflexionar, llegaba siempre a la conclusión de que no era ético enamorar a una alumna, y procuraba a toda costa borrarla de su mente; sin embargo, todos sus esfuerzos eran en vano, porque ella seguía apareciéndose en todo cuanto hacía. Era tal su congoja, que decidió contarle a su primo Alejandro Bastar, y pedirle un consejo que le aliviara el tormento. Montó en su palomino Dorado y a paso lento fue hasta el rancho de su primo; mientras iba a lomos de su preciosa bestia, siguió con ese maremágnum mental, que por más que trató de enderezar, el destino se encargó de torcer.

Áyax llegó al rancho de Alejandro, quien se encontraba potreando un penco tordillo.

—¿Qué hubo, primo? ¿Y ese milagro? ¿Qué te trae por acá? Desde que estás dando clases no te vemos.

Áyax sonrió, se apeó dejando libre al palomino y caminó hacia Alejandro.

—Primo, necesito tu consejo, creo que me estoy enamorando de una alumna.

—¿Cómo que de una alumna? Sabes bien que eso no es correcto. Tú, el más mujeriego de todos, ¿cómo te vas a fijar en una alumna?, ¿sabes los problemas que eso te puede acarrear?

—Claro que lo sé, y eso me atormenta, pues la jovencita me gusta tanto que en todo veo su imagen, todo me la recuerda, no hago más que pensar en ella y, a su vez, pienso en las nefastas consecuencias si tenemos un romance.

—Sabes que es indebido enamorar a una alumna, no entiendo a qué consejo te refieres —dijo Alejandro—, porque si querías escuchar que te dijera, ¡anda, llégale, disfruta de esa joven!, te equivocaste. Te aprecio mucho, por eso no te diré lo que quieres escuchar, prefiero decir la realidad de las cosas, aunque te encabrones. Así que recapacita y voltea hacia otro lado, al fin, mujeres hay como arroz, no te metas donde sabes bien que habrá problemas.

—¡Gracias, primo! Será difícil para mí, pero haré lo que esté a mi alcance para sacármela de la cabeza. Salúdame a mis tíos. Nos vemos luego.

—Sí, yo les doy tus saludos.

Los primos se despidieron con un saludo charro, poniendo la mano derecha en el ala del sombrero.

*

Llegó diciembre, la cena de Navidad en familia, el festejo del Año Nuevo y el platonismo seguía en los amantes espirituales, quienes no dejaban de pensarse

mutuamente. En enero de 1861, cerca de las fiestas del Señor de Esquipulas, al terminar las clases, los alumnos se retiraron a sus casas. Áyax salió al atrio de la iglesia para tomarse un chorote, y cuando regresó al salón para buscar sus pertenencias, advirtió una nota en el escritorio, debajo de uno de sus libros. Estaba firmada por Aurora y le pedía que se vieran en el manantial el Mure, a las cinco de la tarde. El corazón se le aceleró al máximo y, a la hora fijada, se presentó a la cita.

Al llegar, vio el corcel de Aurora amarrado en un árbol de mango. Aquel charro valeroso que jamás se vio flaquear, no pudo evitar que le sudaran las manos ante la belleza que se encontraba sentada en una piedra grande. Se apeó, ató su caballo junto al colorado, se quitó el chontal y, sonando las espuelas en las piedras, caminó tembloroso hacia la rubia, se sentó junto a ella y con viril arresto, dominando los nervios, dijo:

—Aquí me tienes, ¿querías hablar conmigo? Creo que es momento de poner los puntos sobre las íes.

Aurora estaba nerviosa, se agarró las manos y no atinó a pronunciar palabra. Se levantó, dio unos pasos hacia un lado, luego hacia el otro; tartamudeó y no pudo articular diálogo alguno. Áyax se puso en pie, se le acercó, la tomó de las manos y la miró a los ojos.

—Calma, respira hondo y a como lleguen las ideas a tu cabeza, así dilas, no le des tantas vueltas.

Después de unos segundos de silencio, Aurora expresó:

—Estoy apenada por muchas cosas. Usted debe pensar que soy una ignorante por la vez que no pude escribir más de media cuartilla sobre el tema que nos dejó analizar, pero no fue por ignorante, me ganaron los nervios, no soporté la idea de quedarme sola con usted. Le quiero decir que leí el boletín de prensa que nos repartió y estoy de acuerdo con las reformas juaristas. A pesar de lo que dicen mi madre y su familia, yo opino más como mi padre, que en paz descansa, estoy a favor de la República. Por otro lado, el día de la kermés, fue algo extraño, mágico diría yo, pero eso también me tiene apenada; dígame, ¿por qué me veía de esa forma? Antes de que me responda, confieso que yo también lo miré de forma distinta.

Áyax le soltó las manos, dio dos pasos hacia atrás, miró para ambos lados y contestó:

—Bien, así como te pedí que expresaras tus ideas, yo haré lo propio. ¡Me gustas!, ¡me gustas mucho! Ya sé que esto es indebido, pero como estamos solos y tratando de ser sinceros, era necesario decírtelo.



—Es mutuo, no nos hagamos tontos. Usted también me gusta y mucho, quizá piense que soy una libertina por expresarle que me gusta, pero créame que no, jamás lo había hecho. Es la primera vez que me gusta un hombre y que me atrevo a decir esto, tal vez por la confianza que siento con usted. Lo que me detiene y me hace sentir mal es que usted está casado, ese sí es un impedimento insuperable para mí. No dejo de pensar en usted y cuando recuerdo que es casado, sufro mucho porque es un imposible para mí.

Áyax se acercó, la tomó de las manos y se perdió unos segundos en sus pupilas dilatadas. Con la mano derecha acomodó las guedejas que caían sobre la mejilla izquierda de Aurora; siguiendo el curso de su mano, pasó por la sien, rozó levemente la oreja y llegó a la parte posterior de la cabellera. Antes de jalarla hacia él, murmuró *Memento mori, memento vivere*. Aurora sintió el jalón y cómo Áyax le oprimió los labios traviesos con los suyos obesos, para fundirse en el más largo y húmedo de los besos.



II

Los verdes prados de la campiña teapaneca se vistieron de colores, florecieron los macuilises, los guayacanes y los framboyanes. ¡Llegó la primavera! Y con ella floreció el amor en las riberas de los ríos Teapa y Blanquillo. El amor, ese sentimiento inefable, que hace a las almas tocar el cielo o padecer el castigo eterno, se presentó en los corazones de la alumna y el docente. Comenzaron las citas clandestinas, ya en el Mure, ya en Puyacatengo, a veces incluso en La Esperanza, cuando doña Federica se encontraba fuera.

La pasión clandestina iba en aumento, pero Aurora sufría remordimientos que la hacían dar marcha atrás, era como una especie de dos pasos para delante y uno para atrás, originando un amor prohibido fluctuando entre lo dulce y lo amargo, pero finalmente amor, en el que no solo existía la atracción física y sexual, sino una atracción más poderosa, la mental. Sus mentes estaban conectadas de tal forma que se presentían, se comunicaban a la distancia, como si existiese telepatía, a más de que se leían el uno al otro, es decir, conocían su lenguaje corporal al grado de saber con anticipación lo que el otro estaba pensando o iba a decir; esa conexión mantenía viva la llama de la pasión, aunque estuvieran separados o hubieran reñido por algún malentendido.

*

Dicen que la pasión vence a la razón y Áyax era víctima de sus pasiones. Obnubilado por el entusiasmo que le generaba Aurora, dejó la docencia para que no fuera un obstáculo entre ambos. Un domingo, se presentó en la oficina del padre Jesús antes de que se oficiara la misa del mediodía, para informarle su decisión y agradecerle la oportunidad de aportar sus conocimientos a los jóvenes estudiantes.

—¿Pero por qué, maestro? Entiendo que existen diferencias en nuestras formas de pensar, pero siempre se le respetó su cátedra.

—No es ese el motivo, padre, en verdad agradezco que se me permitiera hablar con libertad sobre mis ideas, aunque a veces el diácono Juan se metía a mi clase, me interrumpía y además iba de chismoso con usted, pero usted siempre fue muy gente conmigo y eso lo aprecio. Sucede que debo atender cuestiones de mi rancho que he dejado abandonadas.

—Ni hablar, entonces. Si no lo puedo retener, no me queda más que agradecerle haber participado en la enseñanza de los jóvenes, seguro estoy de que sus conocimientos sirvieron de mucho y habrán sembrado la simiente de la cultura jurídica en los fértiles cerebros de estas nuevas generaciones que nos vienen empujando. Vaya usted con Dios, estimado maestro, y recuerde que en mí tiene a un amigo.

—No dudo de su amistad, padre. De igual forma le reitero mi afecto.

Se retiró de la oficina parroquial y tomó rumbo a La Esperanza a lomos de su Dorado, tratando de acomodar las mil ideas de su agobiada mente. Aurora lo esperaba a la vera del camino, bajo un macuilís, sentada sobre una alfombra de flores color rosa. Áyax llegó a paso lento, se apeó y dejó libre al palomino; se sentó junto a su amada y comenzaron a charlar. Aurora no aguantaba los remordimientos y quería terminar la relación; sin embargo, Áyax pretendía ir más allá.

—Dejé las clases en el Liceo, también dejaré a mi esposa. Quiero hacer las cosas bien y formar contigo una familia.

Aurora, sorprendida por la noticia, con la mirada nublada, respondió:

—¡No, por favor, no! No quiero ser la causante de las lágrimas de tus hijas, no quiero romper un matrimonio, eso pesaría sobre mí toda la vida. Además, para tu familia siempre sería la otra, lo que tampoco estoy dispuesta a aceptar. Si de todos modos piensas dejar a tu esposa, adelante, pero no me involucres en eso. Con respecto a que dejaste la docencia, no tengo nada que decirte, voy a extrañarte, me gustaba verte, escucharte. Te cité para pedirte que esto termine de una vez, lo que hacemos está mal, por favor ya no me busques, no me escribas más.

Concluida su locución, pretendió montar en el colorado, pero Áyax la detuvo, la tomó del brazo y la jaló hacia él.

—¿Estás segura de lo que dices? Mírame a los ojos y dime que ya no me quieres.

Aurora evadió su insistencia hasta que él le sujetó el rostro.

—Dime que ya no me quieres —insistió.



Aurora bajó la mirada, movió la cabeza, intentó zafarse, hasta que, vencida su resistencia, lo miró tímidamente a los ojos y pronunció con voz débil:

—Te amo.

—No te escuché.

—¡Que sí, te amo! ¡Te amo con toda mi alma! Pero estoy decidida y prefiero sacrificar este amor; a pesar de que sé que voy a sufrir, no daré marcha atrás en mi decisión. Respeta mi determinación.

Áyax bajó la mirada y contempló unos instantes las flores de macuilís.

—Si esa es tu decisión, la respetaré. Prometo no buscarte, ni escribirte más. De todos modos te diré lo que venía a decirte. Dejaré a mi esposa y me iré a vivir al rancho de mis tías Luque, las hermanas de mi madre, que viven solas rumbo a Tacotalpa, les haré compañía por un tiempo. No me quiero despedir sin decirte que yo también te amo y tanto te he de amar, que dejo todo por ti. Adiós, Aurora.

Áyax montó en su caballo y se retiró a paso lento. Aurora, ahogada en llanto, vio cómo se alejaba el amor de su vida.

*

Llegó el verano de 1861 y el 17 de julio el presidente Juárez publicó un decreto mediante el cual se suspendió temporalmente el pago de la deuda externa. En esos mismos tiempos, doña Federica Iduarte ya sospechaba del romance de su hija y buscó salvarla a como diera lugar, por lo que procuró que la enamorara de Filiberto Ventura, un joven bueno, de la alta sociedad de San Juan Bautista, refinado y fífi, clerical y conservador: la antítesis de Áyax Beltrán.

El jovencito comenzó a visitar La Esperanza y, no obstante que al principio no le agradaba en lo absoluto a Aurora, con los días fue apreciando las virtudes del adinerado pretendiente. Esto era ignorado por Áyax, quien buscó olvidarla refugiándose en el trabajo de la hacienda El Colmenar, propiedad de las tías Luque, y que había pertenecido a su abuelo materno. Pero la conexión mental entre los enamorados era tal que cierta noche, al irse a acostar, estaba tan cansado que sin desvestirse se quedó dormido y tuvo un extraño sueño.

*

«Ven, siéntate un rato junto a mí, quiero que platiquemos en la tristeza del día que se muere. Aquí, sentados a la orilla de la laguna La Pólvara, contemplaremos



el atardecer y dialogaremos sobre lo nuestro, sobre lo que ha pasado en estos meses de relación clandestina. Tu novio y tu familia quieren alejarme de ti y parece que lo están logrando. ¿Qué es lo que sucede? Necesito una respuesta porque siento que la llama de la pasión que nos unía se extingue como el sol de este día, tiñendo de un color entre amarillo y bermejo a San Juan Bautista y en esa elegía vespertina que se mezcla con mi alma, necesito que me digas si seguiremos ocultando nuestros credos, con esta pasión triangular que nos daña, pero nos mantiene vivos en una tierra de muertos y nos mantiene tuertos en un mundo se ciegos. Sé que dirás que me amas y que nadie más que yo logró penetrar los más recónditos lugares de tu amor, pero te sientes culpable porque él te brinda un amor santo, un amor puro, colegial, mientras que conmigo vives una extraña pasión lasciva, pues soy el violador de tus sueños húmedos, el hombre que necesitas en las noches para sentirte mujer y que ya no quieres seguir haciéndole daño al que ha sido tan bueno. También dirás que las miradas de la gente te acusan de pecadora, de candidata al infierno, de vil, de abyecta, de mujer mala que juega con los sentimientos de dos hombres. Lo que no saben es que tienes un corazón tan grande que no cabe en tu pecho, un ingente músculo cardíaco que te permite amar a dos al mismo tiempo; yo te digo que no hagas caso de las opiniones moralistas, hipócritas y cobardes de personas que critican por envidia, porque ven en ti lo que quisieran ser y no pueden porque no se atreven y si tú necesitas de la combinación que forman la calma y la locura y con nosotros la encuentras, te pido que sigas aunque te quemen en la hoguera las inquisidoras lenguas de la sociedad. ¿Qué te pasa?, ¿estas llorando?. Ven, acércate, recárgate en mi hombro y desahoga toda tu amargura ¿Cómo?, ¿qué dices?, ¿que yo no te quiero?, ¿que nada más te uso? Quizás tengas razón, pero tú también me usaste, también has gozado con esta relación, nos hemos usado mutuamente. Pero anda, coge un cigarro y relájate, que yo haré lo mismo, tal vez con el humo nos tranquilizaremos y con la mente clara podremos charlar a gusto. Pero mujer, ¿qué te pasa? Contrólate, el nudo en la garganta que te impide respirar es por esta plática dolorosa, pero recuerda que debemos dejar en claro nuestra situación, si seguimos como hasta ahora, o terminas con él o terminas conmigo o terminas con los dos, lo que quieras, solo defínete. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Fue en la escuela, bromeabas con tus amigas y de pronto se encontraron nuestras miradas, tus grandes ojos verdes se clavaron en los míos y nació el febril romance que hemos vivido hasta hoy. ¿Qué?, ¿cómo? Pero ¿por qué?, ¿por qué me dices esto? No, si yo no... Oye, no te vayas, quédate otro rato aquí sentada, mira que ese color entre amarillo y



bermejo de la agonía desapareció y ahora reina la palidez de la luna, semejante a la palidez de la muerte. Qué irónico, ¿verdad? Este día emuló con su agonía y su muerte el ocaso y la noche de nuestro amor. ¿Que qué es lo que me pasa? Nada, es el viento que levantó arenilla y me irritó los ojos. ¿Que cuál viento?, ¿no lo sentiste? Es el cierzo, el viento frío, es el viento del sentimiento que roza nuestras caras, es la caricia de la muerte... ¿Que ya te vas? Bueno, entonces, adiós».

*

Un sobresalto lo puso en pie. Miró a su alrededor y advirtió que se hallaba en la habitación que sus tías dispusieron para él. Se percató de que aún estaba vestido y que todo había sido un mal sueño; sin embargo, se preguntó por qué había soñado que estaba en San Juan Bautista y que Aurora tenía novio, y lo atacó un mal presentimiento que no lo dejó dormir. A la mañana siguiente se levantó para supervisar la ordeña. Las huellas del desvelo eran evidentes, también el recuerdo del mal sueño seguía en su mente y le amargó el día; quería correr en busca de Aurora, a todo galope llegar hasta La Esperanza para decirle que la amaba, que la extrañaba, que no podía vivir sin ella, pero recordaba su promesa y reprimía sus impulsos.

Mas todo esfuerzo era en vano, y lo peor era que no solo sufría por la rubia sino que su cerebro era un enjambre, una marea de pensamientos y sentimientos que se agolpaban en su ser, un vaivén entre la pasión por Aurora y el amor que aún sentía por Nicole, a la que diario extrañaba pues vivía donde celebró el connubio con ella. A ratos quería volver a su lado, con sus hijas, continuar con la familia que había formado; recordaba cuando bautizaron a su hijo, los alumbramientos de sus hijas, la valentía de Nicole y su vocación de servicio, de siempre estar para lo que se necesitase, de su entrega incondicional y las lágrimas que derramaron ella y la pequeña Eloísa cuando abandonó el hogar. Su alma estaba atormentada a dos fuegos, no encontraba paz con nada ni nadie, su aspecto físico comenzó a deteriorarse con tantos desvelos y la falta de arreglo personal. Un día decidió visitar a sus hijas para saber cómo se encontraban; ensilló a su caballo y se enfiló con rumbo a Tecomajaca.



III

Entre tanto, Aurora recibía las visitas del fifí y, aunque no dejaba de pensar en Áyax, a veces se imaginaba una vida de casada con Filiberto, porque cuando pensaba en Beltrán, siempre llegaba a la conclusión de que era un amor imposible. Cierta día estaba sentada en una de las mecedoras del corredor, leyendo a Sor Juana, cuando escuchó la gritería de los peones y las cocineras, cerró el libro, se puso en pie para averiguar lo que estaba pasando y llamó a Chabela.

—¿Qué pasa, Chabela?, ¿qué son esos gritos?

—Está llegando un vapor al barranco. No sabemos quién viene.

Aurora estaba intrigada porque no esperaban a nadie; la incertidumbre se apoderó de ella y con una sensación entre miedo y curiosidad se acercó al lugar. Grande fue su sorpresa cuando vio que era su amiga Rebecca Enfield, a la que le había escrito cartas pidiéndole que viniera a visitarla. Aurora dio saltos de felicidad y corrió a recibirla.

—¡Mamá, mamá, llegó Rebecca!

Ya en el barranco las amigas se abrazaron efusivamente y lloraron de felicidad. Aurora le ordenó a Juan y a Tomasín que ayudaran con el equipaje y lo colocaran en su habitación; tomadas del brazo caminaron hasta la casa, donde las esperaba doña Federica.

—Mamá, te presento a Rebecca, la amiga de Londres que te platiqué.

Rebecca extendió la mano y se expresó en inglés:

—*Nice to meet you, madam.*

Doña Federica, que algo sabía del idioma, sonrió y correspondió.

—Bienvenida, estás en tu casa, lo que se te ofrezca, me dices con toda confianza.

Aurora tradujo el mensaje e ingresaron a la casa grande.

*

Después de varias horas de charla, las jóvenes se pusieron al día de los acontecimientos que cada quien había vivido. Rebecca contó de sus amores con Alexander,



un miembro de la guardia real, con el que se casaría a su regreso a Londres, pidiéndole que no faltara a su boda, pues la quería de dama de honor. Aurora le contó el romance que tuvo con su profesor, la atracción sexual que aún sentía por él, la conexión mental que tenían y que los mantenía atados. Le confió también que, a pesar de recibir las visitas de Filiberto y por momentos verse casada con él, no dejaba de pensar en Áyax, en sus fuertes manos, en su virilidad, en ese talante varonil que transformaba su cuerpo en un cráter ardiente que anhelaba volver a sentir en su interior la pasión de Beltrán. Rebecca quedó estupefacta por la narración, pero sintió fascinación por la historia de amor.

—Quiero conocer a tu profesor. Cuando hablas de él se te iluminan los ojos, cambia radicalmente tu expresión, debe ser un Adonis.

—Lo último que me dijo fue que se iría a vivir al Colmenar, rumbo a Tacotalpa, pasando el río Puyacatengo, que, dicho sea de paso, me gustaría que conocieras. Se me ocurre que podemos ir de paseo por esa zona y acercarnos al rancho a ver si de casualidad lo vemos.

—Me agrada la idea —respondió Rebecca, y sonrieron en complicidad.

*

Mientras tanto, Áyax llegó a su rancho, besó y abrazó a sus hijas con efusividad; Nicole lo recibió con amabilidad, lo invitó a pasar y le ofreció un fresco chorote, que él aceptó con agrado por el calor que hacía. Guardando una prudente distancia, se sentaron en las mecedoras del corredor.

Nicole, con la franqueza que la caracterizaba, no dudó en señalarle su mal aspecto, pues la barba le había crecido sin arreglo y estaba vestido con un traje de faena color miel, pero solo llevaba el calzón de manta y el pantalón de gamuza sucio por el trabajo del campo, igual que la camisa de manta percutida, pues no llevaba puesta la chaqueta y además, el ceñidor se apreciaba en mal estado, lo mismo que el deteriorado paliacate en la cabeza.

—Te ves mal, debes cuidar tu aspecto, recuerda que eres abogado.

—Tienes razón, mañana iré a la sastrería de don Santiago, pero antes me quitaré esta barba. ¿Cómo has estado?

—Bien, gracias, a Dios, ¿y tú?

Por unos segundos, Áyax guardó silencio, pero con firmeza respondió:

—También muy bien, trabajando mucho en El Colmenar, solo espero las lluvias de septiembre y estimo que tendremos una buena producción.



—No sabes el gusto que me da por las tías; pero insisto en que atiendas tu arreglo personal, no te ves bien.

Áyax asintió con la cabeza al tiempo que sonreía con un gesto de ternura. En eso estaban cuando se acercó Evelio, quien sin subir al corredor, se quitó el sombrero y dijo:

—Patrón, qué bueno verlo por acá, nos cae del cielo su visita, porque la criollita cuernos bizcos está por parir y necesitamos su ayuda.

—Ta bueno, Evelio, en cuanto me termine el chorote voy al corral.

—Gracias, patroncito.

Áyax y Nicole se quedaron viendo por un largo rato; en sus pupilas brillaba el amor.

—Gracias por el chorote. Voy a ver qué pasa con la cuernos bizcos.

Nicole asintió con la cabeza sin pronunciar palabra. Él se dirigió al corral, donde vio a la vaca preñada; se apeó y dejó libre al palomino, que sin olvidar su querencia se fue hacia la caballeriza.

—Vamos a esperar a que entre en labor de parto.

—Sí, patroncito.

Se sentaron a suelo raso bajo una frondosa ceiba y así pasaron las horas en lo que platicaban y bebían chorote. Cayó la noche y parecía que la vaca no iba a parir aún; fue hasta bien entrada la madrugada cuando inició el alumbramiento de un becerrito pinto. Una vez que pararon al ternero, Áyax se dirigió a la caballeriza y le pidió a Evelio una hamaca en la que durmió las pocas horas que quedaban. Al amanecer, cuando se disponía a retirarse, se acercó al corredor para despedirse y su esposa lo invitó al comedor, donde había café y turuletes, que Áyax degustó con agrado.

—Insisto en que atiendas tu arreglo personal.

—Sí, eso haré. Por favor, dale muchos besos a Eloísa, noto un dejo de tristeza en su mirada y eso me oprime el corazón.

—Le haces falta —respondió Nicole, y reinó el silencio.

Al terminar el café, se puso en pie y cuando se iba a despedir, Nicole le dijo:

—Voy a Teapa con Evelio a buscar petróleo para las lámparas. Doña Lupe se quedará con las niñas, así que vámonos encaminando juntos y por allá nos despedimos.

Áyax sonrió y asintió con la cabeza. En el corredor estaba Evelio esperándolos.

Momentos antes, en La Esperanza, Aurora y Rebecca, ataviadas con elegantes vestidos, terminaron de desayunar y se despidieron de doña Federica,



aduciendo que irían de paseo al Puyacatengo para que la invitada conociera las bellezas naturales de Teapa, pero partieron con rumbo al Colmenar, para procurar un encuentro con Áyax.

Cabalaron por el camino real hacia Teapa, sin embargo, en lugar de desviarse con rumbo a Tacotalpa, Aurora decidió seguir hacia la Sultana de la Sierra, para después pasar por Tecomajiaca y de ahí tomar con dirección a Tacotalpa. Cerca de Tecomajiaca, en el cruce que divide los caminos hacia Teapa y Tacotalpa, se encontraron los cinco jinetes, justo cuando Áyax se despedía de Nicole. Para Aurora, la escena fue demoledora, porque, sin apearse, Áyax tenía tomada de la mano a su esposa deseándole buenaventura en su camino. A pesar de todo, la joven hizo prevalecer la cordura y la buena educación.

—¡Buenos días, profesor!

—¡Buenos días, señorita Arango! —contestó Áyax, sintiendo que el corazón se le salía por la garganta.

Nicole ignoraba el romance, pero fue tan evidente la circunstancia que, aunada a la intuición femenina que nunca falla, no dudó de que había algo entre ellos; sin embargo, inteligentemente calló y tomó el camino a Teapa. Áyax simuló irse a paso lento, en lo que Nicole y su tayacán se perdían de vista; cuando se encontraban lo suficientemente lejos, espueleó a su caballo para alcanzar a las jovencitas.

Entre tanto, Aurora y Rebecca comentaban en inglés:

—Lo sabía, nunca dejó a su esposa, es un mentiroso, sinvergüenza.

—Querida, tú sabías que está casado; además, le pediste que se alejara, no te quejes ahora. Por otro lado, a pesar de que anda desaliñado, ¡que guapo está, qué tipo tan varonil! Ahora entiendo por qué estás tan enamorada.

Áyax las alcanzó cuando estaban por llegar al Puyacatengo. Aurora quiso escapar del encuentro, fueleó a su caballo sin importarle que Rebecca se quedara atrás; pero no lo consiguió, finalmente él la alcanzó y logró detenerla. La amiga se detuvo y se apeó para sentarse en una roca y tocar el agua cristalina, para dejar a los amantes resolver sus conflictos a solas.

—¡Eres un mentiroso, un ruin, lo peor que me pudo pasar! —lo increpó Aurora— Todo lo que me dijiste fue una mentira. No tienes perdón de Dios, la engañas a ella y me engañas a mí, eres un ser despreciable.

—Primero vamos a apearnos para hablar.

—No quiero hablar contigo, no tengo nada de qué hablar, ya he visto todo —respondió ella sin bajarse del caballo, tratando de jalar la rienda y escapar.

—Baja, vamos a platicar.



La joven accedió y se apeó, él hizo lo mismo y ató a los jamelgos en un árbol de caimito. Comenzaron a caminar, alejándose más y más de la inglesa, aprovechando un meandro cómplice. Él quiso tomarla del brazo por caballeridad, debido al pedregoso camino, pero ella lo rechazó.

—¡No me toques, por favor!

El charro dibujó en su rostro una mueca, una especie de sonrisa, y siguieron caminando.

—Me acabas de insultar, diciendo que soy un mentiroso y no sé qué tanto más. Entiendo que estás enojada por lo que viste, pero respétame si quieres que te respete. No soy mentiroso y mucho menos ruin; cuida tus palabras, que a nadie le permito insultos. No te he mentido, vivo en El Colmenar —aseveró Áyax con fiereza en la mirada.

Aurora, apenada y temerosa por la colérica llamada de atención, pero sin dejar de estar molesta por los celos, aseguró:

—Acabo de verte con tu esposa, la tenías tomada de la mano y se veían enamorados. Eso me dolió mucho y me llenó de rabia, porque me sentí humillada, la más estúpida de las mujeres, por eso reaccioné así. Te pido que me perdones las palabras ofensivas que te dije, pero no insultes mi inteligencia diciéndome que no me has mentido y que vives con tus tías, cuando te acabo de ver con tu esposa, saliendo de tu rancho.

El charro detuvo el paso, se colocó frente a la joven, la sujetó de los brazos y la miró a los ojos.

—No te miento. Vivo con mis tías, voy para allá y sí, salí de mi rancho porque atendí el parto de una vaca a las tres de la mañana y dormí en la cabailleriza, pero mi esposa tenía que ir al pueblo y salimos juntos.

—No tienes por qué darme explicaciones, no te las estoy pidiendo y además no las creo.

—Entonces, ¿cómo te explicas que esté aquí contigo y no haya seguido al pueblo con mi esposa?

Aurora, sin saber qué responder, se separó de él, desvió la mirada y caminó hacia el río.

—Alguna mentira le dijiste.

Áyax caminó tras ella, la abrazó por la espalda y le susurró al oído:

—Extrañaba tu olor.

Aurora se estremeció, un largo escalofrío recorrió su cuerpo y exhaló un hondo suspiro. Áyax la colocó frente a él, le acomodó las guedejas, le acarició



las mejillas y sujetando su barbilla la atrajo para imprimir un beso en sus labios, lo que bastó para que eclosionara una floración de besos, el prelude del ayuntamiento carnal que culminó sobre una gran roca; mágico momento para el par de almas enamoradas, que se elevaron a los umbrales del cielo y retornaron más unidas, fusionadas en una sola.

*

Al concluir, después de proferirse todas las palabras del vocabulario amoroso, Aurora le dijo:

—Has descuidado tu arreglo personal, eso no te quita lo guapo, pero debes poner más cuidado, no te formes una mala imagen.

—Sí, mañana iré a la barbería de Zúñiga y de ahí me pasaré a la sastrería de don Santiago. Acompáñame al Colmenar para que veas donde vivo. Por cierto, ¿dónde quedó la amiga con la que venías? De pronto se me olvidó.

—¡Rebecca! ¡Ay, Dios mío! Vamos a buscarla, se quedó atrás —reaccionó Aurora, mientras ahogaba una carcajada.

Regresaron el camino andado, desataron a los caballos y montaron en busca de la inglesa, quien aburrida y sofocada por el calor, estaba a punto de estallar, sus mejillas parecían un par de tomates y perlaba el sudor en sus ojeraz. Cuando se acercaron y la invitaron al Colmenar, Rebecca estaba muda del coraje y los siguió sin decir palabra, ni siquiera respondió el saludo de Áyax cuando los presentó Aurora.

Al llegar, Áyax las invitó a pasar y se sentaron en las mecedoras del corredor. La tía Esperanza Luque salió para ver quiénes habían llegado.

—Tía, te presento a Aurora Arango y a su amiga Rebecca, que nos visita desde Londres.

—Mucho gusto, hijitas. Tú debes ser hija de Ariosto Arango, ¿verdad?

—Sí, señora, él era mi padre, que en gloria esté.

—Qué gusto saberlo. Era amigo de la familia y lo estimábamos mucho. Nos enteramos de su muerte cuando ya lo habían sepultado, por eso no fuimos a su velorio.

—Sí, mi madre no quiso que se difundiera, prefirió que fuera un funeral íntimo, solo con los familiares cercanos. Le ofrezco una disculpa por ello.

—No, hija, qué va, no te preocupes, es respetable la decisión de tu madre. ¿Quieren chorote y dulce?



Áyax y Aurora dijeron que sí, mientras que Rebecca, sin entender lo que decían, solo miraba. Cuando degustaban la bebida y los dulces de papaya y de leche, Áyax le dijo a Aurora:

—Ven, te muestro dónde duermo, quiero darte una cosa.

Ya en su habitación, le contó el sueño que había tenido y al terminar, le preguntó:

—¿Qué opinas de mi sueño? Es raro que te soñé en San Juan Bautista y con novio. Dime la verdad, ¿tienes algún pretendiente?

—Áyax, mi madre sospecha lo nuestro e insistió en que reciba las visitas de Filiberto, un joven de San Juan Bautista, soltero, de buena familia y con buenas pretensiones; él dice estar enamorado de mí. Te amo y de eso no hay duda, pero lo nuestro no tiene futuro, por favor, entiéndeme.

Guardaron silencio hasta que él le entregó una hoja doblada en cuatro partes.

—Ten, te hice un poema en estos días de soledad.

Ella, a punto de llorar, comenzó a leer.

No salen de mi mente

A veces, cuando escribo,
callado, pensativo,
no puedo, aunque intente,
apartar de mi mente
aquel instante vivo
que sigue en mí cautivo.
Cuando hablamos de frente,
tú alumna, yo docente...
¿Recuerdas? Fue en la escuela,
¡ay Dios, el tiempo vuela!
Yo dando el repertorio,
tú frente a mi escritorio
sentada cual mozuela...
y en mi ser: ¡la espuela!
Tríptico ilusorio,
provocando al Tenorio:
esos cabellos; ojos



y aquellos labios rojos,
labraron mis poemas...
Destruyendo esquemas,
regaron la simiente
de una ilusión creciente.
Urdieron con sonrojos
lo infiel de mis antojos.
Inspiraron mis temas,
tus ojos, par de gemas,
zafiros que, aunque intente,
no salen de mi mente...

Terminó de leer, dobló el papel, ahora levemente mojado con sus lágrimas y lo guardó bajo el escote de su blusa.

—¡Está hermoso! Nadie me había escrito algo tan bonito.

Se acercó y lo agarró con fuerza de la camisa, a la altura del pecho; juntó sus labios a los del charro, quien respondió rodeándola con los brazos y se fusionaron en un prolongado beso. Al regresar a la realidad, separaron sus bocas, pero Aurora seguía agarrada de su camisa, lo miraba fijamente y los glaucos ojos de la joven parecían gritar: ¡Me quiero quedar aquí contigo! Pero el grito se ahogó en un hondo suspiro.

—Me tengo que ir. Nos tenemos que ir Rebecca y yo; ya es tarde y debemos regresar a casa.

—Las acompaño hasta la entrada del pueblo.

Las jóvenes se despidieron de las señoras de la casa y montaron en sus bestias; descendieron una pronunciada pendiente para cruzar el Puyacatengo y comenzaron nuevamente a subir para después bajar y llegar a la entrada del pueblo. Se despidieron discretamente para no levantar sospechas. Él acomodó la mano izquierda sobre la manzana de la montura, sin soltar la brida, y la diestra sobre su pierna derecha. Esperó a que entraran al pueblo por la calleja empedrada. Caía la tarde y la rubia cabellera de Aurora agitada por el viento mientras se alejaba, forjó una imagen perenne en la mente de Áyax.



IV

El 31 de octubre de 1861 se firmó la Convención de Londres, por la cual los gobiernos de Inglaterra, Francia y España decidieron enviar una expedición a México y presentar una reclamación colectiva respecto a la deuda externa.

Aurora decidió hacer un pastel para doña Esperanza, la tía de Áyax, porque celebraría su cumpleaños. En todo esto existía un trasfondo, porque supo de buena fuente que su difunto padre, en su juventud, estuvo perdidamente enamorado de Esperanza, al grado de ponerle su nombre a la hacienda, tornándose en un amor imposible por diversas cuestiones. Además, servía de pretexto para visitar a Beltrán, aprovechando que su madre realizaba unas diligencias en San Juan Bautista.

Con la ayuda de Rebecca y Chabela se puso a elaborar un pastel; cuando estuvo listo, le pidió a Juan que condujera el carruaje y la llevara al Colmenar; ella llevaría el pastel en sus piernas para que no se estropeará. El cielo estaba nublado y amenazaba lluvia, pero no le importó.

—Niña Aurora, ya empieza a pringar, nos va a agarrar el agua de regreso —aseguró Juan.

—No creo, de un chipichipi no pasa, ya verás.

Por el camino real llegaron a Teapa, donde vieron a una anciana chiapaneca que vendía flores sentada a ras de suelo; le pidió a Juan que se detuviera para comprarle un ramo a la festejada.

Subieron por la escarpada loma para descender al Puyacatengo, cruzaron el pedregoso río y subieron por otra no menos empinada cuesta hasta llegar al Colmenar; Aurora descendió del carro con el pastel en las manos y lo entregó a la cumpleañera, quien lo recibió emocionada, lo colocó en la mesa del comedor y la abrazó efusivamente.

—Tienes que quedarte a degustar el pastel conmigo.

—Claro que sí, tía, solo voy al carro, que se me olvidó algo.



Caminó hacia el carruaje y antes de llegar, su corazón se aceleró cuando vio que Áyax se acercaba a caballo; el jinete se apeó, dejando libre al criollito en el que venía y caminó hacia ella.

—¡Cuánto bueno! ¡Qué gusto verte por estos lares! ¿A qué viniste?, ¿ya te vas?

—Le traje un pastel a la tía Esperanza, pero olvidé las flores que le compré y vine a buscarlas, me invitó a partir el pastel. Y tú ¿de dónde vienes? ¡Te ves guapísimo!

—De rescatar un becerro que se quedó atrapado en la cañada, pero ya lo devolví con su madre y vengo a ver qué hicieron de comer, porque muero de inanición —dijo el charro, quien lucía acicalado, con barba de candado bien delineada y estrenando vestimentas.

Ya con el ramo de flores, cuando regresaban a la casa grande un fuerte rayo sacudió el suelo. El susto paralizó a Aurora, recordando la muerte de su padre. La densa negrura del cielo y los relámpagos preludiaban una tempestad. Áyax, al notar el pánico de su amada, la abrazó con fuerza y la condujo a la casa grande. Entraron abrazados a la casa justo antes de que se soltara el aguacero. Él le ordenó a uno de los peones que condujera a Juan a las caballerizas para que se guareciera del agua, luego se sentaron a la mesa y esperaron a que salieran Esperanza y Adriana de sus habitaciones.

El agua no cedía, incluso aumentaba, y Esperanza le dijo a Aurora que tenía una habitación disponible para ella, que lo prudente era que se quedara a pasar la tormenta en El Colmenar; Juan ya había cenado con los peones de la hacienda y también tenía donde pasar la noche. Aurora aceptó y fueron a conocer la habitación, regresaron al comedor y Adriana les ofreció una copita de aguardiente, porque comenzaba a bajar la temperatura.

—Hijita, muchas gracias por el pastel y las flores —agradeció Esperanza después de darle un trago al licor.

—Fue con mucho cariño, tía, no podíamos dejar pasar desapercibida la fecha, espero que le haya gustado.

—Claro que me gustó, me fascinó, tienes una excelente sazón para el postre, un toque único.

Áyax las observaba y sonreía, sin ocultar la felicidad de tener a su amada frente a él y por la nada remota posibilidad de pasar la noche con ella. Bajo la titilante luz de las lámparas de petróleo, la noche transcurría entre chasquillos, risas y copitas de aguardiente; Adriana sacó la baraja y comenzaron a jugar póker. La lluvia azotaba el corredor y los rayos cimbraban los cimientos



de la casa, el viento silbaba en las ventanas de madera, sin embargo, los jugadores seguían disfrutando la velada y libando aguardiente, soltando estruendosas carcajadas, casi tan sonoras como los rayos que sacudían el piso y las paredes de la vivienda. Entrada la medianoche, Esperanza dijo:

—Bueno, creo que ya es hora de descansar. Aurora, estás en tu casa, ya sabes cuál es tu habitación, si necesitas algo, no dudes en decirme. Hasta mañana, que pasen buenas noches.

—Muchas gracias, tía, que descanse.

—Yo también me retiro. Gracias por los presentes a mi tía; que pasen buenas noches —dijo Áyax y se retiró a su habitación.

Entre tanto, Adriana y Aurora conversaron unos minutos más en el comedor; quizá por los influjos del alcohol, Adriana le contó que cuando ella y su hermana eran jovencitas, Ariosto había pretendido a Esperanza, que ambos se veían enamorados, le dijo que su difunto padre era un joven muy apuesto, que con gran donosura llegaba de visita, montado en negro corcel purasangre.

—Parece que lo estoy viendo cuando miro tus ojos. Ella nunca dejó de amarlo, incluso guarda en su ropero un retrato de él junto a su última carta y un pañuelo, pero el miedo de Esperanza pudo más.

Aurora, con la mirada húmeda, se puso detrás de Adriana y la abrazó.

—Gracias por confiarme esta historia, con razón en toda la velada sentí la presencia de mi padre. No sabe cuánta falta me hace. Me retiro a descansar, que pase buenas noches, tía.

Cuando Aurora caminó por el pasillo alcanzó a escuchar unos sollozos desde el cuarto de Esperanza, pero no quiso ser chismosa y siguió su camino. En efecto, Esperanza lloraba abrazando el retrato, el pañuelo y la carta de don Ariosto.

—Tú fuiste quien la mandó, ¿verdad? Para que te siga recordando. ¡Ay, Ariosto, jamás te irás!

*

Mientras tanto Áyax, impaciente, esperaba el tiempo prudente para ir de manera subrepticia junto a Aurora. Cuando estimó que ya era hora, con sigilo abrió la puerta de su cuarto y vestido con camisa y calzones de manta se deslizó a través de la oscura estancia, tratando de no hacer ruido. A cada paso su corazón se aceleraba, pues se sentía cada vez más cerca de la gloria. Al fin



llegó y al parecer no había sido descubierto por sus tías; con tiento abrió la puerta de la habitación de Aurora, quien, conociéndolo, imaginó sus traviesas intenciones y esperaba impaciente su arribo. Al ingresar al cuarto, ella, con voz queda, pronunció:

—Por acá.

Llegó hasta el tálamo donde yacía su inspiración y se recostó junto a ella.

—En tus ojos reverdecen mis poemas, tus ojos glaucos, como un lago apacible, los que al mirarme destruyen mis esquemas, provocándome ignorar el imposible. En tus ojos adormecen mis problemas, son como arroyos de amor inextinguibles; manantiales en tu faz, un par de gemas que al bohemio se le tornan intangibles. Faros que alumbran mi lóbrega existencia, cuando al mirarme irradian mil destellos, calmando así mi trémula insistencia y si al observarlos me sumerjo en ellos, como en el verde mar de la inexistencia, es porque jamás he visto ojos más bellos.

—¿Es un poema? Está hermoso, bellísimo en verdad, eres un magnifico poeta —aseguró ella, temblorosa por el lúbrico momento.

—Pues no es un poema propiamente, se me ocurrió mientras jugábamos póker y lo fui estructurando en la mente; no lo tengo escrito, por eso digo que no es un poema, ignoro si está correcto en métrica y ritmo, pero me gustó y por eso te lo dije, pues es verdad que jamás he visto ojos más bellos.

Aurora suspiró y lo abrazó, Áyax comenzó a besarla delicadamente en el lóbulo de la oreja, descendiendo por su níveo cuello hasta llegar a sus tersos hombros, cuando se acercaba a los albos senos, un relámpago iluminó la habitación, seguido del fuerte trueno que los estremeció y pausó la escena. Se miraron a los ojos, una duda los invadió, titubearon, pero él rompió las supersticiones prosiguiendo con su labor amatoria, mientras que ella, al sentir la decisión y protección del hombre, con el pulso acelerado jadeaba y hundía las uñas en la espalda de Áyax. Así inició la larga noche de pasión que culminó en el más sublime de los actos eróticos que se hayan suscitado.

*

A la mañana siguiente, en los clarores de la aurora, cuando el gallo cantaba, las calandrias gorjeaban y las vacas mugían en el corral, la tormenta había pasado. Áyax y Aurora abrieron los ojos casi al mismo tiempo, se miraron y en ambos se dibujó una sonrisa cómplice.



—Saldré por la ventana —dijo él, mientras se ponía en pie y comenzaba a vestirse— Luego mi tía Esperanza anda dando vueltas desde temprano, no nos vaya a descubrir.

Aurora yacía bocarriba en la cama, con los cabellos desparramados sobre la almohada; lucía ojerosa, pero sus ojos irradiaban más luz que el mediodía de mayo; su recta y perfilada nariz se veía más prominente que de costumbre y en sus labios se delineaba una sonrisa tal, que cualquiera pensaría que se trataba de la mujer más feliz sobre la faz de la tierra; y sí, en ese momento estaba plétórica de felicidad, al grado de no preocuparse por el eventual descubrimiento de su pasión; por el contrario, quería gritar a los cuatro vientos su amor y su felicidad.

Él se puso el calzón y la camisa, se acercó al tálamo del amor y se despidió de la joven con un beso apasionado; después, salió por la ventana y rodeó la casa con la intención de meterse por el ventanal de su cuarto, pero Esperanza ya daba instrucciones en la cocina, por lo que se pegó a la pared y pasó agachado hasta llegar a su habitación; todo se conjugó como si contaran con la venia bendita, pues en el preciso momento en que se acostaba en su cama, Esperanza tocó a la puerta llamándolo a desayunar.

—Sí, tía, en un momento salgo.

Lo mismo sucedió con Aurora.

—Sí, tía, me visto y enseguida estoy con usted, gracias.

Él tomó su toalla y salió al patio para bañarse; mientras ella se bañó en la tina de la habitación. Él llegó primero al comedor.

—¿Quieres café? ¿Encontraste a la amarilla y su becerro? —preguntó Esperanza.

—Sí, tía, la encontré al borde de la cañada de atrás, me imaginé que el becerro estaba atrapado ahí y así fue; Miguel, el hijo de Lisandro, me ayudó a sacarlo.

—Vaya, menos mal, ese muchacho, Miguel, es muy acomedido.

Apareció entonces Aurora, se sentó a la mesa y Esperanza llamó a doña Irma para que les sirvieran el desayuno. Llegó también Adriana, quien, refiriéndose a Aurora, expresó:

—Ay, hijita ¡te veo radiante!, te sentó bien la noche en El Colmenar, hay un brillo en tus ojos y tienes una sonrisa que revela una gran felicidad.

A los enamorados se les subían los colores al rostro y la joven, haciendo gala de la seguridad en sí, respondió:



—En efecto, tía, la velada de anoche con el juego de póker, la cena, lo acogedor de la habitación que dispusieron para mí, pero sobre todo el cariño y las atenciones que me han brindado, me tienen en este estado de plena felicidad, sin ganas de retirarme; en verdad estoy agradecida con ustedes.

—Nada qué agradecer, para nosotros es un gusto tenerte aquí.

Doña Irma llevó el desayuno y rellenó las tazas de café a los comensales, quienes desayunaron entre risas y anécdotas de la jugada de la noche anterior. No se descubrió el encuentro clandestino de los amantes, todo transcurrió con normalidad, sin evidencia de lo sucedido, solo la alcoba fue testigo.



V

Estaba por finalizar 1861 y el 17 de diciembre arribaron a Veracruz los buques españoles que debían tomar parte en la expedición; los barcos ingleses y franceses llegaron el 7 de enero de 1862. El 14 de enero, el general Prim, jefe de la expedición española, envió un ultimátum al gobierno del presidente Juárez.

Mientras tanto, en Teapa, como cada 15 de enero, se preparaba el festejo para el Señor de Esquipulas. Aurora se encargaría de nuevo de los postres, por lo que puso manos a la obra con la ayuda de Rebecca y Chabela.

—Leí en el periódico que el presidente Juárez dejó de pagar la deuda que tiene México con mi país y que por ello enviarían una expedición para reclamar el pago. Se rumora una posible guerra y tengo mucho miedo —dijo Rebecca, mientras batía unas yemas de huevo.

—Dios nos libre de una guerra, pues no solo se trata de Inglaterra, sino también de Francia y España, tres potencias contra las que no podemos competir —aseguró Aurora.

Chabela se persignó y Rebecca juntó las palmas de las manos en señal de súplica al cielo.

*

Doña Federica estaba en el pueblo colaborando con los sacerdotes para el festejo; Áyax se percató de su presencia y buscó con la mirada a la rubia, pensando que se encontraría por ahí; al no encontrarla, supuso que se había quedado en la finca, montó su Dorado y se encaminó hacia allá, por ratos a galope y otros a trote, llegó a La Esperanza. Un sabueso de caza anunció con ladridos su llegada; las tres mujeres se asomaron al portal para saber de quién se trataba; al advertir que era Áyax, Aurora le dio instrucciones a Chabela para que los dejaran solos y le pidió comprensión a Rebecca, quien sonrió y continuó con su labor sin chistar.



Aurora se lavó las manos en una palangana, se quitó el mandil, se acicaló lo mejor que pudo y salió al pórtico a recibir a su amado. El charro se apeó y ató en un horcón del corredor a su caballo, subió el par de escalones y antes del último peldaño ya lo esperaba la güera ojos claros.

—¡Mi poeta! ¡Qué agradable sorpresa me has dado! ¿Cómo se te ocurrió venir sin previo aviso?

Áyax tomó la mano izquierda de su musa, la llevó a sus labios, aspiró su fragancia y besó el dorso, luego, la miró a los ojos.

—Necesitaba verte, inhalar tu aroma hasta lo más profundo de mis pulmones para guardarlo por siempre; admirar tus lindos ojos y quedarme con esa imagen en la mente, abrazarte, sentir en mi pecho los latidos de tu corazón, acariciar tus cabellos, ver tu hermosa sonrisa; en fin, me era imprescindible esto y como vi a tu madre sola en los preparativos de la fiesta pensé que te podía encontrar aquí.

Aurora, extasiada de amor por las palabras de Áyax, calló su discurso con una acometida de besos y caricias que elevaron la pasión. Él subió el último peldaño y los besos siguieron cada vez más intensos, hasta que el charro susurró al oído de su amada:

—Vamos a tu habitación.

—Espera, déjame ver qué puedo hacer.

Entró a la casa y advirtió tal soledad, tal silencio, que se emocionó. De Chabela y de Rebecca, ni sus luces, así que salió al corredor, lo tomó de la mano y lo llevó hasta su habitación. En el trayecto seguían las caricias y los besos, ya en el umbral de la alcoba, sonó un portazo, que impidió a este narrador presenciar lo que sucedió.

*

Nuevamente en el corredor, el charro se despidió de su amada con un húmedo y prolongado beso y se marchó a todo galope. Aurora, mientras tanto, elaboró el más delicioso pastel que pudo; Rebecca la observó y sonrió, moviendo la cabeza como diciendo que no podía ser, cómo transforma el amor. Rebotante de felicidad, Aurora le pidió a Juan que subiera el pastel al carruaje y la llevara, junto con Rebecca, a los festejos del Señor de Esquipulas. Cuando llegaron, doña Federica ya tenía dispuesto el espacio para el pastel que venderían por rebanadas.

Los festejos transcurrieron en armonía, con los asistentes en fraterna convivencia, entre ellos Áyax y su primo Alejandro, quienes paseaban por el lugar; Aurora los observó de lejos sin poder evitar los suspiros. En eso estaban cuando llegó Nicole con sus dos hijas, en compañía de doña Lupe. Eloísa, la hija mayor, al ver a su padre corrió a abrazarlo, y él, sorprendido y lleno de dicha, la cargó y la besó mientras Nicole llegaba junto a ellos. El charro la volteó a ver y era innegable el amor reflejado en sus pupilas.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Nicole.

—Aquí, platicando con mi primo y degustando las viandas que expenden los vecinos. ¡Qué gusto verte!, te ves muy guapa —respondió él con Eloísa en los brazos.

—Gracias, tú también te ves guapo, qué bueno que me hiciste caso y atendiste tu cuidado personal, ¿cómo están las tías?

—Muy bien, ya tenemos quince vacas lecheras y aunque se está vendiendo bien la leche, te imaginarás que ya estoy hasta la coronilla de leche y queso.

Los dos sonrieron viéndose a los ojos. Aurora observaba todo desde lejos y sintió que se resquebrajaba su corazón. Volvió el rostro para mirar a Rebecca.

—Es por demás, ¿ya los viste? Observa cómo se miran, fijate en esas miradas y dime si no hay amor. Es indiscutible, estos aún se aman y yo salgo sobrando.

Rebecca no supo qué responder, solo se angustió al ver la tristeza de su amiga.

—¿Qué hago metiéndome en un matrimonio? A veces me doy asco y bien dicen que si escupes para arriba te cae en la cara, ¡cuánto critiqué a las mujeres que se metían con hombres casados!, de hetairas no las bajaba y ahora ¡mírame!

—Ya, amiga, cálmate. Al final tú no lo aceptaste formalmente, siempre le dijiste que no querías ser la otra. Tú, amándolo como lo amas, preferiste no correr el riesgo y mira las consecuencias. Por eso dicen los hombres que no nos entienden —dijo su amiga, buscando hacerla reír.

Sin embargo, Aurora no sonrió y le dijo a su madre que se sentía indispuesta y prefería retirarse a la finca. Después de un rato, mientras paseaba con sus hijas y Nicole, Áyax comenzó a buscar con la mirada a la joven, y al no hallarla, se angustió, sintió una opresión en el corazón y que el aire le faltaba.

*

La tensión aumentó en la política exterior del país porque creció la amenaza de una invasión. El gobierno mexicano mandó a don Manuel Doblado, ministro



de Relaciones, a dialogar con las potencias extranjeras, y este ofreció que se aceptarían las reclamaciones justas. El 19 de febrero se firmó el Tratado de la Soledad, por el cual las tropas expedicionarias podrían desembarcar y ponerse al abrigo de la fiebre amarilla, en tanto que se fijaban las bases de un arreglo. Los plenipotenciarios inglés y español admitieron como justa las proposiciones del gobierno mexicano, no así el francés, quien declaró abiertamente sus propósitos de intervenir, con esto se rompió la alianza tripartita el 9 de abril siguiente: las fuerzas inglesa y española se retiraron.

*

En aquel abril, Aurora y Rebecca platicaban, enteradas de la noticia. La inglesa tenía sentimientos encontrados, por un lado, se sentía feliz porque su patria no tendría guerra con México y, por otro, estaba preocupada porque Francia tenía el ejército más poderoso del mundo y temía por el destino del país que la había acogido con tanto amor y, sobre todo, por Aurora y su familia, a quienes ya consideraba sus parientes.

En eso estaban cuando Áyax se acercó a la hacienda buscando a Aurora. Ella corrió a su habitación luego de pedirle a su amiga que le dijera que ya no quería verlo. Cuando él llegó, fue atendido por la inglesa, quien le dio el recado y le pidió que no la buscara más. Áyax insistió en hablar con Aurora, pero Rebecca le pidió que se retirara, que respetara la decisión de su amiga. Áyax insistió, alegando que no se iría hasta verla, exigiendo que fuera ella quien se lo pidiera personalmente, que tuviera el valor de decirselo a la cara, mirándolo a los ojos. Aurora no tuvo más remedio que salir para encararlo.

—Aquí me tienes. Si crees necesario que sea yo la que te lo diga, así será —dijo Aurora en tono adusto y mirándolo a los ojos con una frialdad que dejó aterido al chinaco.

—Le pedí a Rebecca que te explicara mi sentir porque no quería ser yo quien te hiera. Pero ya que así lo pides, escucha bien lo que voy a decir: no me vuelvas a buscar, no regreses a mi hacienda, no propicies encuentros casuales; no te quiero volver a ver ni quiero saber de ti en mi vida. No te lo quería decir, pero jamás te amé, solo jugué contigo, jamás podría querer a un hombre que engaña a su esposa; óyelo bien, fuiste solo un capricho que pude darme. Ahora ya lo sabes. Haz el favor de retirarte de mí hacienda.



Áyax estaba visiblemente contrariado, no atinaba qué responder a la mujer en la que había cifrado su anhelo, pero la fuerza del orgullo se hizo presente y simulando una sonrisa, contestó:

—Está bien, qué bueno que tuviste el valor de expresarlo. Las definiciones son preferibles a las incertidumbres, y ahora me queda claro lo que sucedió entre nosotros. Yo sí te amé y te amo, pero no te preocupes, que tampoco sé rogar y privilegio la dignidad ante todo, me despido deseándote que seas feliz y agradeciéndote los momentos que me diste. Con permiso, tengan buenos días vuestras excelencias.

Bajó los escaños del pórtico, montó en su palomino y se retiró a paso lento. Una vez que el charro estuvo lejos, Aurora rompió en llanto y fue consolada por Rebecca, quien, acariciando sus cabellos, le dijo:

—Iré por esa botella de aguardiente de caña que hay en la vitrina, para que paliemos el dolor.

*

Días después, en El Colmenar, Áyax se sentó ante el pequeño escritorio de su habitación y escribió una carta para Aurora; dobló el papel y lo colocó sobre el escritorio, bajo una piedra bola de río que usaba como pisapapeles, se levantó y fue a desayunar con sus tías.

—¿Quieres café, hijito? —preguntó Esperanza.

Él asintió con la cabeza y mientras doña Irma le servía, Esperanza comentó:

—Te veo triste, ¿qué te sucede?, ¿tienes algún problema?

—No, tía, todo bien.

—Te conozco como si fueras mi hijo, sé que algo te pasa, pero si no quieres comentarnos, respetamos tu decisión y no pasa nada.

—Pues bien, creo que no hay nada oculto bajo el sol y ustedes ya se dieron cuenta de que estoy enamorado de Aurora.

Las tías se voltearon a ver con sonrisas pícaras y miradas cómplices, dando a entender que ya sabían del romance.

—Ya veo que sí sabían. Sucede que hace unos días fui a verla y ella, en alarde de fría indiferencia, me dijo palabras muy duras que no quiero repetir, palabras que me dolieron hasta el tuétano, pero dentro de mí, algo me dijo que eran falsas, que estaba fingiendo para alejarme de ella. Abreviando, le acabo de escribir una carta y no sé si mandársela.



Esperanza exhaló un hondo suspiro y sonrió.

—Miguel va para el pueblo, dile que se la lleve.

Reinó el silencio, o como dicen las viejas consejas, pasó un ángel; solo se escuchaba a los comensales masticar sus alimentos y tomar sus bebidas, hasta que él dijo:

—Tienes razón, tía, le daré la carta a Miguel para que se la entregue personalmente.

*

Esa tarde, cuando Aurora leía a Sor Juana en el corredor de su casa, advirtió la entrada del peón del Colmenar, dejó el libro y se puso en pie para atender al visitante.

—Buenas tardes, patroncita, le traigo un recado de don Áyax.

Recibió la carta, le agradeció a Miguel y caminó a su habitación, donde se hallaba Rebecca; se sentó en la cama y en voz alta comenzó a leer.

Mi Musa:

El Colmenar, a 23 de abril de 1862

Dudo nuevamente ante el papel, pero decido escribir inventando pretextos a la razón de mi sinrazón. ¡Ah! Qué cosas siente un corazón a punto de morir. No imaginas, bueno tal vez sí, la fuerza de la pasión. Amiga, duele llamarte así, ¿cómo calmo este sufrir?

Ayuda, si te soy honesto, no es lo que ahora pido, busco otra cosa, sacar con estos versos lo que siento, resignarme platicando la elegía de tu olvido, escribir sobre tus ojos verdes, suspirando al viento. Urdir un plan para enfrentar las bromas de Cupido.

Deseos reprimidos, deseos malogrados, intentos de retornos, de vueltas al pasado. Aguaceros, sequías, inviernos, primaveras, nubes en el verano, otoños sin quimeras, amor con desamores, con dichas y dolores, aún después de todo, perduran tus olores. Brotan entre mis poros, impregnados en mi piel, regresan y regresan, son cual compañero fiel. Esta es mi situación, una rima inconclusa, una profusa verdad... sigues siendo mi musa.



Su voz, zarpazo de la ausencia

Definición de amor: sus glaucos ojos.
Inspiración del sol: su rubio pelo.
Aunque una vez libé sus labios rojos,
nunca volveré a tocar el cielo,
aún lo ruegue postrado de hinojos.
Admiro su decencia y valentía,
broquel impenetrable a mi insistencia.
Resistencia tornada en elegía,
en la oquedad que amarga mi existencia,
umbría como instante de agonía.
Definición de dolor: su triste adiós.
Inspiración de pena: su cruel desdén.
A veces sueño con escuchar su voz,
zarpazo de la ausencia, que dice: ¡Ven!

Atentamente:
Tu Poeta

Apenas terminó de leer, se ahogó en llanto.

—¿Qué hago, Rebecca?, ¿qué hago? Tú pronto te irás a Londres y yo no sabré qué hacer.

—Haz lo que te indique tu corazón. No te importe lo que diga la gente, no es tu responsabilidad la felicidad o tristeza de las hijas de Áyax, piensa en tu felicidad, qué es lo que tu corazón quiere y si en realidad lo quieres, lucha por él, lucha por tu felicidad sin escuchar lo que opinen los demás —le aconsejó Rebecca, mientras la abrazaba tiernamente.

Aurora secó sus lágrimas con el pañuelo que le regaló su padre.

—Tienes razón, amiga querida, eso haré, pensaré en mi felicidad y lucharé por ella. Gracias por tus palabras siempre tan atinadas, te voy a extrañar mucho.

Sonrieron y se pusieron a arreglar las cosas de la señorita Enfield, para no olvidar nada el día de su partida.

*

El 28 de abril las fuerzas mexicanas se enfrentaron a las francesas en las cumbres de Acultzingo. Manuel Doblado, ministro de Relaciones, firmó en Puebla un tratado con el ministro inglés, Charles L. Wyke, buscando una solución a las diferencias entre México e Inglaterra.

Ese mismo día, en Ermita, embarcadero del río Teapa, Rebecca Enfield abordó un vapor con destino al puerto de Frontera. Aurora acudió a despedirla y previo al abordaje, la inglesa le dijo:

—No permitas que otros conduzcan tu vida, ¡vive! La vida es un momento, no permitas que se te escape por miedos absurdos, ¡sé feliz!

Lloraron y se abrazaron por largo tiempo, hasta que anunciaron la salida del buque y Rebecca finalmente abordó.

*

Aurora le pidió a Juan que la llevara a la talabartería de don Casimiro Calleja, pues necesitaba comprar una montura. Juan acató la orden y se encaminó rumbo a Teapa. En el camino, Aurora pensaba en Áyax, deseaba encontrarlo, ver su rostro y sentir su olor; miraba para todos lados buscando a su amado, pero el charro no se hallaba por ningún lado. Por su parte, Áyax salió del Colmenar rumbo a Teapa a lomos de su Dorado; iba deseando encontrar a Aurora en el pueblo, quería verla, mirar sus rubios cabellos, su fino porte y naufragar en el verde mar de su mirada.

Aurora y Juan llegaron a la talabartería.

—Espérame —ordenó la joven. Se introdujo en el establecimiento, observando botas, cintos, anqueras, vaquerillos, monturas y demás; el olor a cuero curtido era penetrante pues había poca ventilación. Escogía una montura entre las tres que exhibía Calleja, cuando escuchó una voz que retumbó en su cerebro y alteró su pulso.

—Don Casimiro, buenos días —Fueron las palabras que Aurora escuchó y que turbaron sus sentidos. Áyax había ido a buscar un par de botines y unos vaquerillos para su palomino.

—Licenciado, buenos días. Ya tengo sus botines, solo despacho a la señorita Arango y ahora le atiendo.

Él sintió que el corazón se le salía del pecho. La sístole y la diástole se aceleraron a punto del infarto cuando volteó y se encontró con la verde mirada de su musa.



—¡Hola! —dijo ella.

—¿Qué tal? —preguntó él, a manera de saludo.

Por un rato se miraron sin saber qué decir, observados por el marroquino, quien, dada su experiencia, sonreía de manera pícara al intuir que entre ambos existía algo.

—Don Casimiro, atienda a la señorita, yo espero con gusto.

—Quiero esta albarda —afirmó Aurora señalando una fina montura.

Con una varilla de hierro a manera de palanca, Calleja bajó la silla de montar y la colocó sobre el ancho mostrador.

—¿Tiene quien la suba a la calesa?

—Sí, don Casimiro —contestó, y llamó a Juan, quien entró por la albarda mientras Aurora pagaba.

—Muchas gracias, don Casimiro.

Volteó a ver a Áyax.

—Con su permiso, señor Beltrán.

—No dejo de pensar en ti —aseveró él mientras la detenía por el brazo.

—Yo tampoco.

—Te quiero ver. Hoy en la noche iré a tu casa; cuando los perros ladren chiflaré y sabrás que soy yo.

Aurora enmudeció, pero recordó las palabras de su amiga y, también en voz baja, contestó:

—Estaré pendiente.

*

A las nueve de la noche, Áyax se metió a bañar a fin de alistarse para visitar a su amada. Era luna nueva y tuvo que colgar una lámpara de petróleo en el baño para iluminarse. Las tías Luque se percataron de lo que hacía y se extrañaron.

—Adriana, ¿ya viste que Áyax se está bañando?, es cosa rara ¿no?

—Sí, ¿será que va a salir?

—Eso creo, pero ¿a dónde irá a esta hora?

Guardaron silencio, hasta que Adriana cuchicheó:

—¿Y si le dices a Miguel que lo siga de cerca? Si se da cuenta, se enojará y capaz le fuetea el caballo para que se regrese; pero a como están las cosas, es mejor que alguien lo acompañe. Hay muchos peligros en la noche, desde las fieras hasta los salteadores de caminos, ¿no crees?



—Tienes razón, le ordenaré a Miguel que lo siga, procurando que no lo vea.

Áyax se vistió con un buen traje de charro chinaco color salmón, chaqueta con alamares y botonadura de plata, sombrero jarano de palma, botines y espuelas nuevos, sin faltar el revólver y el puñal, bien colocados dentro del ceñidor rojo y en la montura una espada marcial. Montó en su Dorado y bajo la oscuridad de la noche se fue a paso lento, fumando un morrón de Huimanguillo.

Al cabalgar escuchó que lo seguían, detuvo el paso y el sonido se detuvo, volvió a cabalgar y de nuevo escuchó ruidos; miró hacia atrás pero no distinguió nada. Entonces pensó que si espueleaba al caballo y luego se detenía abruptamente, en caso de que fuera un maleante se descontrolaría y lo descubriría, y si era un animal, lo más probable es que quedaría atrás. Así, espueleó a su palomino y empezó a galopar; Miguel, al ver que Áyax corría, también espueleó a su caballo para alcanzarlo, cuando ya habían recorrido unos doscientos metros, Áyax rayó su jamelgo, lo que ocasionó que Miguel casi se estrellara con el chinaco, apenas pudo esquivarlo, deteniéndose unos metros adelante. Beltrán sacó su pistola y a nada de pegarle un tiro, Miguel gritó:

—¡Patrón, soy Miguel, soy Miguel, no dispare!

Reconoció la voz y sin guardar su pistola, dejando ver la ira en su rostro, se acercó al peón.

—Si más te mato, animal, ¿qué cabrón haces siguiéndome?

—Perdóneme, patroncito, la ama Esperanza me mandó seguirlo pa cuidar-le las espaldas.

—¡Habrase visto!, ¡valiente ayuda! Vamos a ver quién cuida a quién, sígueme, pues.

El par de jinetes continuó bajo la oscura noche. De pronto, la gruesa rama de un macuilís golpeó a Beltrán en la cabeza, y del golpe exclamó un «¡coño!» de dolor, mientras que el sombrero quedó sobre su espalda, colgado del cuello.

—¿Qué pasó? —preguntó Miguel al escuchar el golpe y la queja.

—Me acabo de golpear en la espinilla con una rama, saca los pies de los estribos y álzalos para que no te golpees —instruyó Áyax, con malicia.

—Gracias, patroncito —agradeció Miguel, quien ingenuo y confiado sacó ambos pies de los estribos, los alzó y cuando la rama le pegó en la cabeza, cayó al suelo. Áyax, desternillándose, aprovechó para espuelear y fuetear al palomino, alejándose a todo galope.



*

Antes de llegar a La Esperanza, Áyax se detuvo para cerciorarse de que había perdido a Miguel; después de unos minutos ingresó al rancho, los perros comenzaron a ladrar y él chifló tres veces. Dejó libre al palomino, acarició y calmó a los perros y se encaminó hasta la ventana del cuarto de Aurora, quien lo esperaba con una vela encendida sobre una mesita rústica.

—Pásale por aquí —dijo en voz queda.

Áyax brincó el pretil de la ventana y se introdujo a la habitación; ya en el interior, inició la floración de besos ardientes y húmedos como el clima tabasqueño. Se sentaron sobre la cama para decirse lo mucho que se echaban de menos. Aurora pasó su mano por la frente del chinaco.

—Pero ¿qué te pasó, mi amor?

—Una canija rama que no vi por la oscuridad.

—¡Ay, Dios! ¿Te duele mucho?, ¿quieres que te cure con ungüento?

—No, gracias, a menos que sea con tus besos y, si quieres, yo te cuento ungüento.

Soltaron unas estridentes carcajadas, en el acto se arrepintieron y se taparon las bocas por miedo a ser descubiertos, después sonrieron y siguieron besándose efusivamente. Áyax admiró los ojos verdes de Aurora, como si quisiera guardar esa imagen para siempre en su memoria, pues a pesar de estar a media luz, lucían hermosos.

Él se puso de pie y le tomó la mano para que hiciera lo mismo. Con delicadeza le desabotonó el camisón de noche, que cayó al suelo. Ella hizo lo mismo con la camisa de manta, él se quitó el sombrero, se desfajó el ceñidor y colocó revólver y puñal en la mesita, luego se quitó las botas y el pantalón de gamuza con forro de manta, para fundirse en un abrazo que les erizó la piel. Áyax hizo gala de su experiencia en las artes amatorias y antes de que clareara la aurora, se visitó, tomó sus cosas, saltó el pretil de la ventana y se despidió de Aurora imprimiendo un beso en su frente, le chifló a su palomino y se montó de un salto para salir a todo galope de La Esperanza.

*

Empezaba a clarear cuando cruzó el Puyacatengo. Cuando llegó al Colmenar descubrió que en corredor se hallaban sus tías, sentadas en las mecedoras



tomando café; cuando se acercó se pusieron de pie visiblemente molestas. Él se apeó y con una sonrisa pícaro caminó hasta el corredor.

—¿Dónde andabas, canalla! ¡Nos tenías preocupadas!

Él saltó al corredor, las abrazó y besó efusivamente para acallar la molestia. Adriana le jaló las orejas.

—¿Dónde estabas, cara e cebo?

Áyax solo sonreía. Esperanza frunció el ceño y confiando en su acuciosa nariz, adujo:

—Ya sé de dónde viene este sin vergüenza, el olor lo delata, huele a la hija de Ariosto.

Él, sin aceptar nada, siguió sonriendo pícaramente y para desviar la conversación preguntó:

—Y Miguel, ¿dónde está?

Las tías se voltearon a ver y menearon las cabezas. Después de exhalar un hondo suspiro, Esperanza contestó:

—No te hagas tarugo, bien que sabes la broma que le gastaste. El pobre vino cabizbajo, apenado porque no pudo cumplir con lo ordenado, y cuando empecé a reprenderlo, le vi la herida en la frente y le pregunté si le habías pegado, pero dijo que eso hubiera sido menos penoso, platicándome la jugada que le hiciste; no lo regañé, pensando que tras de cornudo, apaleado. Me quedé preocupada por ti, y aunque suponía a dónde ibas, no pude conciliar el sueño por la preocupación.

—Yo tampoco —recriminó Adriana.

Áyax se arrepintió por causar ese desasosiego a sus queridas tías y les ofreció disculpas, comprometiéndose a que no volvería a suceder.



VI

El 5 de mayo de 1862 las armas nacionales se cubrieron de gloria. En Puebla, el general Ignacio Zaragoza, al frente del Ejército de Oriente, derrotó al ejército intervencionista francés, comandado por el conde de Lorencez.

La noticia llegó a Tabasco y en Tecomajiaca, en el rancho de los Bastar Zozaya, el 13 de mayo los primos Beltrán y Bastar festejaron llenos de júbilo. El fervor patriótico los invadió y en la euforia descargaron varias veces sus armas de fuego, mientras libaban aguardiente de caña y comían tasajo de res a la leña.

—¡El ejército más poderoso del mundo nos peló el rifle! —gritó Alejandro Bastar Zozaya y todos rieron y vitorearon el triunfo nacional.

A medida que avanzaba el convivo y el aguardiente causaba efecto, Áyax no apartaba de su mente a Aurora, y decidió visitarla en La Esperanza. Le pidió a Fernando Beltrán su muleto, porque el Dorado lo cargaba Eduardo Rosario Bastar Zozaya, quien se lo pidió para visitar a su amada en turno y él no se negó, porque sentía mucho cariño por su primo menor.

Empezaba a caer la tarde y la yema de huevo del ocaso se iba escondiendo tras la sierra teapaneca. Áyax cabalgaba por el camino real y sus pensamientos eran atacados por la duda, aquella marea de sentimientos se presentaba otra vez, el vaivén entre el amor por Nicole y la pasión por Aurora. En el subconsciente de Áyax todo encontraba sentido, porque faltaban dos días para su aniversario de bodas; sin embargo, contuvo los llamados de la conciencia y decidió seguir en pos de la rubia.

Cuando llegó a La Esperanza, ató el muleto a la puerta de acceso para acercarse caminando, buscando no ser visto por doña Federica. Chifló tres veces y los perros salieron a su encuentro, los acarició y se cubrió tras un árbol de mango. Doña Federica estaba en su habitación, bordando un mantel; Aurora, al escuchar los silbidos, salió al corredor, la noche había caído, pero la luna llena iluminaba el casco de la finca; vio que los perros estaban por el mango y



se dirigió hacia allá con temor, pero con la ilusión de que se tratara de Áyax. El encuentro fue mágico, los rayos de luna que se filtraban entre las ramas del árbol daban el toque romántico a la escena de besos y pasión. Hacer el amor al aire libre en aquella atmósfera fue inolvidable.

Llegó el verano y con él, la necesidad de concluir con la regulación de los bienes legados por don Ariosto a su esposa e hija, por lo que doña Federica dispuso que fueran a San Juan Bautista a realizar los trámites. Se embarcaron en la Italiana, tripulada por Caruso y Tomasín, porque el italiano también necesitaba ir a la capital con su esposa. Zarparon el día de san Juan, el 24 de junio de 1862. La noche previa cayó un gran chubasco que originó charcos y lodo, haciendo dificultoso el camino al abordaje; alzándose los vestidos y llenándose las botas de lodo, las damas cruzaron por el maltrecho puente de piedras y subieron a la nave. Giuseppe le ordenó a Tomasín que la desatara y después de cerciorarse de que todos estaban a bordo, la puso en marcha hacia su destino.

Aurora se sentó en cubierta y tornó la mirada hacia la verde selva tabasqueña. No pudo evitar que sus pestañas se humedecieran recordando a su padre, añorando volver a sentarse en sus piernas como cuando era niña y escuchar sus cátedras y sus sabios consejos. Sintió la necesidad de estrujar a su muñeca Pita, pero no la llevaba consigo, por lo que se abrazó ella sola en su melancolía. Así, río abajo, la Italiana se alejó de la campiña teapaneca.

*

En El Colmenar, Áyax ignoraba la ausencia de Aurora, sin embargo, sentía algo en el pecho que no lo dejaba tranquilo. Hizo a un lado aquel presentimiento y, junto con Miguel, escogieron una vaca para pegarla al palo en la casa de don Facundo, conocido matarife del lugar; después de hacer el trato, charro y caporal se dirigieron a Teapa para comprar velas y petróleo, así como cartuchos para las armas del rancho. Al entrar al pueblo, Áyax recordó con nostalgia la vez en que caía la tarde y el viento agitaba la cabellera de Aurora mientras se alejaba junto con Rebecca, cuando las acompañó y esperó a que se fueran por la misma calleja por la que ahora él cabalgaba.

Después de realizar las compras, Áyax le ordenó a Miguel que se adelantara al rancho con las mercancías, mientras él se quedaba en la tienda libando aguardiente habanero. Iba por el segundo vaso cuando llegó Alejandro Bastar.



—¿Qué hubo, primo? ¿Qué andas haciendo, además de beber aguardiente?

—¿Qué pues, primo? Vine a hacer unas compras para el rancho y aproveché pa enjuagarme la garganta, ¿y tú, qué tal?

—Pues lo mismo, pero sin las compras —contestó Alejandro y ambos sonrieron; el tendero les pasó otro vaso y los primos brindaron.

—¿Cómo están tus hijas?

—Bien, gracias, las vi hace poco. Ya ves que vivo con las tías Luque y todo indica que va creciendo la producción del rancho, plátano, cacao, pimienta y ganado.

—No me quieras ver la cara. Te conozco desde niño y sé que en el fondo es otra la finalidad por la que te fuiste a vivir con ellas. Esa jovencita te trae loco y no te llevará a nada bueno esa relación, mejor regresa con tu esposa, ya te diste el gusto.

La fuerza de la razón en las palabras de su primo le impidieron contrade-cirlo.

—A ti no te puedo engañar. No dije una mentira, la producción en el rancho significa bonanza y eso me hace sentir bien; sin embargo, tienes razón, me fui a vivir a ese rancho porque quería hacer las cosas bien con Aurora, mostrarle que no la engañaba cuando le decía que la quería solo a ella. Pero no ha sido fácil, me atacan las dudas respecto a quién amo, si a Nicole o a Aurora, y honestamente, pienso que las amo a las dos. Primo, no sabes las tormentas mentales en las que vivo.

Alejandro colocó la mano sobre el hombro de Áyax.

—Calma, no eres el único que ha pasado por esto, pero se trata de tomar decisiones y tú estás al vaivén de lo que vaya pasando. Fájate los pantalones y decide lo que quieres para tu vida, si es con Aurora, pues adelante, enfréntate a la mamá, al dolor de tus hijas y de Nicole, a la confusión de mis tíos y mi prima y aguanta lo que venga con tal de encontrar tu paz mental y la felicidad junto ella. Sin embargo, si me aceptas un consejo, no creo que sea lo mejor; estás obnubilado por la pasión que te despierta esa chiquilla, pero una vez que pase, que comience la rutina, la vida diaria, te darás cuenta de que no era lo que buscabas. Además, ¿crees que Aurora haría por ti lo que hizo Nicole? Bautizar a tu hijo, atender las labores del rancho y la educación de tus hijas, mientras andas en pos de la niña rubia. La verdad es que no lo creo, pero tú la conoces mejor que yo. Te sugiero que tomes una decisión y te aconsejo, como tu primo mayor y por el cariño que te tengo, que vuelvas con tu esposa y te dejes de tarugadas.



Áyax asintió con la cabeza y chocaron sus vasos de nuevo. Cuando estaban a medio trago, se escuchó una gritería en la calle y cuatro mujeres entraron gritando angustiadas, como guareciéndose del peligro, al tiempo que se escuchaban detonaciones de arma de fuego. Sorprendidos, dejaron sus vasos sobre el mostrador y salieron para averiguar de qué se trataba. En la calle vieron a Eduardo Rosario Bastar Zozaya, quien rojo de coraje empuñaba su revólver mirando hacia tres tipos que huían despavoridos rumbo a las afueras del pueblo. Áyax y Alejandro desenfundaron sus armas y se colocaron a ambos costados de Eduardo.

—¿Qué pasó, hermanito? —preguntó Alejandro.

—Estos malnacidos, que le tiraron la canasta de venta a Juanito —respondió Eduardo, con la respiración entrecortada.

Los primos voltearon a ver y en el suelo estaban esparcidos los dulces de leche y de melcocha que Juanito, hijo de un peón encasillado de la hacienda de los Bastar, vendía con la anuencia de los hacendados.

—Vi las bestias que ustedes traen amarradas y me imaginé que estaban tomando, y también até la mía, pero antes de entrar fui a darle un beso a Gloria, la hija de doña María, la modista de aquí junto. Cuando regresé vi a esos animales tirarle la canasta a Juanito y patearle los dulces, mientras le decían «Pinche indio, lárgate de aquí». Les grité que lo dejaran en paz y agarré a uno por el pelo y le pegué una cachetada, pero los otros dos sacaron sus cuchillos, por eso saqué mi arma, pero los muy cobardes salieron corriendo y hasta sus caballos dejaron.

—Vamos a alcanzarlos para exigirles que paguen los dulces —propuso Áyax, encolerizado.

—¡Vamos! —respondieron los Bastar.

Montaron sus caballos y a todo galope les dieron alcance a los malhechores; como si estuvieran de acuerdo, los primos sacaron sus lechuguillas y los lazaron cual bestias, luego, espuelearon sus cuacos y les dieron una arrastrada sobre las piedras, y así raspados y golpeados los desarmó Eduardo Rosario, quien se apeó para quitarles los cuchillos y descubrió que uno de ellos, el que recibió la bofetada, cargaba un revólver fajado en el ceñidor, que cobardemente no utilizó. Así, amarrados, los llevaron ante Juanito para que le pidieran perdón y le pagaran toda la canasta de dulces; los tres se negaron a pedir perdón, por lo que Eduardo Rosario, con el extremo de la lechuguilla, les dio una fuetiza hasta que se cansó; entonces, ensangrentados, atemorizados y humi-



llados, no tuvieron más remedio que pedirle perdón a Juanito, quien no sabía qué hacer ante la situación.

Los primos descubrieron que colgaba una talega de gamuza llena de monedas en uno de los caballos que habían dejado al salir huyendo. Áyax la arrancó y se la dio a Juanito como pago, pero se negaba a aceptarla.

—No, patroncito, déjelo así.

—Anda, toma el dinero y llévaselo a tus padres, que con mucho esfuerzo preparan los dulces —le dijo Áyax al joven, quien finalmente tomó el dinero.

Una vez conseguido el pago y la disculpa, los primos los dejaron ir, no sin antes advertirles que, de reincidir en algún acto similar, las consecuencias serían más graves; los tres fifís, golpeados, raspados y ensangrentados, montaron en sus caballos y se retiraron del lugar, mientras los primos Bastar Beltrán les gritaban:

—¡Lárguense, conservadores malparidos!

Según se supo después, los agresores eran hijos de un acaudalado hacendado, quien no perdonó la vejación a sus retoños y juró vengarse de los primos Bastar Beltrán, por lo que armó una guardia con los peones de su hacienda, a fin de no descansar hasta ver muertos a quienes habían ofendido a sus hijos.

*

Después de que los malhechores se retiraron, los primos entraron de nuevo a la tienda y pidieron aguardiente, chocaron sus vasos y se rieron por lo sucedido. Alejandro retomó la plática interrumpida.

—No echés en saco roto lo que te digo, primo, espero que tomes la mejor decisión para ti.

—Sí, tienes razón, ya debo resolver este asunto.

Eduardo Rosario no sabía de qué hablaban, por lo que Áyax y Alejandro soltaron unas carcajadas y le comentaron el asunto.

—Primo, yo lo único que te digo es que disfrutes la vida, no sabemos cuándo se va a acabar —aconsejó Eduardo Rosario.

—Sí, eso hago, pero también tiene razón Alejandro cuando dice que debo tomar una decisión. Se trata de disfrutar la vida y mientras siga con esta marea de sentimientos no lo voy a lograr. Debo decidir el camino que quiero transitar y afrontar las consecuencias de mi decisión.

—En lo que te pueda apoyar, ya sabes —ofreció Eduardo Rosario y volvieron a chocar sus vasos.



—Ahora mismo voy a terminar con Aurora.

*

Áyax cabalgó a la vera de la hacienda Morelia, propiedad del insigne teapaneco Manuel Buelta, cuando se topó con Juan, peón de La Esperanza, quien venía a lomos de un criollito pinto.

—¿Qué hubo, Juan?

—Patrón, buenas tardes, ¿cómo está su merced? —saludó el peón, quitándose el chontal.

—Bien, gracias. Voy a saludar a Aurora.

—Patrón, la niña Aurora no está en la finca, en la mañana partieron hacia San Juan Bautista; la ama Federica me dejó encargado el rancho y no tienen fecha de regreso.

Áyax se quedó un rato bajo la sombra de unos árboles de hule, meditando sobre su intención de terminar con Aurora y cómo el destino lo impidió. Se preguntó si era una señal para continuar con ella, y de tanto cuestionarse, surgieron las siguientes rimas:

¡¿Destino?!

Divisando el horizonte preguntaba:
¿insistirá el destino en acercarnos?
¿acaso jamás podremos escaparnos,
ni acabar con la pasión que nos ataba?
A mis preguntas el cosmos contestaba:
A pesar del imposible que persiste,
brotará de vuestras almas el anhelo,
revivirá la pavesa que expiraba.
y esa chispa del amor que ahora insiste,
¡un día será la luz de vuestro cielo!

*

Pasaron las semanas y Aurora no regresaba al terruño. Áyax acudía constantemente a La Esperanza y siempre regresaba cabizbajo al Colmenar. Al cabo



de dos meses entendió que aquello era idea de doña Federica para alejar a su hija. La lejanía, la ausencia de la amada y la necesidad de cariño, causaron en el charro el efecto que pretendía la señora; volvió a ser un cazador de amores y de nuevo gozó de las tibias caricias de las criollas. Sin embargo, cuando era víctima de un ataque repentino de recuerdos, sentía punzadas en el pecho, como si los cristales rotos de la copa de la pasión le rasgaran de a poco el corazón, pero las ignoraba y seguía con su vida de don Juan.

Pasaron los meses, llegó el invierno y quizá por lo emotivo de las fechas, Áyax le agradeció a sus tías la hospitalidad que le brindaron y les dijo que regresaría a su hogar, donde pasó las fiestas decembrinas en familia, redimido de todas sus andanzas. En enero de 1863, pasadas las resacas de los excesos navideños, nostálgico y sintiendo aún esos pinchazos en el corazón, redactó una carta.

Mi Musa

Tecomajiaca, a 6 de enero de 1863

Después de escudriñar en los archivos de mi mente, intento de nuevo comprender la situación, apuro de un sorbo mi café caliente, no puedo, aún no puedo llegar a la razón, aquella que me diga por qué mi alma siente. Ahora que lo pienso, tengo el corazón necio, bruto, terco, no sé la definición correcta, recalcitrante, sin admitir tu cruel desprecio, empecinado en lo que a tu amor respecta, ¡un día, mi ser tenía que pagar el precio!

Decidí retomar mi vida del pasado, iniciaré o mejor retomaré el camino andado, a pesar de este sueño malogrado; nunca, lo sé, nunca residí en tu destino, aun cuando con ello vivía ilusionado. Así es, querida Aurora, me enamoré de ti bobamente, en vano mi supuesta experiencia. Renuncio, ya no más, insisto, ya lo decidí, es hora de regresar, de retomar mi esencia, urgiré el olvido, aunque solo piense en ti.

Difícil resultará emprender la partida, inventarme una nueva ruta a transitar, apartarme de Aurora, el amor de mi vida, no será nada fácil intentar resucitar a una nueva vida... ¡No encuentro la salida!

Aurora, Aurora, Aurora, no imaginas lo que siento, impregnaste toda mi existencia con tu esencia, acaparaste para ti todo pensamiento, no dejaste aliento para otra ocurrencia, alargaste tu presencia en mi sentimiento.

¡Ay, Dios! Tarde que temprano tenía que acabar, borrascas se avecinan sobre mi camino, revueltas, enormes y bravas olas de altamar embestirán la embarcación hacia mi destino, una consecuencia de mi loca forma de amar.



¿Durará para siempre este, mi sentimiento? Inútil es por demás intentar evitarlo. Además, quiero que sepas, que esto que siento no debe de afectarte, es mejor ignorarlo, acaso callaré y suspiraré al viento, abrigando una persistente esperanza, brava la canija, que se resiste a morir, resurge a pesar de la ingrata lontananza. Es aquella que alimenta mi lóbrego existir, umbrío por la dicha que busca y no alcanza.

Debes saber, antes del adiós definitivo, insisto, este será nuestro último adiós, a veces, cuando estoy a solas, pensativo, no sé, pero creo escuchar tu cálida voz. ¡Ah, qué cosas!, ¿no? Con este corazón cautivo, así es, cautivo de tus ojos, tu belleza. ¡Bella como ninguna, inigualablemente! Resquebraja ante tus ojos verdes mi dureza, esos ojos verdes que amaré incansablemente, ustorios que al mirarme derriban mi tristeza.

Despedida... ciertamente, es la despedida, iniciaré, o mejor, seguiré en soledad... Ahora que de verdad emprendo la partida, no quiero que olvide a su poeta, tenga piedad. Acuérdesse que siempre inspirará su vida, aun cuando no estén juntos y resulte ilusa, boba o ridícula su forma de expresarlo, recurriendo a los poemas de letra inconclusa. Es verdad, aunque pretenda, no podrá negarlo... Usted será para él, por siempre, una musa.

Nota:

Te escribo desde el exilio de tu corazón, en este lugar también llamado gris soledad, nombrado así por aquellos que sufren una pasión, o por los que sienten en su alma la oquedad, como tu poeta, que sucumbió con su ilusión, hastiado de escribir tantos versos a tu beldad. Beldad que seguirá siendo fuente de inspiración, a pesar que insista la renunciación en cierne; seguirá porque así lo siente este corazón, testarudo, que, por momentos, no sé qué tiene; amándote se empecina en la renunciación, renunciación que será en mí, dolor perenne.

Atentamente: Tu Poeta.

*

Aurora, por su parte, ignoraba que su larga estancia en San Juan Bautista, en la casa de la familia Ventura, se debía al cometido de doña Federica por alejarla de Áyax. La joven ingenuamente cayó en la fullería de su madre y la convivencia diaria con Filiberto dio los resultados esperados. Aurora acudía al teatro

San Juan, a los bailes de la alta sociedad, a la plaza principal, a todos los sitios de reunión social en compañía de Filiberto y las fiestas decembrinas, cargadas de emotividad, la condujeron a dar el sí a las pretensiones del fifí.

Ya para el 24 de diciembre de 1862, los jóvenes eran novios formales con la anuencia de las familias, y en la cena de Noche Buena festejaron con gran júbilo el noviazgo. Don Encarnación Ventura, padre del pretendiente, propuso un brindis en honor a la naciente relación, y auguró un futuro promisorio con miras a posibles nupcias. Doña Federica también alzó su copa, agradeció la hospitalidad que les habían brindado y se unió a los parabienes a la nueva pareja, además de compartir la idea de un futuro casamiento; Filiberto, como buen refinado, alzó su copa y brindó por la mujer más bella que sus ojos hubiesen visto jamás; Aurora, plena de felicidad, agradeció el cobijo de la familia Ventura y afirmó sentirse bendecida por ser la novia de un joven tan educado y decente, dando a entender que no veía con malos ojos un próximo enlace matrimonial.

A mediados de enero de 1863, doña Federica, satisfecha de su logro, dispuso que debían ir a La Esperanza, alegando que después de varios meses debía supervisar el trabajo de Juan. En el desayuno, agradeció a la familia Ventura haberlas alojado por tantos días; los anfitriones le externaron su aprecio y distinción, aduciendo que extrañarían la convivencia con tan respetables damas, pero que confiaban en el pronto regreso y mantendrían viva la ilusión de un enlace de ambas familias.

Madre e hija se embarcaron en la Italiana y Tomasín la condujo hasta la finca. Apenas desembarcó, Aurora fue atacada por infinidad de pensamientos sobre Áyax, la nostalgia la invadió y sintió una opresión en el pecho, como si la euforia de su estancia en San Juan Bautista fuera una ilusión que se desvaneciera al tocar la realidad, cual bruma disipada por el viento del campo. Se arrepintió de aceptar a Filiberto como novio, y la sensación de vacío creció cuando Juan le alargó un papel.

—Patroncita, le trajeron una carta.

Temblorosa, desdobló la hoja. Antes de concluir la lectura estalló en llanto y corrió a refugiarse en su habitación, donde estuvo un par de horas, desconsolada, hasta que se recuperó, tomó aire y secó sus lágrimas.

—Está bien, si regresó con su esposa, que se quede con ella, yo jamás lo buscaré —dijo en voz alta, tratando de convencerse.

VII

La primavera de 1863 fue distinta. En abril el amor no floreció, todo fue añoranzas y suspiros de Áyax y de Aurora. El enorme orgullo que ambos profesaban les impedía buscarse, aunque albergaban la esperanza de encontrarse en las calles de Teapa. Cada vez que alguno visitaba el pueblo, buscaba con la mirada encontrar al otro, pero no tuvieron buena suerte.

Áyax vivía en su rancho pero la relación con Nicole no era la misma; ella sufría en silencio y eso la volvió seca y fría con su esposo; él estaba dedicado al trabajo y quizá por la culpa que lo atormentaba, tampoco era cariñoso con ella. Aurora, en La Esperanza, cada vez que los perros ladraban corría a asomarse, pensando que podría tratarse de él, pero sus ilusiones se desvanecieron y así fueron pasando los días, hasta que llegó el verano y llegaron a suelo tabasqueño los invasores de la patria.

*

La noche del 17 de junio de 1863, en San Juan Bautista, capital del estado, se presentó el filibustero Eduardo González Arévalo, más cien filibusteros a bordo del vapor El Conservador y las canoas de guerra Diana y Matilde. A los pocos días se recibió la noticia en Tecomajiaca, y en una reunión familiar en el rancho de los Bastar Zozaya, los amigos y primos de apellidos Beltrán, Luque, Ocampo, Prats, Rodríguez, Castro, Correa, Sánchez, Cano y Rubio, comentaban lo sucedido, mientras departían y libaban aguardiente de caña.

—Dicen que el gobernador Dueñas no se quiso unir a los intervencionistas, que desde hace meses lo vienen hostigando y con amenazas de invasión desde la Isla del Carmen; que de Palizada también han querido invadir Jonuta y que Dueñas mandó fuerzas para allá, entonces era de esperarse que nos invadieran —argumentó Alejandro Bastar.

Hizo una pausa para tomar un trago y prosiguió mientras todos estaban atentos a su relato:



—También se cuenta que los intervencionistas bombardearon la ciudad y con ello murió el hijo del exgobernador Ampudia y otra persona; que también resultó herido Vidaña, jefe de las fuerzas armadas; por tal razón, las autoridades decidieron la retirada hacia la Chontalpa y Pichucalco, para pedir refuerzos y organizar la defensa de la capital.

Reinó el silencio por unos segundos, hasta que habló Anastasio Luque.

—No, primo, yo supe otra versión. A mí me dijeron que los imperialistas no pasaban de cien filibusteros y que en la capital había más de seiscientos hombres de armas, que estaban bien posicionados en lugares estratégicos para repeler el ataque; sin embargo, se fueron replegando hacia Atasta y Tamulté, dejando acéfala la ciudad, para luego irse en desbandada hacia la Chontalpa y la Sierra, tirando sus cañones a la poza del convento, lo que permitió a González Arévalo hacer de las suyas sin disparar un tiro.

Alejandro sonrió.

—Sí, también me contaron esa versión; sin embargo, todo indica que sí fue real la muerte de Ampudia hijo, y dicen que estaba en el puente del arroyo El Jícaro cuando recibió el tiro y también que resultó herido Vidaña; pero si fue de una o de otra manera, lo cierto es que los invasores ya están en posesión de la capital y eso no debemos permitirlo, tenemos armas, fusiles, escopetas, revólveres y machetes, ¡vamos a organizarnos en un ejército de ciudadanos juaristas en defensa de la patria!

—¡Así sea! —gritaron los concurrentes.

Entre libaciones, risotadas y fervor nacional, siguió la charla patriótica entre aquellos chinacos teapanecos. El turno fue para José María Bastar Zozaya.

—En la Chontalpa ya se están organizando para la defensa de la libertad. Hace unos días, Román, el tayacán, me entregó un papel que le trajo un familiar de Comalcalco. Fue así como llegó a mis manos la proclama de don Pedro Méndez, que a continuación les leeré.

«CHONTALPANECOS: La planta de inicuos invasores ha venido a fijarse en territorio del Estado...».

—¡Bravo! —gritaron todos cuando finalizó la lectura de la proclama. Brindaron por el recién formado ejército y acordaron estar pendientes para el llamado de la patria.



Una mañana soleada en Tecomajiaca, Áyax estaba en el corredor de su casa, sentado en una mecedora leyendo un libro de poemas, y a lo lejos alcanzó a ver el chontal de un jinete que se acercaba. Cerró el libro y cogió un fusil que tenía recargado en la pared, a fin de estar preparado por si se trataba de un enemigo. El jinete abrió la puerta del lindero del casco de la hacienda, era Evelio, a quien había mandado como espía a San Juan Bautista para que investigara cómo estaban las cosas. Se apeó el caporal, se descubrió la cabeza y caminó hacia el corredor.

—Buenos días, patrón, cumplí a rajatabla la orden que me dio, estuve preguntando en las tiendas y en las barberías. La gente tiene miedo, dicen que don Arévalo ha mandado a fusilar a un montón de hombres que estaban en contra de él. Hay muchos chismosos que quizá por miedo o no sé yo, le llevan la información a este señor de don Arévalo; ya se enteró que don Pedro Méndez lanzó su arenga en la Chontalpa y lo mandó a apresar, ya se lo llevan preso a San Juan de Ulúa; también se enteró de vos y los Bastares y me dicen que van a mandar unos soldados para acá, por eso me vine lo más rápido que pude, debe usted alertar a todos.

—Gracias, Evelio. Alístame una bestia, que voy al rancho de los Bastar.

*

Al rayar el mediodía, en el rancho de los Bastar Zozaya se reunieron los chinacos y urdieron el plan para recibir a los soldados de Arévalo. La estrategia fue de Eduardo Rosario, quien propuso no hacerles frente en la entrada del pueblo, sino esperar a que se confiaran para envolverlos y no dejarles escapatoria. Les agradó la idea, se parapetaron y esperaron a que llegara el enemigo. A los lejos se escucharon los cascos de varios caballos y al frente del piquete de soldados iba un esbirro de los francotraidores, el capitán Reguera, quien gritaba que mejor se rindieran y entregaran la plaza, pero solo el silencio de la montaña era la respuesta.

La compañía marchaba al toque de trompeta y tambor; ingresó al lugar sin que nadie le hiciera frente porque aquello parecía un pueblo fantasma. Solo había algunas personas asomadas en las puertas y ventanas de sus casas, que miraban pasar a los imperialistas. Los soldados llegaron al atrio parroquial invadido por un silencio sepulcral, solo se escuchaba el canto de las aves y la calma chicha se apoderó del batallón.



Cuando estaban confiados pensando que los rebeldes habían abandonado el lugar, fueron sorprendidos por los teapanecos, que a lomos de sus caballos los rodearon realizando varias descargas de fusiles, escopetas y revólveres; los invasores no tuvieron más remedio que bajar sus armas y rendirse ante el factor sorpresa de que se valieron los juaristas.

—¡Pongan sus armas en el suelo! —gritó Áyax. Él y Eduardo Rosario Bastar Zozaya desmontaron y caminaron hasta donde se hallaba el capitán Reguera; los otros permanecieron montados en sus bestias, apuntando con sus armas a los francotiradores.

Áyax empujó a Reguera y le mentó la madre, pero Eduardo Rosario se atravesó, sujetó al capitán por la casaca y le asestó una tremenda cachetada que le dejó la cara marcada.

—¡Qué poca madre tienes, malnacido! ¡Mira que prestar tus servicios a los invasores! —Acto seguido carraspeó y lanzó al rostro del capitán un escupitajo con flema que se escurrió hasta manchar el uniforme traidor.

—¡Deberíamos fusilarlos a todos! —amenazó Eduardo Rosario con fiereza en la mirada, mientras caminaba alrededor del batallón— Pero a diferencia de ustedes, nosotros no somos asesinos, solo nos quedaremos con sus armas y parque. Regresen a San Juan Bautista y díganle al filibustero Arévalo que Teapa es libre y juarista, aquí jamás van a entrar los franceses a mancillar nuestro suelo, que esto solo es una advertencia, la próxima vez, no quedará uno vivo.

El piquete de soldados regresó a la capital del estado; iban desarmados y con las cananas vacías, humillados y como huella de ello, la mancha en el uniforme traidor. Entre algunos hacendados conservadores de Teapa corrió la noticia de la hazaña, noticia que no fue tomada con agrado por dichos hacendados, entre los que se encontraba doña Federica Iduarte. Al día siguiente, en La Esperanza, a la hora de la comida platicaban Aurora, doña Federica y Filiberto Ventura.

—Son una bola de salvajes deslamados, estos que se dicen defensores de la patria —aseguró la señora en tono despectivo, mientras cortaba el tasajo— Me cuentan que ese que fue tu profesor, Áyax Beltrán, le pegó con el fuste en el rostro al capitán que dirigía el batallón y que quería colgarlo como escarmiento, ¿díganme si eso no es un acto de barbarie?

Aurora sintió que le subían y bajaban los colores del rostro, mientras que Filiberto pelaba los ojos en señal de asombro y miedo.

—Madre, con todo respeto, a mí me contaron otra versión, me dijeron que fue Eduardo Rosario Bastar Zozaya quien abofeteó y escupió al capitán, pero



además, pudieron fusilarlos a todos, o en su caso al capitán, pero les perdonaron la vida, entonces no fue ningún acto de barbarie, estamos en guerra contra el ejército más poderoso del mundo y no obstante los dejaron ir vivos en un acto de hidalguía. No, madre mía, no son desalmados, desalmados los que le cortaron la cabeza a Sentmanat y después la frieron en aceite ¿verdad? Pues ¿qué creen? También estos franceses son unos desalmados, porque tengo noticias de que Arévalo utiliza la horca y la guillotina para ejecutar a los que están en su contra, crueldades que no se habían visto en estas tierras.

Reinó el silencio por un par de minutos, doña Federica no pudo ocultar su molestia y Filiberto solo miró su plato; la situación fue incómoda, hasta que doña Federica rompió el mutismo.

—Parece que estoy escuchando a tu padre, siempre defendiendo a los desarrapados.

Aurora sonrió con orgullo y nostalgia por su padre ausente, mientras que Filiberto seguía sin levantar la mirada, lo que la molestó y muy enojada se dirigió a él.

—Bueno, tú no has dicho nada, no opinas, solo comes y ves tu comida. ¡Habla, di algo!, ¿qué piensas de la intervención francesa?, ¿eres liberal o conservador?

Filiberto se atoró con el bocado que intentaba comer, tomó el vaso con agua de papaya y se ayudó a pasarlo, para luego contestar:

—Ay, Aurorita, me asustas con tantas preguntas y de tan mal talante. Mi familia es de comerciantes y somos católicos; Juárez y los liberales no se cansan de atacar a la Iglesia católica, es necesario que alguien les ponga un hasta aquí.

—¿No te hierva la sangre al ver a unos extranjeros enseñorearse en suelo mexicano, haciendo de las suyas, exigiendo impuestos a ustedes, los comerciantes? —refutó Aurora.

Filiberto, lívido como una hoja de papel, no hallaba qué contestar, sacó de su chaqueta un pañuelo y secó el sudor que le escurría por la frente, haciendo tiempo para encontrar las respuestas pertinentes.

—Bueno, amada mía, es que de algo se deben sostener las tropas que vinieron a salvarnos de los tiranos liberales.

—¡Habrase oído semejante barbaridad! Nunca imaginé escuchar tal sandez. Y si tanto apoyas a los invasores, ¿por qué no te unes a sus ejércitos?, y así nos «salvas» de los liberales.

—No, Aurorita, yo no soy un hombre de armas.



—Sí, ya me di cuenta de que no eres un hombre... de armas. Con permiso, tengan ustedes buen provecho.

Se levantó de la mesa y se retiró a su habitación; doña Federica se mostró afligida con su actitud.

—Me apena mucho la conducta de mi hija, es igualita a su finado padre, quien también se apasionaba a favor de los indios y harapientos. Te pido que la disculpes; más tarde hablaré con ella, cuando se le pase el coraje.

—No se preocupe, doña Federica, no pasa nada —respondió Filiberto.



VIII

Una mañana de mediados de diciembre de 1863, Áyax estaba en las caballerizas, cuando a lo lejos se escuchó el tropel de caballos que se acercaban; preocupado, revisó su revólver y vio que sí tenía parque, luego fue hacia su Dorado porque en la montura llevaba una escopeta y también la revisó. Se parapetó arriba de un árbol de mango para esperar a los intrusos. Cuando abrieron la puerta del seto alcanzó a ver a Anastasio Luque y supo que era el ejército de tepanecos; descendió del árbol y se acercó a recibir a sus compañeros de armas.

—¡Cuánto bueno! ¿Qué les trae por acá?

Los jinetes se apearon y caminaron a encontrarse con él. José María Bastar Zozaya lo abrazó.

—Primo, Anastasio Luque, Juan Correa y Eduardo Rosario acaban de regresar de San Juan Bautista, fueron a investigar y traen noticias, no quisieron decir nada hasta que tú y Alejandro estuvieran presentes.

—Pues de una vez, vamos a platicar. Ahora mismo le pido a doña Lupe que prepare una cubeta de chorote y un caldo de gallina.

Debajo del mango, Evelio y él dispusieron un tablón con sillas de madera rústica alrededor.

Una vez reunidos en torno al tablón, los chinacos serranos hablaban, mejor dicho, gritaban en completo desorden, hasta que José María Bastar Zozaya se levantó, dio un golpe en la mesa y levantó la voz.

—¡Silencio! Vamos a hablar uno por uno, que empiecen los que fueron a la capital, para enterarnos de lo que está sucediendo por allá.

—Tiene razón Chema.

—Sí, tiene razón, ya cállense.

—Sí, que hablen los que llegaron de la capital.

Poco a poco se desvaneció el cuchicheo, hasta que quedaron en absoluto silencio, solo el gorjeo de las aves y el pastoreo de las vacas se escuchaban a lo lejos.



Juan Correa empezó a contarles:

—Comenzaré por decirles que iremos a San Juan Bautista para recuperar la ciudad. Uniremos fuerzas con Lino Merino, de Tacotalpa; para eso, mi compadre Eduardo Rosario les dará las instrucciones al final. Antes, quiero platicarles lo que ha ocurrido en nuestro estado. Los «importantes» que forman el gabinete de Arévalo son: fray Eduardo Moncada, como siempre, el clero metido hasta el gajo; Félix Formento, Gabriel Escoffié, Antonino Saury, Francisco Casasús, Francisco Maldonado, Mariano Aguado y Manuel Foucher. Pero no se desanimen, que la rabia, la indignación por la ocupación de nuestro suelo no solo la sentimos aquí, también en Comalcalco, donde ya se rebeló Gregorio Méndez; en Cárdenas, donde se rebeló Andrés Sánchez Magallanes; en Cunduacán, donde ya se libró una batalla comandada por Gregorio Méndez y ganaron las fuerzas republicanas, batalla que también mi compadre Eduardo Rosario les contará, pues él platicó con uno de los participantes. Yo les cuento de lo que me enteré al platicar con comerciantes, barberos y gente en las tiendas tomando aguardiente. Pues bien, el filibustero Arévalo se enamoró de una jovencita de Cunduacán de nombre Fidencia Fernández Sastré, su padre es dueño de la hacienda Santa Rosalía, en el municipio de Cárdenas; el invasor quedó prendado de la joven, se empecinó en casarse con ella y sin contar con su consentimiento ni de sus padres, a todo el mundo le dijo que en menos de un mes quedarían unidos en matrimonio, al extremo de mandar a hacer una elegante vajilla en Estados Unidos, así como licores con fastuosas etiquetas en las que venían los nombres de ambos.

Hizo una pausa para tomar un trago de chorote y continuó:

—Sin embargo, la señorita Fidencia, en congruencia con su sentir patriótico, tomó la determinación de salir del país, se cortó el pelo, se disfrazó de hombre y salió de la finca junto con su hermano, Cándido, a lomos de sendos caballos; al pasar por Huimanguillo se les unió el joven alemán Agustín Lut-zow y, según se sabe, pasaron por Pichucalco, luego San Cristóbal y salieron del país por Tapachula.

Todos festejaron la hazaña de Fidencia con risas y golpes en la mesa, vito-reando su dignidad y amor a la patria. Los comensales estaban por concluir los platos de caldo de gallina cuando Anastasio Luque levantó la mano y llamó la atención de sus compañeros, poniéndose de pie.

—En el municipio de Cárdenas, el 6 de octubre de este año se levantó en armas el capitán don Andrés Sánchez Magallanes, redactó un acta como la



proclama de don Pedro Méndez, pero tampoco encontró la respuesta deseada y se refugió en la barra de Santa Ana ante el ataque de los francotraidores. En su acta alentaba a quitarse el yugo ominoso en que nos encontramos desde el 17 de junio, también instaba a desconocer el gobierno de Arévalo, a defender el suelo nacional, la independencia y libertad que nos legaron Hidalgo y Morelos y algo que considero muy importante, mandar correo violento al coronel Eusebio Castillo, comandante militar del estado, ausente en Ixtacomitán, Chiapas, adjuntando la referida acta, para que regrese y cumpla con su deber.

—¡Sí, que cumpla con su deber!

—¡Se le debe exigir que regrese a encargarse de la defensa!

—¿Para qué? Nosotros somos suficientes para echar del estado a los traidores.

Y así continuó el parloteo inentendible, hasta que Áyax interrumpió aquel barullo.

—¡Epa, silencio, serranos! Ya está cayendo la noche, el frío comienza a apretar, es hora de un aguardiente, ¿quién quilete?

—¡Yo machete! —respondieron entre carcajadas.

Entre libaciones y risas, llegó el turno de Eduardo Rosario. El egregio charro serrano se puso en pie y en ese momento se callaron todos. Le dio un trago a su vaso y comenzó:

—Cada día somos más los patriotas dispuestos a luchar contra los francotraidores. Dos días después de que en Cárdenas se levantara en armas Sánchez Magallanes y lanzara su proclama, en Comalcalco se rebeló Gregorio Méndez Magaña; cuentan que nombró como su lugarteniente a Regino Hernández y cuando lo dejó en su lugar para ir por unos fusiles escondidos en Jalpa, Regino aprovechó y atacó la plaza, tomando posesión de ella. El prefecto francotraidor salió huyendo dejando hasta la casaca. Arévalo se enteró y enseguida mandó sus huestes, sorprendiendo a Regino y a Méndez, pues igual que nosotros, no son militares de carrera y a pesar de sus treinta o cuarenta fusiles, no lograron hacer frente al invasor y se desperdigaron por el monte. Méndez se refugió en la casa de Gil Flores, pero en la rebambaramba se cerró la puerta y Gil Flores quedó afuera, por lo que fue apresado pensando que era Méndez y lo dejaron colgado en uno de los árboles.

Llegó la noche, la temperatura bajó bastante, los chinacos seguían libando aguardiente y algunos fumaban tabaco de Huimanguillo. Áyax le pidió a Evelio unas velas que colocaron sobre el tablón y una lámpara de petróleo que



colgó en una de las ramas del mango. Eduardo Rosario los miró con la fiera que lo caracterizaba y continuó con su relato.

—Después de la sorprendida que les pegó Arévalo, Méndez se refugió en una hacienda de Comalcalco, donde lo alcanzaron Regino Hernández y otros patriotas; partieron rumbo a la barra de Santa Ana, donde se encontraba Sánchez Magallanes, juntaron sus fuerzas y nombraron al nuevo ejército Brigada de Operaciones: Méndez es jefe con grado de coronel y Sánchez Magallanes subjefe con grado de teniente.

Hizo una pausa para aspirar el humo de su morrón e ingirió un gran trago de aguardiente hasta dejar su vaso vacío. Todos seguían atentos a su narración, a pesar del frío y la humedad. Áyax dispuso que Evelio trajera más botellas de licor.

—Aquel grupo de ciudadanos armados, verdaderos patriotas, partió de la barra de Santa Ana y el 28 de octubre, entre vítores de la población, se le vio desfilar por el centro de Comalcalco; tomaron Cunduacán sin disparar un tiro, pero Arévalo no se iba a quedar con los brazos cruzados, era de esperarse un enfrentamiento.

Mientras Eduardo le daba otro jalón al tabaco, Roberto Beltrán gritó:

—¿Qué pasa con el aguardiente? —Reclamo que fue secundado por Fernando Beltrán y otros chinacos. Áyax, sonriendo, se levantó y cuando se disponía a llamar a Evelio, vio que venía con un morral cargado de botellas, una charola con abundante queso de puerco ya rebanado y un par de quesos frescos que le mandaba Nicole a los comensales.

Todos aplaudieron y gritaron vivas a Evelio, a Nicole y Áyax. Eufóricos se volvieron a servir licor, en completo desorden querían coger del queso de puerco y los quesos frescos que Evelio puso al centro del tablón, junto con unos pedazos de tortilla gruesa.

Una vez calmado el grupo, ya que todos se habían llevado a la boca algo de comida bajada con caña, Eduardo se puso en pie, sacó su puñal y comenzó a hacer unas rayas en el tablón, a manera de croquis, para explicarse mejor.

—Arévalo salió de San Juan Bautista con rumbo a Cunduacán para atacar a Méndez y Sánchez Magallanes, pero pernoctó en la finca La Trinidad, donde se encontraba el mozo Abraham de la Cruz, que sigilosamente escapó con la anuencia del hacendado para dar aviso a Méndez, cuestión que le permitió a la Brigada de Operaciones emboscarse la madrugada del 1 de noviembre en un lugar llamado El Jahuactal, para esperar y sorprender a los traidores. Me con-



taron que ese lugar es un bosque tupido a los lados del camino real, ahí se parapeté la infantería de los patriotas con fusiles y machetes en mano, en espera de que pasara el contingente de los invasores y envolverlos en fuego cruzado, mientras la caballería se quedó resguardando el pueblo. Se puede decir que sucedió a como lo tenían planeado, el enemigo marchaba triunfalmente en columnas hacia el pueblo, dispuesto a atacarlos y justo cuando comenzaban a atravesar el bosque, el sargento Jacinto López, con arrojo patriótico, machete en mano y una reata se abalanzó sobre la escuadra enemiga con el afán de quitarles el cañón, pero un disparo de este hizo pedazos al valiente sargento, mas sus compañeros lograron apoderarse de la mencionada pieza y así comenzó la batalla. Todo fue humo, balazos, metralla, machetazos; el capitán Reyes Hernández arremetió sobre los que llevaban el parque y se apoderó de una caja de cartuchos, apertrechó a los suyos y nuevamente se lanzó sobre los enemigos haciéndolos huir despavoridos. También ayudó que don Bibiano García azuzó al ganado que pastaba por ahí, haciéndolo correr en tropel sobre los elementos de Arévalo, que descontrolados huyeron rumbo a San Juan Bautista. Una victoria más para la República; los trofeos de guerra para los juaristas fueron: un cañón de a cuatro con ciento treintaitrés botes de metralla, quince caballos ensillados, tres espadas, doce cajas de parque para fusil, setenta fusiles, diecisiete lanzas y diez mosquetes. Los malparidos traidores tuvieron treintaisiete bajas, varios heridos y un montón, como ochenta o noventa, dispersos en la huida; del lado patriota fueron seis los muertos y catorce heridos que fueron atendidos en un hospital improvisado en Cunduacán, donde señoras del pueblo se prestaron a ayudar como enfermeras.

—¿Y Arévalo?, ¿qué pasó con él? —interrumpió Áyax.

—La infantería lo siguió unos diez kilómetros, pero no lo alcanzaron.

—¿Y la caballería?

—Esa pregunta nos hacemos todos —respondió Bastar— Si don Goyo Méndez y Sánchez Magallanes hubieran seguido a los invasores, los habrían aniquilado y Tabasco ya estaría libre de estos malnacidos, pero ignoro el motivo por el cual no dispusieron de la caballería.

Los chinacos mostraron su enojo mentando madres, golpeando el tablón y levantándose de sus asientos; aquello se volvió un desgarrate, una gritería de leperadas y maldiciones. El aguardiente ya había hecho efecto, por lo que Eduardo Rosario tuvo que poner orden alzando más la voz y dando tres golpes sobre la mesa; solo así volvieron a la compostura.



—Ya es hora de irnos a dormir —dijo Bastar en tono molesto— Fue demasiado aguardiente; mañana nos pondremos de acuerdo para encontrarnos con Lino Merino y partir hacia San Juan Bautista.

*

El 26 de diciembre de 1863, a las seis de la mañana, sobre la campiña teapaneca caía una llovizna débil pero suficiente para llenar algunas zonas de fango. Se oyeron cascos de caballos sobre el lodo cerca de la casa de Eduardo Rosario, quien ya tenía su bestia ensillada y estaba listo para partir. Los serranos llegaron uno a uno y la señora Luque, esposa de Eduardo, ordenó que se les sirviera chocolate caliente. Una vez que completaron el grupo, partieron rumbo a Tacotalpa. Eduardo Rosario iba al frente, seguido por José María y Alejandro Bastar Zozaya, pasos atrás iban Anastasio Luque, Juan Correa, Áyax, Fernando y Roberto Beltrán, seguidos de Andrés Prats, Julio Sánchez, Anastasio Ocampo, Carlos Cano y otros jinetes liberales de la Sierra. Cuando llegaron a Tacotalpa se reunieron con el coronel Lino Merino y partieron con rumbo a San Juan Bautista; al llegar al pueblo conocido como Las Raíces, acamparon en espera de noticias de los patriotas de la Chontalpa, para sitiar la capital y atacar a los francotraidores. Cuando recibieron al propio con las noticias de la Brigada de Operaciones, levantaron el campamento y avanzaron hacia San Juan del Alto, frente al Tinto, donde ya se hallaba una avanzada de las fuerzas liberales. Por tierra, San Juan Bautista estaba completamente bloqueada por las huestes republicanas.

El 31 de diciembre corrió la noticia de que Arévalo había evacuado la capital, derivada de un anónimo recibido por Pedro Fuentes, el comandante de las compañías Oaxaca y Juchitán, acampadas en la hacienda Mazaltepec, a tres leguas de la capital. Al recibir la noticia, algunos chinacos de la Sierra comenzaron a lanzar vivas a la Republica cantando victoria anticipadamente. La alegría comenzaba a contagiarse cuando escucharon los cascos de un caballo acercarse a todo galope; se alertaron y prestos a responder una posible agresión, esperaron al jinete que comenzó a detener el paso, se apeó, tomó el chontal con la mano izquierda y se descubrió la cabeza.

—¡Soy el cabo Ramírez, quiero hablar con mi comandante Bastar! ¡Vengo de parte de mi coronel Méndez!



Anastasio Ocampo acarició la cacha de su pistola enfundada en el ceñidor, se lo quedó viendo de arriba a abajo analizando la autenticidad de lo que decía y al ver que el cabo le sostuvo la mirada sin mostrar temor alguno, le dijo:

—Espérese ahí, déjeme le aviso a don Eduardo.

El chinaco caminó entre el campamento y notificó a Bastar, quien enseguida acudió a entrevistarse con el recién llegado.

—¿Qué se le ofrece, amigo? Soy Eduardo Bastar.

—Mi comandante, vengo de parte de mi coronel Méndez, para informarle que la noticia recibida por el comandante Fuentes puede ser una trampa del enemigo. La instrucción es que se mantengan en sus puestos y alertas de un posible ataque.

—Enterado, mi cabo, dígame al coronel Méndez que la sección Zaragoza se mantiene firme en su posición.

*

Y así fue. El enemigo seguía ocupando la plaza de San Juan Bautista porque los comerciantes le brindaron apoyo, algunos de *muto proprio*, otros obligados, pero Arévalo logró atender a sus tropas. Sin embargo, comenzaron las hostilidades por los denodados patriotas Pedro Fuentes y Narciso Sáenz, quienes se introdujeron a la capital en dos ocasiones, incluso llegando al extremo de echar al vuelo las campanas de la parroquia, lo que enfureció al enemigo y preocupó al jefe de la Brigada de Operaciones, quien desde Cunduacán mandó a Sánchez Magallanes a calmar los ánimos de las secciones de vanguardia que estaban ocasionando desórdenes; llegó a Mazaltepec y notó la ansiedad de las tropas por establecer el cuartel en Atasta; dio parte de ello a Méndez y el 9 de enero de 1864 comenzó el avance de las tropas republicanas sobre San Juan Bautista, ocupando Atasta y Tamulté.



IX

El 11 de enero, a la una de la tarde, se fijó el cuartel general de la Brigada de Operaciones en Tamulté, con una fuerza cercana a los mil cien hombres, todos dispuestos a atacar a los invasores y sacarlos del estado.

El 13 de enero, Áyax se encontraba en su campamento, fumando un puro de Huimanguillo, cuando escuchó unas carcajadas de mujeres que se acercaban haciendo bulla; al mirar hacía el escándalo, vio que se traba de la Tirora, la dueña de la casa de citas donde festejó sus trece años; venía acompañada de diez muchachas alegres, lanzando risotadas. Al verlo se dirigió hacia él y le acomodó la solapa del traje.

—¿Qué tal, Bastarcito? Años sin verte, estás hecho un galán.

—Hola, Tirora, qué gusto verte, pero yo soy Beltrán, mis primos son los Bastar. ¿Qué te trae por acá? —preguntó Áyax, acariciándole el cabello.

—Vengo a hablar con el mero jefe, para ofrecernos como cocineras y enfermeras en caso de que algún soldado resulte herido. Los malnacidos de Arévalo abusaron de algunas de mis muchachas con total impunidad y queremos que ustedes les partan la madre y los saquen para siempre de aquí.

—Son bienvenidas. Vamos con el coronel Méndez, las voy a presentar con él.

El chinaco caminó hasta el campamento del jefe de la brigada, abrazando a las muchachas. Al llegar se percataron de que una señora, acompañada de tres jóvenes soldados, hablaba con don Goyo. Esta reunión la relataría muchos años después don Gregorio Torres Quintero, en su obra *Una familia de héroes*.

—Señor coronel, me llamo Andrea y aquí le traigo tres soldados armados. Vienen de Puebla, donde aprendieron a ver de frente y sin miedo a los franceses. Estos dos son mis hijos y este es su amigo, casi su hermano, por lo mucho que se quieren. El mayor es cabo, los menores son soldados, los tres son valientes. Mis hijos y yo somos de Teapa, son tabasqueños que vienen a pelear por su suelo. Los entrego a usted rogándole solamente que me permita estar cerca para asistirlos.



El coronel se manifestó complacido y la felicitó por su patriótica abnegación.

—Si ustedes son de Teapa, creo que se incorporarán con gusto en la sección Zaragoza, en donde se hallan los teapanecos al mando del comandante Bastar Zozaya, mi segundo en jefe.

—¿Bastar?, ¿quién, Eduardo o José María? —preguntó con alegría Manuel, uno de los jóvenes.

—Don Eduardo —contestó el coronel—, pero también su hermano está en nuestras filas.

Al escuchar la conversación, Áyax trató de identificar a los jóvenes, pero no logró saber quiénes eran. El coronel Méndez alzó la mirada y se percató de su presencia.

—Mire, doña Andrea, aquí está uno de los teapanecos, vayan con él para que los conduzca con el comandante Bastar.

—A la orden, mi coronel —respondió Áyax— Aprovecho para informarle que aquí están unas personas que vienen a ponerse a las órdenes de la brigada, a efectos de preparar comida y asistir a los heridos.

—Sean ustedes bienvenidas, bellas señoras. Son sumamente necesarios sus servicios, ahora mismo ordeno que las conduzcan con las demás mujeres que nos apoyan.

Áyax condujo a doña Andrea y sus acompañantes a donde se encontraba Eduardo Rosario Bastar.

—Mi comandante, me manda el coronel Méndez con estos soldados para que los incorpore a la sección.

—¡Cuánto bueno! —exclamó, abrazó con efusividad a los recién llegados y se dirigió a Áyax— Cuando vivías en Mérida, Manuel, Daniel, José María y yo hicimos buena amistad, solo que abandonaron Teapa para correr aventuras y ahora me emociona saber que peharemos juntos.

—Doña Andrea, si gusta la llevo donde están las señoras —ofreció Áyax. Ella asintió y se dejó guiar por el chinaco.

Cuando regresó, se encontró que Eduardo había reunido a la sección Zaragoza en consejo de guerra, y se incorporó para escuchar las instrucciones.

—Acabo de recibir la orden general extraordinaria, que con acuerdo del gobernador y por disposición del coronel en jefe, contempla la organización de la brigada de operaciones del estado y a nosotros, como sección Zaragoza, nos tocó ocupar la derecha de la línea, junto con la compañía Libres Costeños. En la noche se realizará una junta con el coronel Méndez, donde se tomarán las decisiones para el avance a la ciudad.



Al concluir la junta con el coronel Méndez, Eduardo Bastar reunió a la sección Zaragoza y les comunicó que a las tres de la madrugada saldrían rumbo a San Juan Bautista. Llegada la hora, ya los serranos estaban listos, con sus bestias ensilladas, vistiendo con donosura el traje nacional: egregios chinacos, algunos con dormán de paño con alamar de plata, otros con astracán de seda; pantalones también con alamares de plata, ajustado, color salmón; sombrero jarano de anchas alas, con galón de metal fino, simulando una serpiente; un puñal fajado en el ceñidor y el brillante revólver, de níquel y cachas de nácar. Comenzó el avance de la tropa por la línea derecha, es decir, por el flanco izquierdo del enemigo, se condujeron por un camino en el bosque para posicionarse en el barrio de La Punta. Ese día, Anastasio Luque se acercó a Eduardo Bastar y le dijo:

—Quiero inspeccionar los atrincheramientos del enemigo.

—Adelante, llévate un grupo de soldados, no vayas solo.

*

Al mando de una decena de soldados, Anastasio bajó por la loma de Esquipulas y los francotiradores lo recibieron a balazos; sus soldados se abrieron en dos flancos y se guarecieron en las paredes de las casas, respondiendo el fuego. Luque, en un alarde de valor, siguió, cual gallardo charro, cabalgando imperturbable en medio de la rúa bajo la lluvia de balas.

Eduardo y Áyax, cerca de la Plaza de Armas, platicaban preocupados porque Anastasio Luque aún no llegaba al campamento.

—Primo, me preocupa Anastasio, ya debería estar aquí —dijo Áyax.

—Precisamente en eso estaba pensando, estoy a punto de mandar una comisión a buscarlo.

En eso estaban cuando un soldado serrano se acercó diciendo:

—Mi comandante, hay un hombre que llegó corriendo, está muy agitado y quiere hablar con usted.

—Tráelo para acá —respondió Eduardo Bastar.

El hombre era un natural de San Juan Bautista, de condición humilde, andaba descalzo y con ropa de manta, estaba sudoroso y jadeante, con dificultad para hablar, con la respiración entrecortada.

—Patrón, soy mozo en la casa de don Julián Dueñas, de allá vengo porque mi prima Lupe, que también trabaja ahí, me dijo que acá estaban llegando los teapanecos y sentí el deber de informarles lo que acabo de ver.



—¿Cómo se llama usted?

—Prisciliano, para servir a Dios y a usted, patrón.

—Bien, ¿qué quieres contarme?

—Estaba limpiando el piso de la azotehuela de la casa de altos de mi patrón, y allí se encontraban don Eduardo González Arévalo y otros de los invasores. Ellos platicaban cuando empezó el tiroteo, yo dejé de limpiar y me puse atento a lo que pasaba; los balazos seguían y vi que le tiraban a un charro que seguía cabalgando sin inmutarse, en eso Arévalo, al ver que el jinete se acercaba sin temor y al percatarse que los soldados bajo su mando le apuntaban para pegarle de cerca, gritó:

—¡Eh! ¡Cuidado! Nadie tire a ese hombre. ¿No ven que es un valiente? A esos ejemplares raros se les debe respetar. A esa clase de hombres no se les asesina. Señor Milciades, tome usted los gemelos y diga quién es.

Don Fernando tomó los gemelos y dijo que no lo conocía, pero el teniente Casal, con el catalejo en la mano, dijo:

—Mi general, ese bravo joven es de Teapa, se llama Anastasio Luque.

—¡Qué tipo, vive Dios! ¡Qué envidiable serenidad! ¡Eso se llama despreciar el peligro! —Y se quitó el kepis para saludar al jefe Anastasio. Entonces, como ustedes son de Teapa, por eso necesitaba decírselo, patrón, y eso fue todo lo que vi.

Bastar, conmovido por el relato de Prisciliano, lo abrazó y lo cargó, festejando el suceso, y fue secundado por Áyax y los demás soldados que gritaron vítores para Luque.

*

Anastasio Luque, seguido de sus soldados, llegó a La Punta y se sorprendió al ver cómo los serranos se formaban en vallas para permitir su paso por el centro y aplaudían conforme avanzaba; enseguida imaginó que se trataba de la hazaña recién realizada, y con el dorso de la mano derecha pegado al ala del sombrero, les brindó un saludo charro a sus congéneres; se apeó, ató su jamelgo a un árbol de hule y se dirigió al comandante Bastar para darle el parte de lo que había observado.

—Mi comandante, son dos fortificaciones importantes: la casa de gobierno y el edificio llamado El Principal, ambas están aspilleras y con armamento presto para su defensa. Cuando realicé la inspección, al bajar por la loma de Esquipulas me llovió el plomo y mis soldados valientemente respondieron el fuego, pero algo extraño sucedió: al pasar por la casa de don José Julián Due-



ñas, los disparos cesaron, como si alguien hubiera dado la orden de parar el fuego, no me explico por qué. Mis soldados y yo seguimos nuestro camino y al pasar por El Principal vi que se halla artillado y con trincheras, enlazado a la manzana por horadaciones; este edificio, si mis cálculos no fallan, está sostenido por cuarenta bocas de fuego. Es cuanto, mi comandante.

Eduardo Bastar lo escuchó con atención, disimulando seriedad. Cuando Anastasio concluyó su relato, no pudo seguir fingiendo.

—¡Coño! —gritó, lo abrazó y lo cargó emocionado, mientras todos festejaban con algarabía.

*

Esa noche, cuando el bullicio cedió al canto de los grillos y el croar de los sapos, Áyax pensaba en los ojos verdes de Aurora, por lo que se sentó ante una mesa improvisada y a la luz de una veladora escribió el siguiente poema:

Ojos verdes

Enclavados en su faz, ¡ese marco perfecto!,
cuyos trazos sublimes enaltecen su aspecto.

Hallé sus lindos ojos, mirar de glauco fondo,
que reflejan el amor, que se clavan muy hondo.

Trataré de expresar, de dibujar sin disfraces,
la pasión elocuente de unos ojos vivaces
que decían mil cosas dialogando sin frases.

Lo diré con simpleza, sin tintes dramáticos:
ojos verdes, hermosos, ojos dicromáticos,
de esmeralda y oro, bellos, enigmáticos,
en los que convergían la malicia y decoro.
Ojos que, en mi soledad, anhelo y añoro.
¿Dónde estarán ahora, lindos ojos que adoro?

San Juan Bautista, a 15 de enero de 1864



Al terminar, dobló la hoja y la guardó en el bolsillo superior de su chaqueta; del bolsillo inferior sacó un morrón de Huimanguillo, lo encendió con la veladora y caminó hacia el barranco, donde se sentó a contemplar el río. Seguía pensando en los ojos de Aurora, en su bella sonrisa, en su grácil cuerpo y en su olor natural. Volteó hacia la izquierda y vio una escuadrilla francotraidora; caminó con sigilo para no ser descubierto y se percató que la escuadrilla estaba compuesta por el vapor Conservador, el pailebot Pizarro, las chalupas Corina, Diana y Aurora, y las cañoneras del vapor francés Tourmente y Pique. Tiró al río lo que quedaba del puro y pensó en voz alta: «Malnacidos, los expulsaremos de este suelo».

*

La mañana del 15 de enero llegó a San Juan Bautista una veintena de señoras provenientes de Teapa, entre las que destacaban Rosalía Luque Martínez, Daría Córdova Martínez y Nicole Urquiza Aguirre, las esposas de los chinacos serranos que venían a asistir a sus maridos.

—¿Con quién dejaste a Eloísa y Julissa? —le preguntó Áyax a Nicole, molesto.

—Mi madre y mi hermana llegaron de Mérida.

La misma pregunta hicieron Eduardo Rosario a Rosalía Luque, cuestionándola por el pequeño Simón; y José María a su esposa Daría Córdova, por los niños Ramón y José. Todos los infantes quedaron protegidos por sus familiares y las señoras, imponiendo sus enaguas, se instalaron para atender a sus respectivos cónyuges.

*

Áyax estaba contrariado. Nicole, una vez más, daba muestras de amor incondicional y eso lo hacía sentir culpable de abrigar esa pasión por Aurora. Ese mismo día fueron atacados por los invasores, sin que les causaran baja alguna. Los chinacos repelieron la agresión y al finalizar el tiroteo, Áyax le dijo a Nicole:

—Ya ves, estamos en guerra, me preocupa que estés aquí, no me perdonaría si algo te pasara.

—Tú no eres responsable de lo que me pase, estoy aquí por mi voluntad.



—Pero estás aquí por mí, si algo te pasa, será por mí.

—Estoy aquí por mi voluntad, por amor a ti. Es mi responsabilidad, no tuya.

Áyax frunció el ceño, hizo un ademán como diciendo que ya no quería discutir, se retiró hacia donde estaban sus compañeros y encendió un puro. Nicole, Rosalía y Daría se pusieron a cocinar un cerdo que llevó de regalo el mozo Prisciliano, quien ya colaboraba con los republicanos como espía en la casa de don Julián Dueñas.

Los ataques continuaron los días 16 y 17, sin causar bajas en ninguno de los frentes. Pero el día 18 hubo un enfrentamiento muy cruento, dejando tres muertos y cinco heridos, pero significó el avance de las tropas republicanas, logrando rodear al enemigo limitando sus fuerzas a unas cuantas manzanas pegadas al río.

*

Las mujeres cocinaban, lavaban ropa en el río y atendían a los chinacos, siendo ejemplo de esposas amorosas, leales, valientes y patriotas. Cierta día, Nicole reunía la ropa para lavar y le dijo a Áyax:

—Dame tu chaqueta para que la lave, aprovechando que hay sol.

—Ta bueno —contestó él, pero antes de quitarse la chaqueta sacó el poema y lo guardó en su faja; la jaló del brazo y se fundieron en un abrazo largo y sentido, acto seguido, Áyax le acarició el cabello y le dio un beso en la frente.

—Gracias por estar aquí —le susurró al oído.

*

El vapor El Conservador, también llamado Guaraguao, salió rumbo a Frontera para buscar al general Manuel Díaz de la Vega, nombrado gobernador del estado por la regencia imperialista, en sustitución de Arévalo, pero cuando venían de regreso fueron atacados por soldados juaristas cerca de Acachapan, causándoles varios heridos, entre ellos Gabriel Escoffié, jefe de la aduana de San Juan Bautista.

*

Entre tanto, la relación de Áyax y Nicole mejoró a pasos agigantados, porque la convivencia hizo que el amor entre ambos renaciera. A él le llegaban oleadas



de recuerdos, se representaban en su mente imágenes vívidas de su estancia en Mérida, como la verbena a santa Lucía, cuando la conoció, la velada en la casa de su primo Cuauhtémoc, las visitas a la casa de doña María Luisa o cuando la asustó en el mercado. Pero el recuerdo que lo hacía suspirar por ella fue cuando se presentó en la parroquia para darle su apellido al hijo de Teresa, eso le hacía valorar la nobleza, dignidad y calidad de señora que tenía su esposa, al tiempo que sentía remordimientos por herirla con sus sentimientos hacia Aurora.

Un día de amor y de armisticio, cuando los jefes liberales dialogaban con los imperialistas a petición de estos, Áyax se prometió hacer feliz a Nicole y corresponderle todo el amor que dulcemente le entregaba; la tomó de las manos, la miró a los ojos y le dijo:

—Nicole, mi dulce y amorosa esposa, una vez que saquemos del estado a estos malparidos, cuando la guerra termine y regresemos al rancho, te cuidaré, te protegeré, jamás me iré de tu lado, gozaremos de nuestro amor con nuestras hijas. Te amo.

—Yo también te amo, esposo mío, jamás te he dejado de amar y siempre soñé con esta reconciliación. Jamás imaginé que se diera en medio de la guerra, pero agradezco al cielo que otra vez estemos juntos.

Se abrazaron y besaron con tanta efusividad que en el ambiente flotó un halo del más puro y divino amor, como polvo de luminosas estrellas que envolvía a los esposos, mientras en sus pechos se desbordaba la alegría.

*

En el diálogo de armisticio, los representantes de los invasores quisieron convencer a los juaristas de rendir la plaza y sumarse a las fuerzas imperialistas, por lo que la plática se rompió y las hostilidades continuaron. Un cañonazo de los patriotas hizo blanco en el hospital donde se curaba Escoffié, quien murió aplastado por los escombros.

Sin embargo, a pesar de estar entre metrallas, ataques de artillería y fusilería, los esposos parecían vivir segundas nupcias, todo era miel sobre hojuelas para ellos, no importando las escaramuzas que casi a diario se presentaban entre los bandos. Después de cada tiroteo, cuando Áyax regresaba al campamento, corría a abrazar y besar a Nicole, quien amorosa le correspondía con caricias y ayudándolo con su fornitura y su sombrero a fin de que pudiera estar más cómodo para descansar unos minutos.



El 26 de enero estuvo en calma, no hubo enfrentamiento. Áyax, para acallar una preocupación que no lo dejaba en paz, buscó a Alejandro Bastar para pedirle que guardara el poema que le había escrito a Aurora, pero no lo halló por ningún lado, solo encontró a su otro primo, Anastasio Luque.

—Tacho, ¿has visto a Alejandro Bastar?

—No, primo, hoy no lo he visto.

—Ta bueno, gracias —se despidió y regresó con Nicole, para aprovechar las pocas horas de calma.

*

Al día siguiente, Áyax platicaba con Nicole, con sus callosas manos le acariciaba dulcemente el rostro mientras le decía que la amaba, cuando se escucharon balazos, él se levantó violentamente, se colocó sus fornituras, tomó su fusil y se despidió con un beso en la boca. Los imperialistas atacaron con un intenso tiroteo, pero fueron valerosamente repelidos por los liberales, los hicieron huir y tuvieron que refugiarse en sus atrincheramientos.

Los días siguientes hubo enfrentamientos aislados, sin bajas para los patriotas. Los esposos aprovechaban las escasas horas de calma para proferirse amor y en medio de esta situación bélica, todavía tuvieron ánimos de festejar el parte que llegó desde Chiapas, el día 31, donde se informaba el triunfo de las fuerzas liberales de aquel lugar, que el 22 de enero expulsaron de la capital, San Cristóbal, al comandante y exprefecto imperial de Chiapas, Juan Ortega.

Además, los liberales tabasqueños le quitaron a los invasores una canoa con víveres en un enfrentamiento sostenido en el río, por lo que había motivos suficientes para que festejaran con júbilo. La música sonaba, Áyax y Nicole bailaban, la Tirora y sus muchachas ponían el ambiente alegrando a algunos jefes, pero la reacción de los imperialistas no se hizo esperar y atacaron en pleno festejo, acometida que repelieron las tropas libertarias, y los invasores de nuevo huyeron.

*

El 1 de febrero, Áyax se despertó temprano, después de bañarse regresó al campamento, donde Nicole ya se había puesto en pie y preparaba el desayuno. Él le tomó la mano y le dijo:



—El enemigo da patadas de ahogado. Estimo que pronto los sacaremos de aquí y regresaremos al rancho a disfrutar a nuestras hijas y de nuestro amor.

Nicole tenía una mirada lacrimosa, pero llena de cariño.

—Sí, amor mío, es mi mayor deseo, regresar al rancho y vivir una vida tranquila con nuestras hijas, siempre juntos.

—Así será.

Ese día fue de calma, lo que les permitió pasar varias horas juntos prodigándose ternura. Caminaron del brazo rumbo a la laguna de la Pólvora, se sentaron a la sombra de un tamarindo y Nicole le contó varias anécdotas de sus hijas que Áyax se perdió debido a su ausencia.

—Tus hijas han tenido muchos cambios, ya ves que a esas edades las transformaciones son más bruscas. ¡Vieras a Eloísa!, es muy inteligente, me sorprenden sus respuestas, sus argumentos y su facilidad para aprender. A veces, cuando se sube a su caballito, da unas vueltas por el casco de la finca y regresa seria, no le sacas una palabra, hasta pasado el rato es que puedo conversar con ella y me dice que ya no quiere usar el colorado porque se acuerda de ti y que no es lo mismo cabalgar sola que con su papá. Por su parte, Julissa es terrible, muy pero muy traviesa y parece que no le teme a nada, acompaña a Evelio a la ordeña, se mete entre el ganado, va a recolectar los huevos de las ponedoras y te sale con cada cosa que te atacas de risa, imita a doña Lupe y todos nos desternillamos con su actuación, la tendrías que ver.

Mientras Nicole hablaba, él se imaginaba a sus pequeñas hijas y no pudo evitar las lágrimas, situación que le apenó mucho, pues para él era vergonzante que su esposa lo viera llorar; sin embargo, ella, conociendo bien a su marido, hizo como que no se daba cuenta. El chinaco secó sus lágrimas y sonrió de felicidad.

*

Al día siguiente volvieron a sonar los tiros y, como la vez anterior, Áyax interrumpió su desayuno, tomó su fusil y se lanzó al combate. Era Arévalo, quien atacó por sorpresa pero fue derrotado por los juaristas que solo tuvieron dos heridos, mientras que del lado conservador fueron cinco los muertos. Los intervencionistas iban de mal en peor, estaban cada vez más limitados en sus acciones, en tanto que los defensores de la patria acumulaban victorias y ganaban posiciones.

De regreso al campamento, se reunieron los jefes serranos en concejo de guerra. Eduardo Rosario comenzó con el uso de la voz.

—Mis hermanos de armas, tenemos escasez de parque, debemos racionar su uso, procuren que cada tiro que disparen sea certero, traten de no desperdiciarlos y comuniquen esto a sus soldados.

—Así se hará, comandante —aseguró Áyax— En los últimos combates he usado solo el fusil, pues de mi revolver solo me queda una parada y una carga extra; para el fusil sí cuento con suficiente parque, pues los traidores dejaron una redecilla de yute llena de balas.

—Yo también recuperé una talega llena de balas en el último combate —dijo José María Bastar Zozaya.

Eduardo Rosario sonrió y continuó:

—Bien por ustedes, pero lo que les digo es real, no tenemos suficiente parque y debemos racionar su uso. El coronel Méndez mandó un propio a Chiapas solicitando pólvora y municiones; en tanto lo consigue, debemos escatimar disparos.

—Así se hará —contestaron los presentes.

*

De regreso a su lugar en el campamento, Áyax se rascó la cabeza y se reprochó no haberle entregado a Alejandro Bastar el poema. Cuando llegó con su esposa, le platicó lo sucedido y se recostó en la hamaca, ella le quitó las botas y colgó su sombrero y fornituras en el almendro que servía de pilar en la tienda de campaña, luego se recostó junto a él y charlaron hasta que se quedaron dormidos.

Los dos días siguientes hubo poca actividad bélica por la escasez de municiones, lo que aprovechó el matrimonio Beltrán Urquiza para estrechar su vínculo afectivo. Parecía que vivían una luna de miel, caminaban del brazo por la ribera o por la orilla de la laguna, se besaban, se acariciaban, reían y eran los seres más felices de la creación; disfrutaban cada segundo, cada paisaje, el amanecer, el ocaso, el cielo estrellado; cada pequeña cosa, por insignificante que fuera, para ellos era motivo de alegría porque llevaba implícito el significado del amor.

*

Al fin llegó el parque de Chiapas y las tropas se reabastecieron. Áyax estaba contento, con el ímpetu renovado; se acercó a los hermanos Bastar Zozaya, que con júbilo llenaban sus cananas. Eduardo Rosario le dijo:

—Primo, con este parque estoy seguro de que sacamos de San Juan Bautista a estos malnacidos.

—Sí, eso pienso también. Los tenemos acorralados y siempre terminan huyendo.

José María soltó una carcajada y añadió:

—Ya están vencidos, es cosa de que les demos el golpe final.

—¿Qué pues, a qué se debe el jolgorio? —preguntó Anastasio Luque, acercándose al grupo.

Eduardo le respondió que había llegado el parque, que reabasteciera sus cartucheras y que estuviera listo. En los rostros de los serranos se advertía alegría y seguridad en el triunfo.

*

El 10 de febrero, Áyax, después de bañarse caminó hacia su tienda y, a pesar de encontrarse en pleno invierno, halló unas flores mañanitas, las cortó, las acomodó a manera de ramo con una cinta fina de su ceñidor y se las llevó de regalo a Nicole, quien ya tenía preparado el desayuno y recibió las flores con agradecimiento; las colocó en una jícara con agua y se sentó a desayunar.

—Te noto de buen ánimo —dijo ella.

—Sí, amanecí feliz y, cosa rara, encontré las flores aunque no estamos en primavera; al verlas, enseguida pensé que serían para ti.

—Me gustó mucho el detalle. Cuando se sequen las guardaré en el libro de Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, que traje del rancho y leo a ratos cuando tengo tiempo. ¿Sabes?, el personaje principal me recuerda a ti, por sinvergüenza y violento —concluyó Nicole soltando una leve risa, secundada por un Áyax ruborizado.

*

Al mediodía del 10 de febrero se escucharon tiros, pero Áyax estaba cepillando su caballo; corrió por la montura, se la colocó a su jamelgo y corrió por su fusil y cartucheras. Entonces los disparos cesaron y Prisciliano llegó corriendo para informar que el patriota Narciso Sáenz había contenido el ataque de los imperialistas, que escaparon dejando a tres de los suyos muertos en su confusa huida.

Áyax estaba molesto por perderse el combate, y pensó que los agresores ya estaban derrotados. Montó en su bestia, se reunió con los jefes serranos y fueron hasta el cuartel general, donde se encontraba el coronel Gregorio Méndez; aguardaron un par de horas, hasta que se tomó la determinación de atacar El Principal antes del amanecer del día siguiente.

Los serranos regresaron a su campamento y Eduardo Rosario reunió a los jefes para decirles:

—Compañeros de armas, a las cuatro de la mañana atacaremos El Principal, abriremos un hueco en el muro que mira a Plaza de Armas; para ello utilizaremos una piqueta que tiene Andrés Prats y dos mazos que nos consiguió Prisciliano. Todos nos turnaremos en este trabajo y mientras dos o tres le dan de mazazos y con la piqueta al muro, los otros los cubriremos del fuego que seguramente recibiremos desde las aspilleras y los patios contiguos. Ellos tienen la ventaja al estar guarecidos por los muros y disparar desde lo alto, pero nosotros tenemos el valor y la fuerza de la razón. Ellos están invadiendo nuestra patria, nosotros peleamos por algo justo y debemos aprovechar que ya se sienten derrotados. Los vencimos en los combates anteriores, en los que huyeron dejando pertrechos y hasta a sus muertos y heridos abandonados. Mañana, yo iniciaré con la horadación, luego seguirá Andrés y su gente.

—A la orden, mi comandante —respondió Andrés Prats.

—En un tercer turno estarán Fernando y Roberto Beltrán con su gente.

—Entendido, mi comandante —respondió Fernando.

—El cuarto turno estará a cargo de Julio Sánchez y su gente.

—Enterado, mi comandante, así será —aseguró Julio.

—La quinta ronda será para Carlos Cano y su gente.

—Orden recibida, mi comandante —confirmó Carlos.

—En caso de que no se pueda ingresar aún, el sexto turno será para ti, Áyax.

—Cuenta con ello, mi comandante.

—Bien, antes de irnos a descansar, les invito un vaso de aguardiente, solo uno, porque debemos estar sobrios y sanos para mañana. Prisciliano me trajo unos puros de Huimanguillo, que repartiremos entre todos. Vamos a brindar por el triunfo de mañana, aunque sabemos que cualquiera puede perder la vida, así que disfrutemos este momento.

Los jefes gritaron vivas al comandante y degustaron el aguardiente y el tabaco, con especial afecto fraterno.



Al concluir la reunión, Áyax fue donde estaba Nicole, la tomó de las manos y caminaron por la ribera con rumbo al arroyo de la laguna La Pólvara; la noche era fresca y oscura, apenas asomaba una uñita de luna. Él le platicó la empresa bélica que realizarían al día siguiente; como era de esperarse, ella se preocupó, detuvo el paso y se abrazó fuertemente a su marido, estrujón que él correspondió con la misma intensidad. Mientras permanecían abrazados, sopló un viento frío que los estremeció. Áyax le acarició los cabellos y dijo:

—En caso de que me alcancen las balas de los traidores, quiero que sepas que jamás te dejé de amar, que desde que te vi en la verbena de santa Lucía supe que eras mi destino, que contigo formaría mi familia y pasaría el resto de mi vida. En estos momentos doblego mi orgullo y te pido perdón por el dolor que te causé, también te pido que le digas a mis hijas que las amo, que son mi vida, que a pesar de la existencia azarosa de su padre, siempre las llevé en la mente y en el corazón; cuídalas, dales muchos besos y mimos.

—Mi amor, no hables así. Si te hace sentir bien, debes saber que estás perdonado desde que vine para atenderte, pero no hay nada que perdonar, te amo tanto que todo está olvidado. Pediré a Dios que te proteja y que mañana nada te pase, que regreses con bien para que todas esas palabras se las digas personalmente a tus hijas.

Los esposos regresaron a su tienda, se recostaron en la hamaca y al calor de las caricias hicieron el amor como nunca antes.

X

A las tres y media de la mañana del 11 de febrero de 1864, Áyax se despidió de Nicole con un beso prolongado; alistó su bestia y sus armas y se reunió con los demás jefes serranos. Marcharon sobre El Principal y, como habían acordado, a las cuatro de la mañana Eduardo Rosario comenzó con la piqueta mientras Juan Correa y Anastasio Luque intentando horadar el muro de la fortificación con los mazos. El fuego enemigo no se hizo esperar desde las aspilleras y los patios contiguos; los juaristas respondieron el ataque para proteger a los que estaban horadando.

Por la oscuridad de la noche, el intercambio de balas fue profuso y complicado en un principio. Los invasores continuamente se guarecían, y los juaristas, apenas lograban distinguir que alguno asomaba, le disparaban y así los contuvieron por un buen rato. Una bala alcanzó a Anastasio Luque y cayó lesionado, pero fue rápidamente auxiliado por Roberto Beltrán, quien lo arrastró hasta un lugar seguro. Bastar y Correa siguieron rompiendo el muro; cuando se cansaron, corrieron a guarecerse de las balas y fueron sustituidos por Andrés Prats y su gente.

El intercambio de balas siguió cuando empezó a clarear. En el turno de Julio Sánchez su gente intentó horadar el muro, pero por la lluvia de balas que recibieron, no lograron abrir el hueco completamente. Aunque respondían el fuego con arrojo, estaban en desventaja, por lo que Eduardo Bastar dio la orden de rodear el fuerte y atacar por la casa de don Miguel Dondé, para entrar y continuar la horadación. La lluvia de balas enemigas siguió y Bastar también resultó lesionado; Alejandro, su hermano, logró matar al que había disparado desde una claraboya. Eduardo y Anastasio Luque fueron trasladados al hospital de sangre que habían improvisado. Carlos Cano y su gente intentaron horadar el muro; el tiroteo continuó y él cayó lesionado, por lo que fue llevado al hospital.

Llegó el turno de Áyax. Las otras secciones mandaron refuerzos y atacaron al enemigo por varios frentes. Él comenzó con el mazo, ayudado por Anastasio



Ocampo con la piqueta; escuchaban el silbido de las balas cuando rozaban sus trajes de charros, pero ellos, al grito de «¡Viva Juárez!», con bizarría continuaban su labor y en la mente de Áyax solo rondaba la idea de expulsar definitivamente de Tabasco a los invasores.

De pronto amainó la lluvia de balas, pues El Principal fue atacado por el frente, razón ignorada por los serranos. Cuando dejó de escuchar disparos, Áyax detuvo los mazazos y se enderezó para mirar hacia la espillera de donde habían estado disparando. En cuestión de segundos, el cañón de un fusil asomó por la tronera y disparó sobre él. La bala ingresó por el pecho, a la altura del bolsillo superior derecho de su chaqueta, donde guardaba el poema para Aurora. El proyectil perforó la página y el pulmón, y salió por su espalda. Áyax cayó al piso. Anastasio Ocampo tiró la piqueta y junto a Alejandro Bastar lo auxiliaron, arrastrándolo para protegerlo de otra descarga. Andrés Prats, pistola en mano, esperó a que el traidor volviera a asomar por la claraboya y cuando lo hizo, le descargó el revólver.

Alejandro Bastar, con la rodilla en el piso, puso su mano derecha en la herida, intentando detener la hemorragia. Áyax, con mucha dificultad para hablar, le dijo que guardara el folio para que Nicole jamás lo viera. Bastar sacó el papel ensangrentado y perforado en uno de los extremos, lo guardó en su chaqueta y dijo en tono afligido:

—No te preocupes, primo, Nicole no se va a enterar. No hables, no gastes energía, ahora mismo te llevamos al hospital.

Áyax sonrió y se le escapó una mueca de dolor. Entre Bastar, Prats y Ocampo lo cargaron y lo pusieron en una hamaca amarrada a un bordón que cargaron Alejandro y Anastasio. Ya en el hospital, a duras penas dijo:

—Avísenle a Nicole y tráiganme un puro y un vaso de aguardiente.

—Sí, primo, Andrés ya fue a avisarle. Enseguida te consigo lo que quieres —respondió Alejandro.

La respiración de Áyax empeoraba a cada segundo. Al fin llegó Nicole, rompió en llanto y se abrazó a su marido, quien con mucha dificultad la rodeó con su brazo izquierdo, porque ya no podía mover el derecho.

Eduardo Rosario, desde el camastro donde le curaban las heridas, ordenó que le llevaran a su primo la botella de aguardiente y los puros que guardaba en su tienda de campaña. Finalmente le cumplieron su deseo a Beltrán, le dio un primer trago al vaso y entrecerró los ojos para disfrutar el sabor.



—Cuida mucho a las niñas, diles que las amo, que siempre las he amado —le pidió a Nicole con mucha dificultad.

—Sí, amor mío, no te preocupes, las cuidaré y les diré que las amas, aunque ellas lo saben, lo sienten.

—Te amo —alcanzó a decirle él, con una voz apagada; a como pudo le dio un jalón al puro.

Prisciliano llegó gritando:

—¡Los expulsamos!, ¡los expulsamos! ¡Tomamos El Principal! ¡Los franceses huyeron a sus barcos!

—¡Mi amor, los expulsamos! —exclamó Nicole con lágrimas en los ojos.

—Los expulsamos —balbuceó Áyax, esbozando una sonrisa. Miró a su esposa y abrió con amplitud sus ojos verdes dejando escapar una lágrima. El puro cayó al suelo. Su corazón dejó de latir.

*

Nicole se ahogó en llanto sobre el cuerpo inerte de Áyax. Para deshacer el nudo en la garganta, Alejandro Bastar y Anastasio Ocampo le dieron unos sorbos al aguardiente. Enseguida llegaron las señoras que asistían a los heridos y le colocaron una cinta de tela a manera de venda en el rostro para sostener el maxilar y cubrieron sus orificios con retazos de trapo. Uno a uno se acercaron los jefes serranos que regresaban del combate. Julio Sánchez, Fernando y Roberto Beltrán, José María Bastar Zozaya y Juan Correa se quitaron los sombreros y se colocaron a ambos lados del camastro, como guardia de honor. El luto embargó los corazones de todos los presentes. También se acercaron la Tirora y sus muchachas, que lloraron amargamente.

—Me quiero llevar el cadáver de Áyax para sepultarlo en Tecomajiacá —sentenció Nicole, secándose las lágrimas.

—Sí, prima. El río bajó, vamos a llevarlo en una canoa, ahora mismo la consigo —respondió Alejandro Bastar.

*

Era menester zarpar de algún lugar más allá de La Punta, porque los traidores estaban en sus barcos y canoas, lo que representaba un peligro ya que podían organizar un ataque. Al final de cuentas, Alejandro consiguió un cayuco



grande, y junto con Andrés Prats lo ataron pasando el arroyo de la laguna La Pólvara, para que no los vieran los invasores. Después, llevaron el cuerpo de Áyax en la misma hamaca en que lo habían trasladado al hospital. Nicole, con la ayuda de Prisciliano y las muchachas de la Tirora, llevaron el baúl con la ropa del matrimonio y otros enceres. Alejandro y Andrés le pidieron permiso al comandante Bastar para llevar el cuerpo hasta Tecomajiaca. Inmediatamente les otorgaron la autorización.

*

A las tres y media de la tarde zarparon río arriba. Aprovechando la baja del afluente, Alejandro y Andrés iban al remo y a la palanca. Al alejarse de San Juan Bautista, Nicole dejó de mirar el cuerpo de su marido y desvió sus ojos hacia la ribera. Su mente se inundó de recuerdos, como la noche en que Áyax tocó la guitarra en su casa de Mérida y todos cantaban y eran felices. También recordó cuando él le contaba sobre Tabasco, sobre Teapa, sobre el verde de sus campos, lo exuberante de su vegetación y los jaripeos, y cómo ella se imaginó todo lo que le decía. Recordó cuando pidieron su mano, cuando zarparon de Progreso rumbo a Frontera y de ahí a Teapa. Toda esa ilusión se desvaneció, se rompió, ahora era una pedacería de recuerdos que humedecían sus pestañas, apagando el brillo en su mirada.

*

Llegaron al embarcadero Ermita en la madrugada del 12 de febrero. A pesar de la hora, Andrés Prats consiguió que le prestaran tres caballos. El bordón con la hamaca donde trasladaban al difunto lo ataron de manera transversal a las manzanas de las monturas que usaron Andrés y Alejandro. Emprendieron el camino con rumbo al rancho del matrimonio, al que llegaron clareando la aurora. Los recibieron doña María Luisa y Carmen, quienes rompieron en llanto ante la triste escena.

—No conocí con vida a mi cuñado —se lamentó Carmen Urquiza.

Evelio no pudo contener las lágrimas, pero inmediatamente, junto con doña Lupe, dispusieron la habitación para que colocaran el cuerpo, taparon todos los espejos del cuarto y de la casa con sábanas blancas, porque según sus creencias, el alma del fallecido podría quedar atrapada.



—Evelio, anda a la funeraria Córdoba para que le brinden los servicios a Áyax —dijo Nicole. Luego, se dirigió a la cocina y ordenó a Lupe que preparara café, chocolate y tamales para ofrecer a los concurrentes.

Andrés y Alejandro se despidieron para ir a dar la mala noticia a las familias y devolver los caballos. Ella se despidió poniendo las manos sobre su corazón, como ademán de agradecimiento. Se dirigió a la habitación de las niñas para tratar de explicarles, con la ayuda de su madre y su hermana, que su padre había muerto.

✱

Después de ser el portavoz del lamentable suceso, Alejandro cabalgó hasta La Esperanza. Abrió la puerta de la cerca y a paso lento se introdujo en la propiedad. Los perros ladraron y alertaron a Aurora, quien salió al corredor para saber de qué se trataba. A lo lejos advirtió a un chinaco de fino porte y su corazón se aceleró tanto que parecía salirse del pecho, pensando que era su amado poeta que regresaba para quedarse con ella para siempre. Su ritmo cardíaco bajó cuando distinguió que era Alejandro Bastar. El charro, con el rostro adusto, se apeó y caminó hasta el corredor. En la cabeza de Aurora se agolparon las ideas, pero la que prevalecía coincidía con la realidad: Áyax había muerto en la guerra. Alejandro le alargó el papel manchado con sangre seca.

—Es el último poema que escribió mi primo. Lo llevaba en el bolsillo de su chaqueta cuando fue alcanzado por una bala.

Aurora, con manos temblorosas desdobló el papel y al comenzar a leer: *Ojos verdes. Enclavados en su faz, ese marco perfecto, cuyos trazos sublimes enaltecen su aspecto...* Lanzó un grito lastimero.

—¡Ay, Dios mío, otro golpe del alma! Y también lo presentí —dijo en voz baja, mientras se llevaba al corazón la mano que sostenía el poema. Rompió en llanto y corrió a su habitación.

Debido a los gritos, los sirvientes se asomaron, consternados. Alejandro hizo un saludo charro, se despidió y montó en su caballo para ir al velorio.

✱

Cuando Alejandro llegó, ya estaba toda la familia reunida. Los varones tomaban aguardiente y las mujeres café o chocolate; se ofrecía totoposte, tortillitas,

tamalitos y turuletes. Don Arquímedes Beltrán Bastar le agradeció a Prats haber vengado la muerte de su hijo; Andrés asintió con la cabeza y abrazó a su tío, tratando de consolarlo. Evelio y Lisandro no podían ocultar el dolor en sus rostros duros. Doña Carmen Luque y Minerva Beltrán lloraban sin consuelo, lo mismo que Esperanza y Adriana Luque, junto con doña María Luisa y Carmen Urquiza.

Pero lo más triste era ver las caritas de Eloísa y Julissa, sentaditas a un lado del féretro, sin jugar, sin correr, con sus miraditas tristes, como queriendo comprender qué pasaba. Eloísa se puso en pie, caminó al corredor y se sentó, como cuando esperaba a que su padre llegara, con las piernas al aire, aunque ahora sus pies ya casi tocaban el pasto. Alzó la mirada como queriendo ver a su padre llegar al rancho, pero sus ojos tristes se perdieron en el horizonte y, con dolor, bajó la mirada.

De pronto, Eloísa descubrió a lo lejos a una dama de negro, de sombrero y vestido largo, montada en un caballo blanco purasangre. Del sombrero asomaba una trenza rubia, brillante como el sol y al acercarse al casco de la finca, la niña apreció los grandes ojos verdes de la misteriosa dama. Se miraron unos instantes, hasta que un reparo del penco, acompañado de un fuerte relincho, estremecieron a Eloísa. Con destreza de amazona, la dama controló a la bestia y a todo galope salió de la finca.

*

Al día siguiente partió el cortejo fúnebre con rumbo al santuario de Guadalupe, a fin de celebrar la misa de cuerpo presente. Al llegar al atrio parroquial, Eloísa vio al mismo caballo blanco, pero ahora el animal vagaba solo por el pórtico de la iglesia; la niña miró a todos lados buscando a la dama, pero no la encontró. Ingresaron el ataúd casi hasta el altar y la familia ocupó los asientos de la parroquia. Nicole con sus dos hijas, su madre y su hermana, se sentaron en la primera banca de la fila izquierda, en la del lado derecho se sentaron don Arquímedes, doña Carmen y Minerva. La misa fue oficiada por el padre Jesús; cuando el sacerdote daba la homilía, Eloísa tornó la mirada hacia atrás y se estremeció al ver entre los asistentes a la misteriosa mujer; regresó su mirada hacia el sacerdote y cuando volteó de nuevo, la dama de negro ya no estaba por ningún lado.



*

Salieron de la iglesia con destino al panteón de Tecomajiaca. En el camino, el silencio fue el rey, solo se escuchaban algunos sollozos de los dolientes y los cascos de los caballos jalando la carroza que crujía sobre la calleja empedrada. En el cementerio, cuando depositaron el féretro en la fosa, Nicole se ahogó en llanto y abrazó a sus hijas. Doña Carmen Luque se acercó a ella por la espalda y la abrazó, pues era tanto su dolor, que las piernas parecían no sostenerla. Don Arquímedes, flanqueado por Alejandro y Andrés, mostraba un rostro adusto, con rasgos duros, sin derramar lágrima alguna, pero con un dolor interior que le devoraba el alma. Eloísa apartó la mirada del ataúd de su padre y advirtió a la misteriosa mujer entre los monumentos de las tumbas. Al pasar entre las sepulturas, la mujer volteó a verla, la niña se aferró a la pierna de su madre y regresó la mirada a la fosa. Se escuchó un relinchido y unos cascos alejándose a todo galope.

*

Entretanto, en San Juan Bautista, los francotraidores seguían en sus barcos, desde donde atacaban a las guerrillas republicanas, que ya estaban en poder de la ciudad. Alejandro Bastar y Andrés Prats regresaron después del sepelio para apoyar a la brigada teapaneca. A las siete de la noche del 25 de febrero, los traidores lanzaron una fuerte ofensiva contra el campamento de la sección Zaragoza, pero fue repelida con arrojo. Al día siguiente continuó el fuego entre ambos bandos, aquellos desde sus buques cañoneaban la ciudad, destruyendo más edificios, lanzando granadas cónicas y esféricas, pero nuevamente la sección Zaragoza, sin amedrentarse, repelió la ofensiva con denuesto desde sus trincheras.

El 27 de febrero, desde las primeras horas del día, las embarcaciones de los traidores se acoderaron a sus vapores y partieron río abajo para instalarse en Frontera y después en Jonuta, donde permanecieron más de dos años, hasta el 18 de abril de 1866.



XI

Habían pasado cuatro años del fatídico suceso para la familia Beltrán, cuando otro evento lamentable puso de luto a las familias. Eduardo Rosario Bastar Zozaya fue cobardemente asesinado en enero de 1868.

En abril de ese mismo año se realizó el evento social más sonado en Teapa: la señorita Aurora Arango contrajo matrimonio con don Filiberto Segura; la misa se celebró en la iglesia de Santiago Apóstol y la recepción se dio en La Esperanza, a donde fueron invitadas las familias de la alta sociedad teapaneca y de San Juan Bautista. También ese mismo año, en los días 10 y 11 de septiembre, se suscitó una terrible inundación que acabó con plantaciones y ganado.

Nicole seguía guardando luto por su esposo y con entereza se hacía cargo de las labores de la finca. A pesar de sufrir pérdidas por el mal tiempo, la viuda supo llevar a buen puerto su producción y fue de las pocas fincas que lograron salir adelante del temporal.

✱

Al bajar la creciente, Alejandro Bastar fue al rancho de Andrés Prats.

—¿Qué tal, primo, cómo estás? —saludó Alejandro.

—Bien, aquí, tratando de rescatar algo de lo que nos dejó la inundación —contestó Prats.

—Sí pues, nos fastidió a todos. Primo, te vine a visitar porque necesito saber dónde encontrar a Ricardo Blanco, para mandar una carta a la ciudad de México.

—Déjame la carta, yo lo veré mañana en la talabartería de Calleja.

Alejandro le alargó la misiva, le agradeció el favor y se despidió con un apretado abrazo.



*

El comerciante Ricardo Blanco llevó la carta a su destino. Las manos temblorosas de Teresa Conde abrieron el sobre, y con dolor en el corazón y lágrimas en los ojos, leyó el escrito.

*

A mediados de marzo de 1869, en el rancho de los Beltrán, en Tecomajiac, se reunieron Fernando y Roberto Beltrán con José María y Alejandro Bastar. Habían prendido un fogón de leña y asaban unos tasajos, mientras bebían aguardiente y practicaban tiro al blanco. En ese grupo de chinacos se encontraba un jovencito que en los próximos días cumpliría trece años. Le enseñaban el manejo de las armas, desde desarmarlas y armarlas para su limpieza, hasta la práctica de tiro al blanco, primero con el fusil, después con el revólver. José María era el más interesado en enseñarle.

—A ver, ahijado, póngase la culata en el hombro derecho, el punto de mira colóquelo en medio del alza y a su vez, ese punto colóquelo en la botella que es su objetivo, cuando estos tres puntos coincidan, entonces dispare —lo instruía en tono viril, pero con aprecio.

El adolescente siguió las instrucciones de su padrino y al disparar acertó en la botella colocada a unos quince metros. Todos gritaron vivas al chamaco y José María remarcó:

—¡Ese es mi ahijado, coño, lo lleva en la sangre!

Continuaron con el revólver, con el que le fue más difícil atinar a los objetivos, sin embargo, luego de varias horas de práctica, adquirió destreza. Después de algunos días, comenzó a practicar el tiro mexicano, es decir, de espalda a su objetivo y desenfundando el arma al tiempo en que se da la vuelta para disparar; el mozalbate resultó bueno en esta modalidad.

Después de enseñarle todo lo concerniente al manejo de estos artefactos bélicos, los guerrilleros serranos comenzaron a enseñarle el manejo del rancho, del ganado, de la agricultura y si bien el muchacho ya sabía montar con destreza, aún no había domado un potro, y lo iniciaron también en esta habilidad. Después de muchas caídas y fuertes revolcadas que le propinaron los potros, sacando la casta y con viril arresto, aprendió a domarlos.



*

El 12 de abril de 1869, cuando el joven cumplió trece años, su padrino José María y su tío Alejandro lo llevaron ante Nicole Urquiza. Atravesaron la puerta de la cerca y los perros comenzaron a ladrar. Nicole y sus dos hijas, Eloísa de once años y Julissa de nueve, salieron al corredor y vieron entrar a tres jinetes. Evelio tomó la escopeta y se paró a un lado de su patrona. Cuando estaban próximos a la casa, Nicole se percató de que eran los Bastar Zozaya. Fue enorme la impresión cuando vio al mozuelo vestido de charro que venía con ellos, el parecido con su difunto marido era asombroso. En ese momento supo que se trataba de su *hijo*, Áyax Beltrán Urquiza, parido por Teresa Conde.

Los charros se apearon y caminaron hasta el corredor.

—Comadre, buenos días —saludó José María— Aquí te traemos a tu hijo Áyax, para que se vaya haciendo cargo del rancho y del cuidado y protección de ustedes. Hoy cumple trece años y nos lo llevaremos a que corra su primera juerga.

—Queremos darle la pistola de Áyax en tu presencia, y que seas tú quien le dé las llaves de la casa —intervino Alejandro Bastar.

Nicole seguía impresionada con el parecido que el muchacho tenía con su difunto esposo y no dejaba de observarlo. Sintió en el corazón que su llegada era un regalo de Dios, era como un enviado de su amado Áyax para ayudarla con el trabajo de la finca.

—Vayan a saludar a su hermano —dijo Nicole a sus hijas, quienes corrieron y se abrazaron del adolescente; él devolvió el abrazo con mucho amor.

—Gracias por traerlo, llega como caído del cielo; siento que Áyax lo envió. Ahora traigo el revólver y una copia de las llaves.

*

Nicole regresó con un llavero y con la pistola enfundada en la forniture que portaba Áyax el día de su muerte. Le dio el revólver a José María y se acercó al jovencito.

—Ya eres un hombre, hijito, aquí tienes las llaves de la casa. Debes actuar con madurez y responder por tus hermanas y por mí ante cualquier situación, confío que así será.

—Gracias, mamá Nicole, jamás defraudaré su confianza, quiero seguir los pasos de mi padre.



José María tomó la forniture y se la dio a su ahijado. Mientras el chamaco se la colocaba, su padrino le dijo:

—Esta es la pistola de tu padre, sé que ya eres digno de ella. El honor, ante todo. No permitas ni una mala mirada. Si te mal hablan, grita e insulta; si te gritan o insultan, pega, y si te pegan, ¡mata!

Fin





Lic. Guillermo Narváez Osorio
Rector

Dr. Luis Manuel Hernández Govea
Secretario de Servicios Académicos

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Mtro. Fredys Pérez Ruiz
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de editar el 14 de noviembre de 2025 en Villahermosa, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”



C O L E C C I Ó N

JOSEFINA VICENS

Novela